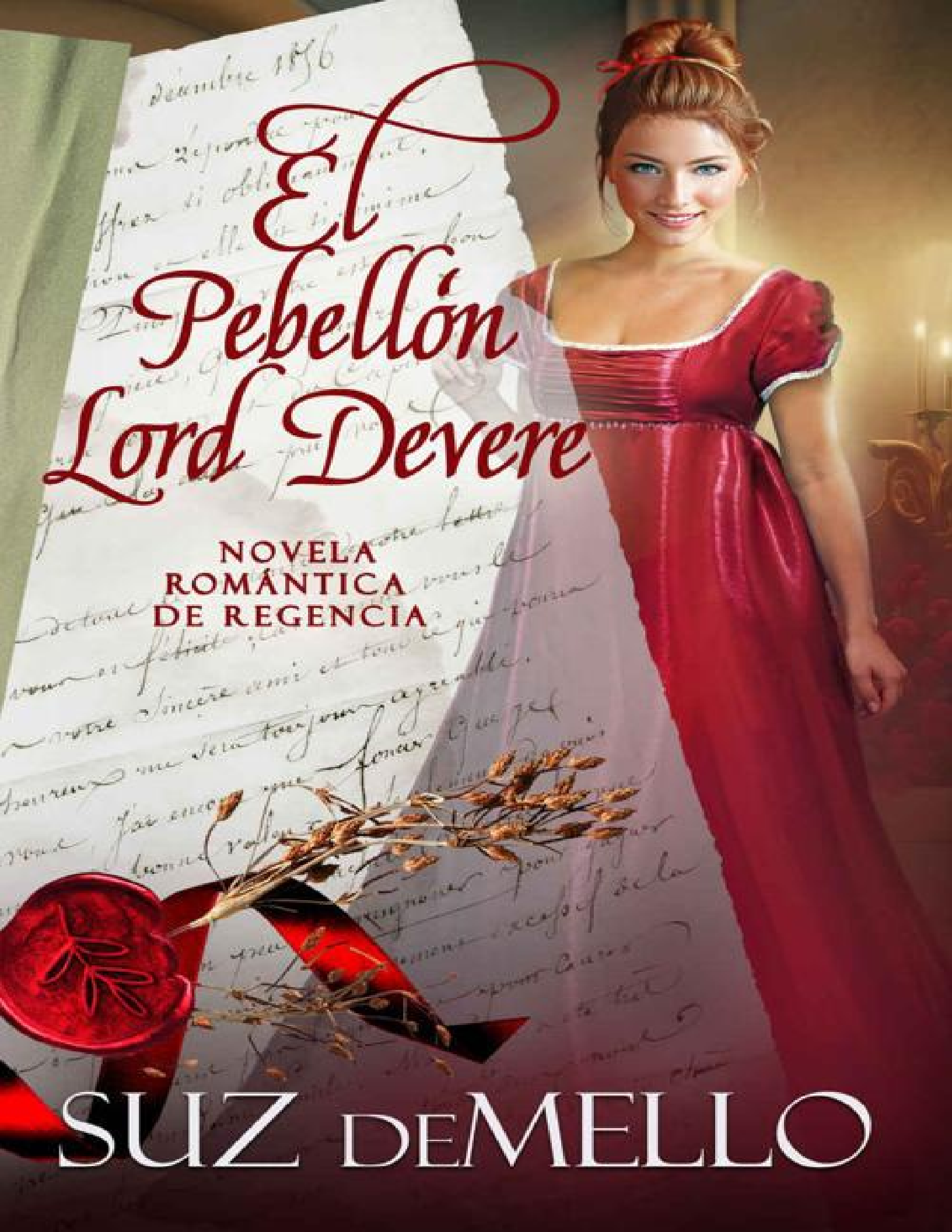

El Pebellón Lord Devere
NOVELA ROMÁNTICA DE REGENCIA
SUZ DEMELLO

EL PABELLÓN DE LORD DEVERE

Un Romance de la Regencia

Suz deMello

Contenido

EL PABELLÓN DE LORD DEVERE
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Epílogo
Acerca de la Autora
Aspectos Legales

Capítulo Uno

Abadía de Badham, Wiltshire, Inglaterra

Enero, 1820

"¡Dios, ayúdame!"

Kate Scoville pataleaba y agitaba sus pies, luchando por sujetarse a la pared de la torre con sus botas sobredimensionadas. Susurró una apresurada plegaria con la esperanza de que el Todopoderoso prestara atención a su pequeño lugar en el mundo. Con unos torpes guantes prestados, se aferró a la cuerda atada a la ventana del ático y empujó las botas contra el lateral de la torre, buscando apoyo en la pared.

Finalmente, sus dedos encontraron una junta de mortero entre dos enormes bloques de piedra. Respiró hondo hasta que se le estabilizó el pulso. El aire frío le penetraba en los pulmones. Al exhalar, podía ver su aliento, pequeñas nubes hinchadas.

Miró hacia abajo y tragó saliva. Tres pisos más abajo, el tejado de pizarra de la abadía brillaba pálido y helado a la luz de la luna.

Intentó no maldecir a su desdichado tío, cuya traición la había llevado a una situación tan desesperante. Primero la había apartado de su querido hogar en Somerset. Luego la había presionado para que se casara con su hijo, Osborn, hasta que ella pensó que la volvería loca. Encerrarla en el ático de una torre helada hasta que cooperara había sido la gota que rebosó el vaso.

Arrastró las botas por el muro de la torre. La corta espada que llevaba al cinto golpeaba su costado a cada paso que daba, mientras su capa ondeaba en torno a sus rodillas. Finalmente alcanzó su objetivo inmediato: el tejado del segundo piso de la abadía. Todavía sujeta a la cuerda, se arrastró por las resbaladizas pizarras. Si alcanzaba el borde del tejado sin contratiempos, bajaría al suelo por una enredadera o un árbol.

Al llegar al final de la cuerda, la soltó con mano nerviosa y temblorosa. Unos pasos más adelante, sus pies salieron volando. Chillando, cayó con un golpe y se deslizó por el tejado inclinado, tratando de sujetarse.

A escasos metros del borde, se precipitó en una abertura oscura. Su capa se enganchó en los bordes ásperos y los maderos del tejado, frenando su caída. A pesar de su atuendo, se precipitó por el agujero, demasiado sorprendida y asustada para gritar.

" ¡Uf!" Aterrizó en un suelo de madera, que emitió un enorme estampido al chocar. Su cuerpo se contrajo y gimió con una mezcla de temor y dolor, dándose cuenta de que podría haberse hecho mucho daño si hubiera caído sobre su espada. Se frotó el costado izquierdo a través del doblez. Al día siguiente estaría muy magullada, pero no había tiempo para lamentarse.

El esfuerzo la inundó de calor. Controló sus temblores, se puso en pie y miró a su alrededor, reconociendo el salón de baile del segundo piso de la abadía. Se ajustó la ropa prestada, el traje de un niño Tudor que había encontrado en el desván. Se lo había puesto sabiendo que un doblez, medias, botas y una capa eran atuendos más prácticos para escapar de la habitación de una torre cerrada que su voluminoso vestido y zapatos blandos habituales.

Rezó para que nadie se hubiese despertado con su ruidosa llegada al cavernoso salón de baile. Toda la casa debería haberse despertado por el estruendo que había provocado. Tal vez

Dios la escuchara.

Kate se alisó el pelo con mano trémula mientras consideraba su situación. Estaba cansada, adolorida y asustada, pero ahora sólo le separaba un piso de la libertad. Podía salir por cualquiera de los ventanales que bordeaban el salón de baile para bajar al suelo. No era lo suficientemente audaz como para usar la puerta principal.

Giró el pestillo de la ventana más cercana y la empujó hacia fuera. Las bisagras chirriaron, un sonido perturbador que aceleró los latidos de su corazón.

Pero nadie se despertó. Nadie dio la alarma. Con alivio, recordó los sórdidos hábitos de su tío y su cachorro. Herbert y Osborn estaban sin duda durmiendo la borrachera de la noche anterior. Los criados, tan indisciplinados como sus amos, sin duda no estaban en mejores condiciones.

¿Cómo pudo su abuelo tomar una decisión tan absurda? Vivía con él desde la muerte de sus padres y seguramente conocía las predilecciones de Herbert. El extraño acuerdo que su abuelo había establecido en su testamento la dejaba bajo la custodia de su tío hasta su emancipación, pero la había convertido en la pupila de un Conde de la lejana Londres, un tipo mayor al que sólo había visto una vez. "El abuelo debió haber enloquecido al final", murmuró.

Dejó a un lado sus reflexiones infructuosas. Salió a la terraza a través de la ventana abierta y pasó una pierna por encima de la balaustrada, cerca de un pilar cubierto por una robusta enredadera de hiedra. Clavó una bota entre los tallos leñosos y la utilizó como escalera para llegar al suelo nevado.

Corrió sobre la nieve sin voltear la vista atrás, esperando que nadie de la casa viera su oscura silueta atravesando a trompicones el campo blanco y brillante. La puerta principal estaba cerrada, pero encontró un lugar donde el actual Conde había descuidado el mantenimiento de los muros. Sonrió al ver las piedras derruidas, que le resultaron muy fáciles de escalar.

Se dirigió al peaje cerca de Derbeck. Todos los carruajes y diligencias que viajaban al oeste hacia Bath o al este hacia Londres se detenían allí.

¿Pero hacia dónde iría ella?

*

Kate vaciló al ver la imponente puerta que daba a la mansión del conde de Devere en Berkeley Square. Esperaba que su tutor pudiera aliviar su ansiedad. No había estado sintiendo otra cosa desde que emprendió el peligroso camino que había tomado al apoyar las botas contra el gélido muro de piedra del ático de la torre de la abadía de Badham.

Se puso la capucha. Su cabello, descuidado desde hacía días, amenazaba con soltarse de la cinta y se lo apartó de la cara. Levantó la pesada aldaba de latón y la dejó caer. Su estruendo se hizo eco del temeroso latido de su corazón.

Sin embargo, el aspecto del mayordomo que abrió la puerta no la impresionó. Pequeño y marchito por la edad, el tipo miró con franca curiosidad a Kate, que echó los hombros hacia atrás y le miró con desprecio.

"Buenos días, señor. Sabía que sonaba como uno más a pesar de su aspecto estrambótico. "¿Es ésta la residencia del Conde de Devere?". Quería asegurarse. No sería bueno allanar la casa equivocada.

"Sí", dijo el mayordomo. "Eh, no estoy seguro de si el Conde está recibiendo visitas". La miró de nuevo, con una expresión de desaprobación en sus facciones. "¿Quién puedo decir que llama?"

"Lady Katherine Scoville."

" Efectivamente? " El mayordomo, dirigiéndose al umbral de la puerta, miró arriba y abajo

por la calle como si buscara un equipaje o una chaperona.

Apretó los labios. No había llegado tan lejos para dejarse intimidar por un criado que, a juzgar por su escasa visión, probablemente tenía problemas para encontrar la puerta, y mucho menos para decidir quién podía pasar y quién no. Se deslizó junto a él hasta la entrada de mármol. Una escalera conducía al primer piso, y ella pudo divisar un pasillo superior abierto, ornamentado con balaustradas talladas.

"Ahora mira aquí..." Levantando la voz, el mayordomo la agarró del brazo cuando vio a un lacayo uniformado, con una bandeja de plata en la mano, que salía de una habitación del piso superior. Al cerrar la puerta tras de si, el lacayo la miro por un momento y luego se giro hacia la parte trasera de la casa, donde ella supuso que se encontraban las escaleras del servicio.

Una vez determinado su destino, se soltó del brazo del mayordomo y chocó sin querer contra una mesita que había en la entrada. La delicada mesa se tambaleo y luego cayo estrepitosamente, haciendo añicos un jarron que estaba sobre ella.

Sonó una campana y un hombre gritó desde el piso de arriba. "¡Bartram! ¿Qué diablos está ocurriendo? Sabes muy bien que no permito alboroto en la casa antes del mediodía".

Kate, enzarzada con Bartram, aprovechó la distracción temporal del mayordomo para subir de un salto las escaleras. Tal vez el dueño de la voz la ayudaría en la búsqueda de su tutor. Entró en la habitación de donde había provenido el grito.

Nunca antes había visto a un hombre en pijama. Por un momento, el tiempo se detuvo mientras se miraban fijamente, los ojos de ella se abrieron de par en par. Sintió que la sangre se le escapaba de la cara mientras miraba a su alrededor.

Por Dios. Se encontraba en el dormitorio de un hombre. A su derecha había una cama grande y desordenada, con cuatro pósters elaboradamente tallados. Vestido sólo con un pijama y una gorra, el ocupante de la alcoba la miraba con el mismo apetito con que un zorro busca un conejo para cenar.

El tipo lucía mucho como un zorro, o tal vez como un setter inglés. Alto y delgado, era un auténtico duque de las extremidades. Su cabello lacio y rojizo sobresalía de un gorro de dormir blanco que le caía sobre la frente. Su nariz romana y su piel pálida y sin rasurar, salpicada de pecas, acentuaban su parecido con un perro blanco moteado. Su boca ancha y sus grandes y conmovedores ojos marrones completaban la comparación.

Tenía una bonita sonrisa, concluyó, como todos los setters que conocía. Aunque estaba profundamente consciente de lo inapropiado de la situación, le devolvió la sonrisa.

" Perdóneme", le dijo en su tono más dulce. "Lamento haber irrumpido tan abruptamente. Y perdone mi aspecto. Me doy cuenta de que mi aspecto es bastante extraño. Pero, como se suele decir, cuando el diablo te lleva, tienes que hacerlo, y a mí me ha llevado un diablo a tener esta apariencia".

El hombre continuó sonriéndole. "Una señorita. Curiosa. Una mujer bastante inusual", reflexionó en voz alta, "pero en absoluto inoportuna, a pesar de su peculiar aspecto". Bebió un sorbo de una taza de porcelana. Había un servicio de té completo en la mesa frente a él, cerca de una ventana con vistas sobre la Plaza Berkeley.

Fuera quien fuera ese hombre joven, al parecer gustaba de las damas. Con su gran experiencia en el manejo de los amigos de su difunto abuelo, su ansiedad se tranquilizó un poco. Podía manipular la situación bastante bien, gracias.

"Buenos días, señor." Haciendo acopio de los restos de su dignidad, se inclinó, ya que una reverencia sería ridícula con su atuendo actual. "¿Puede, eh, guiarme hasta el Conde de Devere?"

"Sí", dijo él, "creo que puedo indicarle dónde está el conde de Devere".

Escuchó una puerta abrirse detrás de ella.

"¡Ah, Bartram!" dijo el joven. "Dígame, ¿quién es esta encantadora joven, y cómo ha llegado hasta mi alcoba?"

Una voz seca habló desde detrás de ella. "Mi señor, permítame presentarle a Lady Katherine Scoville."

"¡Kate! La conejita Kate, Kate, la Kate más bonita de la cristiandad. Kate de Kate-hall, mi fierecilla domada Kate." Las cejas del tipo se alzaron mientras balbuceaba. "Oyendo tu alabada de dulzura en cada pueblo, tus virtudes comentadas, y tu inigualable belleza..."

El acaloramiento le subió a las mejillas al reconocer frases de La fierecilla domada. Inclinándose hacia atrás en su silla, el hombre la miró de arriba abajo mientras proseguía.

"Kate, como la peluca de avellana es recta y esbelta... ¡Oh! ¡Déja que te vea caminar!" Examino descaradamente sus piernas, expuestas por el corto traje y las reveladoras medias.

"¡Camina, a lo sumo!", espetó. "Busco al Conde de Devere. Por favor, diríjame a él de inmediato".

"Lo ha encontrado. Soy Quincy Tyndale, el actual Conde de Devere."

"¿Cómo dice?" Ella se quedó mirando. "¿No es el Conde de Devere un caballero de más edad?"

"Me temo que no, o al menos, no todavía. Supongo, dulce Kate, que nadie te ha dicho que mi padre murió el año pasado. Heredé su título y sus responsabilidades, incluyendo tu tutela".

"Ah, eh, por favor acepte mis más sinceras condolencias." Ella se esforzó por mantener la compostura mientras se despejaba. Santo cielo. El abuelo había enredado las cosas aún más de lo que ella había imaginado. El recuerdo de un diablillo pelirrojo acudió a su mente al recordar la visita de Quinn Tyndale a su casa de Somerset con su padre diez largos años atrás. A los trece años, Quinn se había ensañado con ella, burlándose y provocándola hasta que creyó que la volvería loca.

Sin embargo, ahora su enemigo de la infancia tenía su destino en la palma de la mano. ¿Qué pasaría si él utilizara su pasado contra ella?

Sus siguientes palabras disiparon la escasa esperanza de que lo hubiera olvidado. "Debo decir que es un placer verte, querida Kate. ¡Kate, la peste que puso ranas en mi cama de sábanas cortas y añadió pimienta a mi sopa! Querida y dulce Kate". Volvió a mirarla y se echó a reír.

Consciente de lo incierto de la situación, se abstuvo de recordarle al desgraciado que había fisgoneado durante la gallinita ciega y había empleado su muñeca favorita para practicar tiro con arco... como su blanco. Apretando los labios, mantuvo la calma, aunque sus pensamientos se agitaban como un arroyo en primavera.

"Bartram, lleva a nuestra superdotada Kate al salón y llévele un té. La atenderé enseguida. ¡Malcolm! Gritó inesperadamente el Conde, y ella se estremeció. Un hombrecillo moreno entró, tan rápido que ella sospechó que había estado escuchando detrás de la puerta. "¡Vísteme de una vez! ¿No ves que tenemos una invitada?".

Quinn le guiñó un ojo a Kate mientras Bartram la sacaba a toda prisa.

* * *

Quinn no pudo contener la risa mientras se anudaba la corbata. Mientras Malcolm le ayudaba a ponerse la chaqueta azul noche, el sirviente preguntó por el origen del buen humor de Quinn.

"¿Has visto a esa criatura que acaba de estar en mis aposentos? ¿No era de lo mejor?"

"¿Ella, milord?", preguntó el sirviente con su rebuzno escocés.

"Sí, y entonces", se burló Quinn, imitando burlonamente el acento de Malcolm. "Mi

tutelada. Me pregunto qué estará haciendo aquí".

"Tal vez algo anda mal en Wiltshire."

"¿Y qué sabe usted de eso, mi buen señor?" Quinn entrecerró los ojos hacia su sirviente, que se encogió de hombros.

"Las habladurías sobre la nueva condición de su señoría como tutor de la heredera de la abadía de Badham se extendieron entre los criados como un escándalo en una fiesta tonta".

"Cuéntelo". A Quinn siempre le impresionó la capacidad de los sirvientes para conocer todos los movimientos de sus empleadores. "¿Qué puede pretender la dama?"

"¿Quién conoce los deseos de las mujeres, especialmente de una tan joven como ella?". Malcolm tiró de las mangas de Quinn.

""Hum. Viene a pedir un favor. Yo apostaría un millón por ella".

"¿Y se lo daría, mi señor?"

"Le haría mucho más que un favor, si no fuese mi tutelada". Quinn se dio un último pellizco en la solapa antes de salir por la puerta. "Lástima que prácticamente sea de la familia. No puedo jugar a la manta con mi propia tutelada".

Le había sorprendido la excitación que sintió al echar el primer vistazo a la joven que había invadido sus aposentos; nunca antes se había sentido atraído por ninguna catamita, por muy guapa que fuera. Y esta criatura era una delicia para los sentidos, con el pelo castaño, los ojos azules y unos labios carnosos que imploraban por el beso de un hombre.

Pero en cuanto ella abrió la boca, revelándose como una hembra, él quiso arrodillarla, quitarle el traje y las escandalosas medias y azotarle las dulces mejillas ciegas. Esta Kate quería ser domada. Lástima que su Petruchio tuviera que ser alguien que no fuera... su tutor legal.

*

Kate se sentó intranquila en el sofá del salón amarillo de Quinn, sorbiendo el té. Le escocían las mugrientas galas con las que había dormido la noche anterior, envuelta en su capa en la taberna de una posada de mala muerte de Staines. Aunque el traje le había sido muy útil, se sentía muy incómoda con él y lo único que necesitaba era un baño y ropa limpia.

Además, se sentía bastante nerviosa. Cuando buscó la asistencia de su tutor, supuso que el amigo de su abuelo no se acordaría de sus travesuras infantiles. Sin embargo, Quinn no había olvidado ni un solo detalle. Ni la propia Kate recordaba que le había puesto sábanas cortas en la cama mientras dejaba las ranas. Rezó para que se limitara a burlarse de ella, ya que tenía un poder indiscutible sobre ella.

Quinn abrio de golpe las puertas del salon treinta minutos despues de haber llegado. Se quedó boquiabierta. El joven desaliñado del camisón había desaparecido. Frente a ella había una verdadera Rosa de Ton, de porte imponente y vestimenta inmaculada, cuya chaqueta azul noche parecía haber sido confeccionada a la medida de sus anchos hombros. Los pantalones no ocultaban los musculosos y masculinos muslos. El rasurado había revelado una mandíbula fuerte, y el pelo pulcramente peinado resaltaba sus expresivos ojos. Quinn, lord Devere, personificaba la elegancia de la nobleza.

Levantó la barbilla. A pesar de sus manos húmedas y su alma temblorosa, era una Scoville y no se dejaría intimidar.

Mirándola con la misma expresión que pondría un sabueso al rastrear a su presa, Quinn tiró del timbre y gritó: "¡Richard!".

Ella se sobresaltó ante el inesperado ruido. Supuso que su tutor era un tipo jovial. A ella le vendría bien un poco de buen humor después de las penurias sufridas durante las últimas semanas. Intentó relajarse en el sofá de brocado y respaldo rígido.

Él la observó una vez más y ella se revolvió cohibida en su jubón y sus medias. "¿Por qué demonios vistes de una manera tan excéntrica, querida?", preguntó él, entrando en la habitación, que parecía encogerse a medida que él dominaba la estancia.

""Tuve que escapar"". Mantuvo la voz baja y concisa. Si su tutor no trataba la amenaza que pesaba sobre su persona con la mayor seriedad, la enviarían de vuelta a Wiltshire, aprisionada en las mismas circunstancias desesperadas.

"Extraño", comentó, mientras entraba otro caballero. "Recibimos una carta de tu tío, Badham, diciendo que estabas bien contenta y deseabas casarte con tu primo Hoskins".

"Osborn."

"¿Así que desea casarse con este Osburt?". Quinn golpeó el suelo alfombrado con un dedo del pie elegantemente calzado.

"Osborn."

"Si deseas casarte con tu primo, con el que has estado viviendo en aparente felicidad, ¿cómo es que has llegado hasta mi dormitorio?".

"No sabía que era su dormitorio".

"Por poco caballeroso que sea discutir contigo, mi super delicada Kate, yo estaba en pijama, en mi dormitorio."

Ella renunció a ganar ese punto en particular. "No quiero casarme con él. Tuve que escapar porque me habían encerrado. Te escribí a través del procurador hace semanas... ¿no recibiste mi carta?".

"No. Y, deduzco que tú no recibiste la mía".

Ella sacudió la cabeza.

" Hum... En cualquier caso, me negué a dar mi, eh, bendición para la unión debido a mi hombre de asuntos, Richard Carrothers." Quinn inclinó la cabeza hacia su secretario, un hombre canoso que permanecía callado como una piedra cerca de la puerta. "Richard ha viajado dos veces a Wiltshire para verle, y en ambas ocasiones se le negó la entrada en la abadía de Badham".

"No lo sabía". Sorprendida, se dio cuenta de que su tío había desafiado la autoridad de su tutor desviando sus cartas y excluyendo a Carrothers.

" De cualquier manera, eso no explica cómo has llegado a mis aposentos al amanecer."

"¿Amanecer, milord? Son más de las once". Piedad. ¿Es tonto?

"Bueno, casi". Quinn agitó una mano aireada mientras se sentaba en una silla frente a ella, cruzaba los brazos sobre el pecho y esperaba.

" Ya le he dicho que tuve que escapar. Me encerró en el ático, ya ve, hasta que aceptara... hasta que aceptara... casarme con Osborn".

"Hay muy pocas posibilidades de que accediera a casarme con Osgood, y aún menos de que consintiera su matrimonio en este momento con nadie en absoluto". Quinn se sirvió una taza de té.

"¿Acaso alguien, milord?

"¿Declaras tu deseo de casarte?" Él levantó la copa y la miró por encima del borde.

"No en este momento, milord", respondió ella con rigidez. "Pero no veo por qué debería hacer una declaración tan dictatorial cuando no nos conocemos".

"Nos conocemos lo suficiente como para que yo haya podido tomar esa decisión". Bebió un sorbo y dejó la taza de porcelana en el platillo con un chasquido. "Y, por fascinante que pueda ser esta discusión sobre tus perspectivas matrimoniales, no se refiere a las cuestiones inmediatas que me ocupan". Ah. Dejame pensar".

Ella espero mientras el levantaba los ojos al techo.

"Ahora recuerdo. Recuerdo a una joven muy adicta a la esgrima, a trepar a los árboles y a actividades similares. Por favor, no me diga que fue tan indecorosa como para salir del ático vestida de esa manera". El largo rostro de Quinn adoptó una expresión de desagrado.

Se arrebujó aún más en su capa. "Era absolutamente necesario".

"¿Y encontró el camino de Wiltshire a Londres. ¿Por la vía pública?"

Ella asintió.

Él hizo una mueca. "¡Indomable Kate! Estoy seguro de que tu determinación se verá recompensada. Sin embargo, la mera fuerza de carácter no resolverá ninguno de nuestros problemas más apremiantes. Debemos encontrar un lugar para que vivas, con alguna hembra que te proporcione compañía y apoyo".

"¿No bastaría con la presencia de tu... esposa?"

"¿Esposa? Yo no tengo esposa, bonita Kate, para dar decoro a esta incómoda situación."

Ella trago saliva. "Solo necesito una sirvienta que me atienda aquí."

Enarcó las cejas. "No, querida Kate. No quiero que destruyas tu reputación".

"Dudo que ese sea el caso".

De pie, su tutor habló sin rastros de humor mientras caminaba de un lado a otro. "Ya no estás en el campo. Hasta ahora, nadie sabe de tus escapadas, pero a menos que desees disfrutar para siempre de tu fortuna en un esplendor solitario en las tierras salvajes de Somerset, no puedes quedarte aquí sólo con una sirviente. Además, también tengo una reputación que mantener. No quiero que se rumoree que me aproveché de mi tutelada".

"No soy tu hija". Se puso en pie de un salto, con los brazos en alto.

"Eres mi tutelada, así que también podrías ser mi hija", le dijo él secamente. "Richard, ¿qué te parece Grillon para el anticipo?". Quinn se acercó a la ventana.

seguido por Carrothers. "Eso no soluciona el problema de su compañía, milord".

"Podríamos contratar a alguien". Los dos hombres hablaron como si Kate no estuviese en la habitación.

"No se puede confiar en un asalariado."

"¿Abrir la casa de la calle Bruton?"

Ella interrumpió, pues odiaba que la ignoraran. "Tengo una casa en Londres".

Los dos hombres hicieron una pausa, la miraron, luego reanudaron su conversación.

"Llama a Harper, búscale algo de ropa", murmuró Carrothers.

"Quizá tenga la misma talla que una de las sirvientes". Quinn la miró de arriba abajo por enésima vez.

Volvió a intentarlo, manteniendo un tono educado, firme y tranquilo, aunque sintió que le rechinaban los dientes de atrás. "No estoy segura de dónde está mi casa. No he ido a Londres desde antes de que murieran mis padres".

"No puedo llevarla con mi madre. Kate la destrozaría. Ya lo tengo". Quinn, emocionada, levantó un dedo en señal de triunfo. "¡La enviaremos con Nan!".

Ella perdió los nervios y agarró la manga de su tutor. "¡No soy un paquete para enviar!"

Quinn le dio un manotazo. "Mira, me estás arrugando el abrigo".

"¿Y quién es Nan?"

"Anna, Lady Penrose, es mi hermana mayor. Tiene un montón de mocosos. Uno de ellos tiene tu edad, tal vez un poco más. ¿Qué edad tiene mi sobrina Louisa, Richard?"

"La Honorable Louisa Penrose tiene dieciocho años y se espera que salga esta Temporada".

"Ahí la tienes. Pronto cumplirá dieciocho años, ¿eh? Este año le toca a Louisa, el año que

viene te tocará a ti. Mientras tanto, irás a Kent hasta la temporada. Ocultarte a plena vista, por así decirlo."

" ¿Ocultarme a plena vista?" Desconcertada, frunció el ceño.

"La seguridad en los números, y todo eso. Si el malvado tío viene a visitarte, no te encontrará", dijo Quinn. "Nan tiene varias hijas y un par de chicos. También puedes poner ranas en sus camas", añadió con malicia.

Su mente se hallaba en otra parte. " ¿Realmente piensas que intentará secuestrarme?".

Carrothers aclaró su garganta. "Después de recibir la carta de Badham, hice algunas averiguaciones. Tu tío necesita tu fortuna desesperadamente. Sin ella, tendrá que hipotecar o vender la Abadía de Badham".

"Oh." Ella se tomó un momento para asimilar esta noticia.

"Usted es una heredera considerable, ¿sabe?". El tono de Quinn era inesperadamente suave. "Debe ser protegida".

Odiaba la idea de ser una carga. "No quiero la protección de nadie".

"¿Entonces por qué estás aquí?"

Se mordió el labio. "Me temo que no me queda otra alternativa".

"Pues entonces tienes suerte". Quinn le sonrió torcidamente. "Hasta que estés a salvo de grilletes, me tienes a mí, me quieras o no. ¡Harper!" Su voz se elevó en un gemido lastimero. Tiró de la campana. Su impaciencia le decía que nada era lo suficientemente rápido para el Conde cuando quería resultados.

Una mujer mayor, vestida de gris y con un delantal blanco, entró en el salón. "¿Milord?" Se ajustó el gorro sobre los rizos plateados.

"Kate, ella es Harper. Es la encargada de la casa. Harper, ella es Lady Katherine Scoville. Báñala y ponle ropa apropiada. La llevaré a casa de Lady Penrose hoy después del almuerzo. Que nadie se entere". Quinn movió un dedo en el aire para enfatizar. "Ya sabes cómo hablan los criados. Nadie más que nosotros tres -no, dash it, Malcolm y Bartram lo saben, pero son de confianza-, nadie más que nosotros cinco debe saber que lady Kate ha estado aquí, ni adónde va."

Capítulo Dos

Pocas horas más tarde, Kate se encontraba con lord Devere en su carruaje, conduciendo velozmente por una carretera que salía de Londres en dirección este. Iba vestida con el mejor vestido que se pudo encontrar en tan poco tiempo, debajo de un viejo abrigo que pertenecía a su tutor. La dueña original del vestido era más baja que Kate, por lo que sus botas sobresalían por debajo del faldón, pero estaban parcialmente cubiertas por el abrigo del Conde. En la parte superior del vestido se le veía más pecho del que le gustaba exponer. Se recogió el abrigo sobre el torso.

"Nan vive cerca de Sevenoaks, en North Downs". Quinn gritó por encima del ruido de las ruedas del curricán al chirriar en la carretera. "Me recuerda a tu casa de Somerset. Te gustará".

"¿Y si no me quiere allí?"

"¿Qué?" Cambió el agarre de las riendas y uno de sus llamativos caballos negros se echó hacia atrás. Recuperó el control con un rápido movimiento de la fusta hacia el exterior del caballo. El caballo castrado retomó un paso suave, paseando a su compañera.

"¿Y si no me quiere?"

"¡Tonterías! ¿Qué es lo que no te quiere, dulce Kate?"

"Ojalá dejaras de llamarme así".

Giró la cabeza y le sonrió, sorprendiéndola con la calidez que transmitía su mirada conmovedora. Realmente tenía los ojos más extraordinarios.

"Lady Katherine, no se preocupe por su futuro. Ya he hablado con mi hermana sobre su salida. Su inesperada llegada simplemente adelanta el calendario".

"Oh." A finales del día, volvió a acurrucarse en el abrigo. Aunque era una mujer alta, las mangas de Devere le llegaban hasta las manos. Su olor perduraba en la lana, una penetrante mezcla de clavo, cítricos y otras notas especiadas. "¿Y el testamento del abuelo? Se supone que estoy con Herbert".

"Richard cree que podemos persuadir a los Lores para que se adapten a nuestro criterio".

"¿Qué Lores?"

La miró. "La Cámara de los Lores aprueba las leyes, dulce Kate. Pueden ayudarnos. Después de todo, ¿para qué sirven si no pueden hacerle un favor a alguien de vez en cuando?".

"¿Eres miembro?"

"Sí, pero no he oscurecido su umbral en unos años, no desde mi investidura. Digo, Herbert debería venir a Londres para ser presentado, por así decirlo".

"Es un hombre desaliñado. Puede que los elimine por completo".

"No, creo que nuestro Lord Herbert viajará pronto a Londres. Irá al Parlamento y se pondrá en contacto con los corredores de Bow Street para que le encuentren".

Quinn permaneció en silencio durante varios minutos mientras se sentaba preocupada.

"Tendremos que ser más inteligentes y rápidos, ¿verdad, Kate? Mañana regresaré a Londres y me ocuparé de los preparativos. Mientras tanto, nadie sabrá dónde te encuentras".

"Me temo que dejé algunas pistas", dijo ella. "Visité a Forrester, el abogado, y hablé con un empleado. Usé el nombre de mi madre, pero dije que era tu tutelada para encontrar tu dirección".

Silbó. "El dependiente sería un imbécil si no supiera quién eres y adónde te diriges. Y de mí a mi hermana hay un corto trecho. Pero anímate, querida Kate. Ya nos las arreglaremos".

*

Kate se sintió reconfortada al ver por primera vez la Casa Penrose. Aunque estaba situada en praderas y no en colinas, Lucía mucho cómo era su casa, con amplios campos salpicados ocasionalmente de árboles. A medida que el curricán se acercaba a la agradable estancia de estilo palladiano, pudo ver que la rotonda de la propiedad había sido diseñada formalmente. Le gustó el aspecto del lugar, ya que todo parecía estar debidamente mantenido, y esperaba tener la oportunidad de explorar la casa solariega y los terrenos.

Cuando Quinn entró, llamando a gritos a Nan y a Pen, arrastró a Kate hasta un salón para que esperara a sus anfitriones. La dejó sentada en un cómodo sofá tapizado en brocado verde. Cuando aparecieron sus asombrados anfitriones, Kate intentó sonreír, aunque se sentía terriblemente timorata e incómoda. Se preguntó qué pensarían de ella, vestida como estaba con el abrigo usado de Devere y una bata demasiado pequeña.

Vestida para una tarde de invierno con un vestido de día azul de kerseymere, lady Anna era tan baja y regordeta como su hermano era alto y delgado. Tenía el pelo rubio y unos ojos alegres. En ese momento, esos ojos chasquearon peligrosamente. "¡Quinn! ¿Cómo te atreves a traer una de tus piezas de fantasía a esta casa?".

Kate se sentó muy erguida. "Mira..."

"Debo decir, Devere, que esto no es exactamente lo apropiado, ¿verdad?". El marido de lady Anna, un baronet corpulento vestido como cualquier escudero rural, miró a Kate con evidente desaprobación.

Quinn ignoró tanto su desconcierto como el de Kate. "Nan, Pen, tenemos un pequeño dilema. Ésta es mi tutelada, lady Katherine Scoville".

Sus labios se separaron en idénticas oes redondas de sorpresa y ella contuvo una risita nerviosa. Los Penrose parecían ser una pareja bien avenida.

"Pido que Kate permanezca aquí por el momento...". Caminando de un lado a otro, Quinn describió las circunstancias de Kate. "No puede vivir conmigo, por el bien de su reputación. Y debe ser protegida de Herbert, lord Badham".

Lady Anna suspiró. "Por lo que he escuchado, todas las mujeres deben ser protegidas de Lord Herbert y sus asuntos. Ningún miembro respetable de la nobleza le concederá entrada". Se sentó junto a Kate, extendió la mano y tomó las frías manos de Kate entre las suyas. " Perdóname, niña, por la forma en que te saludé. Eres bienvenida aquí, todo el tiempo que quieras".

Kate parpadeó para contener unas repentinas lágrimas calientes, que contrastaban fuertemente con sus dedos helados y su espíritu solitario de las últimas semanas. No le había contado a su tutor el frío infierno que había soportado en la abadía de Badham, pero el tacto amable y desacostumbrado de lady Anna le hizo comprender el peligro de su difícil situación y la estrechez de su escapatoria. "Gracias, señora. Me esforzaré por ser una huésped considerada."

"¡Tonterías! Eres la tutelada de Devere, prácticamente un miembro de la familia". Sir Michael Penrose habló desde su acogedora butaca cerca del fuego.

"Pen, tememos que su tío la localice aquí antes de que podamos persuadir al Parlamento para que actúe". Quinn tenía un tono solemne. "En consecuencia, su verdadera identidad debe ser oculta".

Su larga cara era tan cómicamente sombría que Kate se sintió sacudida por las lágrimas e irremediablemente recordada por la sátira de la señorita Austen, La abadía de Northanger. Soltó una carcajada. "¡Oh, señor mío! Es usted demasiado gótico".

"Y tu eres demasiado imprudente e impertinente. Kate, no debes decirle a nadie quién eres, y debemos hacerte pasar por una prima lejana de Pen". Señaló con la cabeza a Sir Michael

Penrose. "Con su permiso, señor".

" Por supuesto que lo tienes, si lo consideras necesario".

"Lo tengo. Considere lo que ha sucedido. Badham encarceló a Kate y me escribió, pidiendo su mano en matrimonio para su hijo y reclamando fraudulentamente su acuerdo". Se giró para mirar a Kate. "Si, basándome en sus mentiras, le hubiera respondido con mi consentimiento, no estarías sentada aquí ahora, Kate. Serías la esposa de Odbert, sola, impotente y sin un centavo".

Kate se quedó completamente inmóvil, sorprendida por su franqueza y comprensión. Se las arregló para decir: " Sin duda tienes razón, y por eso me fui. Pero soy una Scoville". Levantó la barbilla. "A pesar del tío Herbert, estoy orgullosa de lo que soy. Y un nombre falso me parece tan... tan poco necesario. Sólo soy una chica. ¿Por qué alguien se tomaría tantas molestias por mí?"

"Puede que no tengas una idea clara de la magnitud de tu fortuna", dijo el Conde. "Yo sí la tengo. Tiene usted una casa en Londres y una finca en Somerset. Posees minas de estaño en Cornualles y ganado lechero en Devon. En resumen, dulce Kate, aparte de tus propios, humm, atributos personales, eres una recompensa muy tentadora. Los hombres han matado por mucho menos de lo que tú tienes, y es mi tarea cuidar de ti y de tus bienes hasta que te cases, o hasta que alcances la mayoría de edad, lo que ocurra primero."

Ella se le quedó mirando, estupefacta.

Él suavizó su tono. "Así que debemos tener cuidado, pequeña Kate, y juntar nuestras cabezas y decidir quién serás durante los próximos meses".

Se produjo un silencio, sólo roto por el crepitar de los leños en la chimenea.

"Si vamos a elegir un nuevo nombre", dijo Kate por fin, "debería ser parecido al mío, para que me acostumbre a él rápidamente".

Quinn le sonrió. "¡Inteligente Kate! Sabía que lo entenderías".

Anna le tomó la palabra. "¿Pero qué pasará cuando vayamos a Londres para la Temporada? Sabes que Louisa será presentada".

"Lady Kate irá con ustedes y participará en las reuniones sociales menores, como hacen las jovencitas el año anterior a su presentación", dijo Quinn, sonando confiado. "Se esconderá a plena vista, como ya he dicho, y como tú has dicho, Nan, no se reunirá con Herbert y, hum, Osric porque nadie les invita a ningún sitio".

"¿Pero qué hay de los que ya conozco?", preguntó Kate. "He conocido a muchos de los amigos de mi abuelo, y tengo compañeros de colegio que también harán su presentación".

Anna dijo: "Tendremos que confiar en sus amigos, lady Katherine. Y en cuanto a los compañeros del viejo Conde, me temo que muchos de ellos son demasiado ancianos y frágiles para seguir moviéndose en sociedad. Estamos perdiendo la generación pasada, a diario".

Kate asintió, tranquilizada por la lógica de lady Penrose, así como por la confianza tanto del hermano como de la hermana. También la animaban los éxitos de los últimos días. Se había sentido terriblemente desgraciada y asustada, pero ahora había alcanzado un lugar seguro con personas que parecían tan preocupadas por su bienestar como cualquier padre podría estarlo.

Levantó los ojos hacia su tutor. Quinn estaba junto a la chimenea, apoyado en la repisa. Volvió a clavar en ella su mirada oscura y encapuchada. A pesar de su conducta decorosa y sus expresiones de preocupación, nunca había visto a un padre mirar a una hija con la expresión del conde, que se asemejaba más a la de un halcón observando a un herrerillo. Tiró del cuello de su vestido, cohibida. Tenía la sensación de que ningún vestido era lo suficientemente alto como para impedir que el Conde adivinara lo que había debajo.

Al parecer, Anna había proseguido con sus pensamientos mientras Quinn y Kate

comulgaban en silencio. "¿Y Kendra... Caroline... Caitlin...? ¡Vamos, Pen, ayúdame con esto!"

" ¡Eso es perfecto, Quinn!" exclamó Anna.

"¿Qué?", preguntó Kate, completamente desconcertada.

"Muy bien, aquí está". Quinn se sentó a su lado. Ella ignoró su aroma seductor, la misma fragancia especiada que había disfrutado en su abrigo. "Eres Kay Tyndale, la quinta hija de Colin Tyndale. Colin era el hermano menor de mi padre. Sin posibilidades en Inglaterra, se instaló en Calicut hace treinta años como empleado de la Compañía Británica de las Indias Orientales."

"Milord, es usted increíble", dijo Kate. "Creo que debería escribir novelas. Esto no tiene nada que envidiar a cualquier cosa que haya salido de la pluma de la señora Radclyffe".

"No 'milord'", corrigió él suavemente. "La prima Quinn, la prima Nan y la prima Pen".

"Oh, pero no puedo", exclamó ella, avergonzada.

"Puedes y debes", dijo Anna. Se levantó de la silla. "¡Ven!" Le tendió la mano a Kate. "Deja que te enseñe a mi cría".

Ana llevó a Kate al cuarto de los niños, sin dejar de hablar. "Tengo cinco, sabes, soy muy afortunada. ¿Eres hija única?

respondió Kate mientras miraba alrededor de la cómoda y elegante mansión. "Sí. Después de mí nacieron dos fallecidos".

La voz de Anna era suave. "Sí, eso suele ocurrir. Yo soy la mayor, pero mi madre perdió dos bebés antes de que naciera Quinn. Luego murió con el siguiente, pobrecito. Dios quiera que mis hijas tengan mejor suerte". Abrió la puerta de la guardería, donde tres niños en ropa de dormir cenaban en una mesita. Una institutriz de pelo canoso, vestida de sobrio gris, presidía al trío mientras se tomaban a cucharadas el pan y la leche calientes.

"Estos son Harry, nuestro heredero, y Charlie. Tiene ocho años. Y Margaret, la bebé, que tiene cinco". El corazón de Kate se derritió de inmediato. La niña, que compartía el nombre de la propia madre de Kate, tenía bucles de oro encantadores y una dulce sonrisa para Lady Anna cuando se apartó de su cena para mirar fijamente a la desconocida.

"Niños, ésta es nuestra prima, Kay Tyndale. Ha venido desde la India para quedarse con nosotros. Kay, ésta es la señora Stowe, una dama muy importante para nuestra familia".

Mientras Kate sonreía a la institutriz, Harry, un fornido niño de diez años, exclamó: "¡India! ¿Puede contarnos historias de leones, tigres y lobos?".

Con los ojos muy abiertos, Kate se volvió hacia Lady Anna.

"Queridos, la prima Kay acaba de llegar y está muy cansada. Y ya casi es hora de dormir. Quizá os cuente historias mañana". Ana había intervenido con gran aplomo, pensó Kate.

" ¡Hurra!", gritaron los dos niños, mientras la pequeña Margaret dejaba caer la cuchara y volvía su solemne mirada de color verde hacia su madre.

Anna cerró la puerta, sonriendo. "Siempre me animan. Sé que no está de moda disfrutar de los hijos, pero juro que son el centro de mi vida, y también de la de Pen". Avanzó por el pasillo. "Te pondremos en esta habitación de invitados, cerca de Louisa y Pauline. Es una habitación acogedora".

Abrió la puerta. Una criada estaba termianando de limpiar el polvo del delicado dormitorio, decorado en color amarillo claro y verde, con colgaduras de encaje sobre la cama. "Bettina, asegúrate de que haya fuego y agua caliente para la señorita Kay cuando se retire. ¿Hay agua ahora?" Anna comprobó la jarra del tocador.

Devere asomó la cabeza por la puerta abierta. "Nan, ¿Tendré mi lugar habitual?"

"Sí, Quinn". Se volvió hacia Kate. "Lo mantenemos alejado del ala de la guardería, de lo contrario los niños no le darían tregua. Te dejaremos ahora para que te relajes. Bettina te traerá

todo lo que necesites y puede hacer de asistente mientras estés con nosotros".

"Sólo hay una cosa, señora". Habló Kate en voz baja, para que la asistenta no la escuchara. "Dejé a mi asistenta, Mary Ann, en Wiltshire". Pudo ver a Quinn a su lado, negando con la cabeza.

"No", dijo. "No podemos traértela, prima. Pero Carrothers puede averiguar y asegurarse de que esté a salvo".

Kate se tranquilizó y, después de que su tutor y su hermana salieran de la habitación, empezó a recorrer sus nuevos aposentos. Eran todo lo que ella podía desear, a la altura de su dormitorio en Somerset.

Después de que Kate se aseara, Bettina le arregló el pelo y cepilló los pliegues del vestido prestado. Kate deseaba fervientemente tener más ropa. No contaba con dinero, y sólo un vestido, más dos mudas de ropa interior prestadas por una de las criadas de Londres, no era en absoluto suficiente. Pero ese problema tendría que esperar a una solución. Por ahora, le bastaba con estar a salvo.

*

Kate conoció a las dos hijas mayores de lady Penrose durante la cena. Pauline era una pequeña criatura morena; tenía catorce años. Louisa, de dieciocho años y a punto de hacer su debut, era el tipo de muchacha menuda y elfina que siempre hacía que la alta Kate se sintiera desgarbada y torpe. Louisa era muy parecida a su madre y Kate llegó a la conclusión de que la honorable Louisa Penrose contraería un matrimonio sumamente ventajoso. ¿Quién podría resistirse a sus rubios rizos y a su risueña feminidad?

La cena con los seis estuvo cargada de animadas charlas, y Kate recordó las divertidas comidas con sus padres, su abuelo y sus amigos dandis. Aunque la conversación era diferente, en la sala reinaba el mismo espíritu alegre. Su anfitriona controló la conversación con elegancia, desviando la charla de las experiencias de la prima Kay en la India hacia lo bien que se lo pasarían vistiendo a Kate adecuadamente para su estancia en Inglaterra. "Porque -explicó lady Anna, bordando libremente sobre el esquelético relato creado por Quinn- todo el equipaje de la prima Kay se ha perdido y debemos comprarlo de nuevo". Anna le guiñó un ojo a Kate.

"Tenemos una maravillosa costurera", le dijo Louisa a Kate, entre cucharada y cucharada de caldo de tortuga. "Viene directamente a casa para las pruebas y copia todos los estilos más novedosos. Quiero ser toda una crack cuando vayamos a la ciudad. Mamá", preguntó, "¿puede la prima Kay convertirse también en toda una crack?".

Kate se rió con el resto.

"¿Pueden dos señoras a la vez ser todo un crack en Londres?", se preguntó Pauline. "Tío Quinn, eres un 'Mejores de los Tres'. Debes saberlo".

"Pauline, ¿de dónde has escuchado esa frase?", preguntó su padre.

"De Jem, en el establo. Dijo que los caballos del tío Quinn también eran de primera".

"Lo son", dijo Kate. "Son un precioso par".

"Muy buenos. Me costaron una o dos carreras en Tatt's, pero no importa. Y sí, mi pequeño duendecillo, dos damas a la vez pueden ser todo un crack, y predigo que nuestras chicas también estarán en lo alto de los árboles". Quinn levantó su copa y brindó por las dos. "¡Por la prima Kay y mi sobrina Louisa, una pareja destinada a arrasar en Londres!".

"¡Eso, eso!" Sir Pen rió mientras levantaba su copa.

"¿Cuándo viajamos a Londres?" preguntó Kate, mientras el lacayo retiraba los platos de sopa.

"Mañana me voy", dijo Quinn. "Debo empezar a ocuparme de algunos de mis asuntos".

Enarcando las cejas, le dedicó su sonrisa diabólica.

"Viajaremos a Londres para la temporada dentro de unos dos meses, cuando haga más calor. Eso te dará tiempo para descansar y adquirir tu guardarropa". Le sonrió Lady Anna a Kate.

Kate estaba muy dispuesta a rusticar hasta el debut de Louisa. Sabía que le vendría bien descansar en un entorno seguro, pues no tenía su mejor aspecto, dada la tensión sufrida en las últimas semanas. Pero seguía preocupada. "Prima, eh, Quinn, estoy preocupada por el estado de mis finanzas. Mi... listo se perdió con mi... otro equipaje".

"No te preocupes, prima Kay", dijo Quinn. "Puedes disponer de tus cuentas familiares en cualquier momento. Yo me encargaré de ello. En cualquier caso, sus gastos no son extraordinarios. No necesitará traje de etiqueta ni nada por el estilo. Sólo vestidos de diario, y tal vez uno o dos vestidos adecuados para salidas al teatro y cosas por el estilo."

"¡Oh, mamá! ¿No puedo ir yo también a Londres? Seguramente no será nada excepcional asistir a una obra de teatro, y me encantaría ir". Pauline apeló a su madre.

Ana frunció el ceño. "Tu hermana no viajaba a la ciudad a tu edad".

"Pero me aburriré aquí", se quejó Pauline. "Todo el mundo interesante se habrá ido".

Su padre levantó las cejas. "¿De verdad, hija?"

Pauline se sonrojó y tartamudeó. "No, padre, quiero decir, sé que estarás aquí, pero estarás todo el tiempo involucrada con Harry y Charlie".

"Es precisamente ese tipo de meteduras de pata sociales lo que hace que los chicos de catorce años se queden en casa", observó Sir Pen.

"Quizá pueda ir un rato, sólo para asistir al teatro", dijo Lady Anna reflexivamente. Pauline rebotó de alegría en su asiento. "Siempre y cuando no dé saltos", añadió Anna, observando a su animada hija.

"¿Montas a caballo?" preguntó Louisa a Kate.

"Eres muy amable. Me gusta montar sobre todas las cosas".

"Creo que un azul marino o de medianoche, con sus ojos", dijo Louisa. "¡Oh! Ya me lo imagino, con una fina pluma blanca enroscada sobre su bonete".

Pen rió. "¿Sólo piensas en ropa, niña?"

"Sí, bastante. ¿Y por qué no, señor? Dentro de unos meses se acabarán estos días de despreocupación y tendré que pensar en casarme". Su pequeño rostro se ensombreció.

"¿Por qué tan sombría, sobrina?", preguntó Quinn. "¿No te gusta el estar casada?"

"Pues no, porque no te has casado", contestó Louisa con pertinacia. "Pero acepto mi suerte en la vida. Aun así, ¿y si no hay nadie para mí en Londres?".

Kate sonrió. "Tu espejo debe de estar defectuoso", dijo. Louisa se quedó mirando, aparentemente sorprendida. Kate continuó: " Pronostico que te costará elegir entre tus pretendientes".

"Pero no te preocupes", dijo Quinn. "Me aseguraré de que no se acerquen rastrilladores ni trileros. Te protegeré como un león". Y enroscó los dedos en forma de garras.

Todos rieron, incluida Kate. El conde, con sus grandes ojos marrones y su esbelta figura, no podía lucir menos leonino.

Al parecer, los Penrose evitaban la costumbre de separar los sexos después de la cena cuando cenaban informalmente en el campo. Como se sentía demasiado cansada para entretenerse con lo sabroso, Kate pidió permiso a la familia reunida para retirarse antes.

Cansada hasta los huesos, sabía que por fin había alcanzado la seguridad que ansiaba. Tumbada sobre la cama, reflexionando sobre los acontecimientos del día, se sintió reconfortada y segura como no se había sentido desde antes de la última enfermedad y muerte de su abuelo.

Había comenzado un capítulo nuevo y más feliz de su vida. Podía considerarse afortunada.

Las semanas en la abadía de Badham habían sido una larga temporada de aburrida incomodidad salpicada por momentos de miedo estremecedor. La noticia de que su tío Herbert había escrito a su tutor para pedir su mano en matrimonio con el primo Osborn había llenado de energía a Kate. Había escrito su propia carta a Devere e intentado enviarla a través del procurador. Creía que Herbert u Osborn la habían desviado, probablemente robada.

Cuando intentó salir de la finca a caballo para cabalgar hasta el pueblo más cercano, se encontró con que todas las puertas que daban al exterior estaban encadenadas y cerradas. Entonces, Herbert se había enterado de su frustrada partida a través de un empleado de cuadra chismoso. Esa misma noche la había encerrado en el desván. "¡Hasta que te muestres más amable, querida!". Su voz suntuosa aún resonaba en su mente. Se estremeció, moviendo las piernas con inquietud en las suaves sábanas de lino de la cama de invitados de los Penrose.

Bendijo su infancia alegre, que le había permitido escapar de la abadía. De haber sido una chica menos atlética, habría quedado atrapada en aquella fría torre hasta la Segunda Venida.

Tras la pena, la ira y el terror por las cartas que le había repartido la fortuna, la ayuda había llegado de un lugar inesperado. Quinn Tyndale, el Conde de Devere. Sonrió al recordar su imagen la primera vez que lo vio. Tenía un aspecto tan absurdo, con su pijama y su gorro. Sin embargo, había hecho mucho por ella en un solo día.

Admiraba la decisión con la que se había hecho cargo de la situación; sin embargo, no pensaba que sus actos provinieran de una motivación pura. Había visto la forma extraña y melancólica como la miraba. Se la había llevado al campo en cuanto pudo alejarla de su casa de Londres.

Concluyó que era una responsabilidad no deseada ni solicitada. Quinn era soltero, evidentemente por propia decisión. No podía desear la obligación de vigilarla hasta que alcanzara la mayoría de edad. Tampoco podían Lady Anna y Sir Pen, por muy amables que fueran, deleitarse con su imprevista presencia en sus vidas.

Sí, Kate estaría encantada de ir a Londres e incluirse allí en las diversiones apropiadas. Se casaría rápidamente para liberar a su tutor y a su familia de su carga.

Capítulo Tres

Dormida, Kate soñaba:

Caminaba por el Gran Salón de la antigua abadía, donde colgaban retratos de sus ancestros. Los cuadros databan de siglos atrás. Sus antepasados parecían hablarle desde la pintura y el lienzo, decretando que sus preocupaciones transitorias pasarían; en su momento, ella tomaría su lugar, mirando serenamente a sus descendientes desde su propio marco dorado. Estos pensamientos la tranquilizaban enormemente. A la mayoría de la gente le parecía que el Gran Comedor era una polvorienta y fría estancia, pero a ella le encantaba.

Portando un ramo de velas, Kate continuó por el vestíbulo y se detuvo delante de un cuadro de un cortesano de los Tudor. Contuvo el aliento al contemplar el retrato de Robert Scoville, el primer conde de Badham. Este disoluto caballero había sido uno de los predilectos de Enrique VIII, quien le había concedido el título de noble y la abadía durante la Reforma.

Era un mero jovenzuelo que vestía un jubón negro, bordado rígidamente con hilo de plata, sobre medias oscuras lisas y botas de cabalgar. Se apoyaba en una espada desnuda, con la punta clavada en el suelo. Llevaba recogido el pelo castaño a la altura de la nuca.

Kate gritó en la noche al reconocer los rasgos pálidos y fantasmales como los suyos propios.

*

Se sentó de golpe en la cama, jadeando mientras se esforzaba por controlar los desenfrenados latidos de su corazón. La cera de una vela se derramó. Capaz de hacer balance de su entorno, se dio cuenta de dónde estaba: a salvo en la Casa Penrose, lejos de los fríos entornos de la Abadía de Badham.

Apoyándose en las almohadas, cerró los ojos y trató de llenar sus sueños de recuerdos alegres: las risas felices de la cena de la noche anterior, la sonrisa en el rostro de la pequeña hija de Anna mientras cenaba. De repente, la imagen de los anchos hombros y las elegantes manos de Quinn se coló en su mente. Apartó la fantasía, ya que sólo podía molestarla, no tranquilizarla, y finalmente volvió a dormirse.

*

A la mañana siguiente, Kate yacía tranquilamente en la cama, mirando cómo la luz del sol se colaba a través de las cortinas de encaje de la ventana. A juzgar por el ángulo de los rayos, había dormido hasta tarde.

Unas voces se colaban débilmente por la puerta.

"No puede seguir durmiendo, Harry. Ya es hora de nuestras onces".

"No seas tonto. La India está a medio mundo de distancia. Es medianoche allí. Probablemente se acaba de acostar".

"Si todavía está dormida", dijo obstinadamente la primera vocecita, "deberíamos comprobar si se siente bien".

Tras una pausa, la segunda voz dijo: "Si está durmiendo, nunca lo sabrá".

La puerta crujió. Dos cabezas redondas se asomaron por la abertura. Kate miró a los chicos a través de las pestañas mientras entraban de puntillas. Cuando se acercaron a su cama, se levantó de un salto y rugió como un tigre, agitando los brazos en el aire. "¡AARGH!"

Los chicos gritaron al unísono -un sonido extremadamente placentero- y corrieron hacia la puerta. Sonriendo, se recostó en las almohadas. Su día había empezado de una manera deliciosa.

Tocó el timbre. Cuando apareció Bettina, Kate sonrió a la criada. "Buenos días, Bettina. ¿Cómo estás hoy?"

"Bien, gracias, señorita Kay. ¿Aún no se ha levantado?"

"Estoy a punto de levantarme. ¿Dónde está el resto de la familia?

"Los tres más jóvenes están en clase en el aula".

¡Ja! pensó Kate.

Bettina continuó: "La señorita Penrose está practicando con el piano. La señorita Pauline está leyendo griego con el maestro en la biblioteca. Lady Anna está consultando con Cook. Milord Devere se despertó temprano y ha partido hacia Londres".

"¿Ah, sí? Tenía la impresión de que mi primo Quinn nunca se levantaba temprano."

"Bastante, señora." Bettina, una mujer de rostro agradable de unos treinta y tantos años, se dirigió a un armario de pie y sacó una bata. Le tendió la bata a Kate. "Todo el mundo habla de esto abajo. Milord Devere nunca había llegado sin su ayuda de cámara y nunca se le había visto levantarse antes del mediodía como muy pronto, ni siquiera para pasar el día en el campo."

"Gracias." Kate se ató el cinturón "¿A qué hora sirven el almuerzo?"

"A la una, señora. ¿Puedo traerle onces?"

"Sí, por favor. Una taza de chocolate y un bollo serán suficientes, y agua caliente para lavarme".

"Muy bien, señora." Bettina se retiró.

Kate descorrió las cortinas para contemplar el agradable panorama. Debajo de ella, un amplio balcón delimitado por una barandilla baja dividía la casa de los jardines que la rodeaban. A lo lejos, se veían campos ondulados, perfectos para galopar. El sol se reflejaba en un arroyo que serpenteaba a través de los prados. Sí, el día había empezado de una manera extraordinariamente buena.

Su serenidad no se vio empañada por la ausencia de su tutor. Una chica menos practica podria desear que Quinn bailara a su lado, pero ella lo preferia trabajando en sus intereses en Londres.

Temblorosa, recordó su extraño y melancólico semblante. ¿Qué pensaría de ella, irrumpiendo en su habitación vestida con ropa de chico? Si, era mejor que se hubiera marchado de la Casa Penrose, pues ella no tenia el mas minimo deseo de enfrentarse a esa penetrante y curiosa mirada.

*

Para Kate, vivir con los Penrose era como meterse en una bañera llena de agua tibia. Expresó su gratitud a sus anfitriones durante el almuerzo, al que asistieron de nuevo lord y lady Penrose y los dos hijos mayores.

"¡Tonterías!", dijo Lady Anna enérgicamente. "Estamos encantados de tenerte".

"Mamá, ¿vamos a Sevenoaks después de comer?" preguntó Louisa. "Necesito unas cuantas vueltas de hilo de encaje para arreglar mi viejo sombrero. Podemos visitar a la costurera y elegir telas para la prima Kay mientras estamos allí".

Anna reflexionó. "No estoy segura de que Sevenoaks tenga todo lo que necesitamos. Pero será un buen comienzo".

Así que, una vez acabado el almuerzo, las cuatro mujeres subieron al carruaje de Penrose para hacer el corto trayecto hasta la cercana Sevenoaks. Sevenoaks, una ciudad encantadora, tenía un ambiente Tudor muy atractivo, con numerosos edificios de entramado de madera y calles empedradas. Los Penrose, que eran los escuderos locales, eran muy conocidos allí, y los comerciantes con los que trataban los recibían con amabilidad. A Kate la presentaban ante todos

como "¡Prima Kay Tyndale, venida desde la India!". La espuria señorita Tyndale fue agasajada con los chismes más interesantes en la tetería y agasajada con los pasteles más dulces.

El pañero tenía un pequeño establecimiento en el centro de la ciudad y, aunque no tenía todas las finas sedas y satenes que las mujeres necesitarían para sus ocasiones sociales londinenses, les mostró un montón de lanas y batista apropiadas para el uso diario. Kate titubeó antes de elegir colores que no fueran el negro y el gris para sus conjuntos. A pesar de su disfraz, el decoro le prohibía permitirse los colores brillantes que más favorecían a su tez y su cabello. Se consoló recordando que su abuelo la prefería de plumaje vivo.

Eligió un azul prusiano intenso para su atuendo de montar y varias muselinas con ramitas para sus vestidos de mañana y de día. En el campo, preferiría sarcenet de sarga para sus trajes de noche, pero sabía que más tarde, en Londres, sólo le bastarían las telas más finas, con delicados chales para protegerse de los elementos. Aun así, eligió una lana robusta para su pelisse, en un precioso y cálido rojo.

Louisa no pudo encontrar el encaje de hilo fino que ansiaba para su sombrero, pero convenció a su madre de que le comprara unas cintas para renovar el sombrero. "Porque", le dijo Louisa a Kate, "es mi sombrero favorito para pasear por Penrose, y me resisto a cambiarlo".

La propia Ana no necesitaba más ropa, pero ayudó a Pauline a elegir telas; la niña de catorce años crecía rápidamente y parecía necesitar nuevos vestidos constantemente. A la visita al pañero siguió una parada igualmente fructífera en la costurera, que midió a Kate de delante a atrás, de arriba abajo. Repitió el mismo proceso con Pauline.

Las damas regresaron a la Casa Penrose casi al anochecer, de excelente humor. Fueron recibidas en la puerta por una solemne diputación.

Los tres niños más pequeños estaban en fila. Iban pulcramente vestidos y Charlie hizo sonar una pequeña bocina de hojalata para llamar la atención de los adultos. Su institutriz los observaba desde la ventana, sonriendo cariñosamente a sus pupilos.

"¡Harrumph!", dijo Harry, que empezó a leer de un pergamino.

"Considerando: La prima Kay Tyndale está de visita en Penrose; y en segundo lugar, dicha prima procede del lejano e interesante país de la India; y en tercer lugar, la prima Kay cenó con nuestros padres y hermanas; y en cuarto lugar, dicha prima Kay almorzó con los mismos padres y hermanas...".

Aquí la voz de Harry adquirió un tono algo indignado. Y continuó. "Y en quinto lugar, dicha prima luego se marchó a Sevenoaks...".

En ese momento fue interrumpido por la pequeña Margaret, que se precipitó impaciente y rodeó con sus brazos las piernas de Kay. "¿No cenarás con nosotros?"

Harry fulminó con la mirada a su hermana menor. "Mags, vuelve aquí. Has roto filas".

"¿Por favor? ¿Por favor? Tenemos tantas ganas de oír hablar de la India". Charlie tiró de la falda de Kate.

"¡Ya, niños!" Anna ahogó visiblemente una carcajada.

"Está bien", dijo Kate sonriendo. "Mientras cenáis os contaré historias, si luego os vais a la cama como es debido". Le dio una palmadita a Mags en la cabeza. "Ahora id con la señora Stowe, que yo subiré enseguida".

Los niños subieron las escaleras mientras Anna se reía en su pañuelo. Louisa dijo: "Harry se toma muy en serio el hecho de ser el heredero de papá".

"Yo creo que es un mojigato insufrible". Pauline resopló.

"Eres demasiado dura", dijo su madre. "Harry lo hace muy bien".

"Son unos niños encantadores y debes de estar muy orgullosa", dijo Kate. Según su

experiencia, nada halagaba más a una madre atenta que oír los elogios de sus hijos.

*

Y así transcurrieron los días. Kate retomó el mismo patrón de vida que había llevado de niña y que había deseado reanudar en la abadía de Badham. Se levantaba temprano y se vestía con ropa adecuada para las actividades al aire libre, luego montaba a caballo o caminaba durante una o dos horas. Cuando el tiempo no lo permitía, leía, bordaba o practicaba el piano. De vez en cuando tomaba prestadas las acuarelas o los carboncillos de Louisa. Pese a que Kate no era más que una artista indiferente, se resistía a desperdiciar todas las habilidades que había adquirido en la escuela de la señorita Elizabeth en Bath.

Después del almuerzo, Kate y Louisa se entretenían bailando mientras Pauline tocaba el piano. La señorita Elizabeth contrataba a un vendedor de cabriolas para que enseñara a sus pupilas, incluida Kate, los últimos pasos. Louisa había aprendido de sus padres. Kate, que era la más alta de las dos, bailaba con Louisa danzas campestres y cuadrillas con alegría. Hasta le enseñó a Pauline los rudimentos del vals.

"Qué raro sería que te sujetase un hombre". Pauline se rió mientras Kate la hacía girar con pericia por el suelo del salón. Habían apartado las alfombras y Louisa tocaba un vals en el piano vertical. "Bastante desagradable, de hecho".

"Sólo desagradable si no te gustaba la cala", dijo Kate.

"¡Kay y Paul! Ya sabéis lo que dirá mamá si os oye usar la jerga". Louisa levantó las manos de las llaves. "Prima, ¿de dónde has aprendido ese lenguaje? ¿Habla así la gente en Calicut?"

"Los oficiales sí", dijo Kate imprudentemente. "Bup bup-bup, pa pa-pa", tarareó en tres por cuatro, sin dejar de dar vueltas a Pauline. Le pareció que había respondido bastante bien a la pregunta. Wills, así como de los hermanos de sus compañeros de colegio, a quienes se permitía visitar a la señorita Elizabeth cada sábado entre las tres y las cinco de la tarde. Los jóvenes se reunían, tomaban el té y mantenían las relaciones sociales que consideraban adecuadas. Sin embargo, ni siquiera la estrecha supervisión de la señorita Elizabeth evitaba algunas impropiedades. Así surgió el considerable vocabulario de Katherine.

"¿Bailarás el vals en Londres, Louisa?" preguntó Pauline cuando el baile terminaba.

"Sólo si las patronas de la casa Almack me lo permiten", respondió ella, comenzando sus escalas.

Pauline resopló. "Me parece una tontería, una multitud de viejas malhumoradas diciéndonos lo que debemos y no debemos hacer".

"Me atrevería a decir que tienes toda la razón", dijo Kate. "Pero así es nuestro mundo, si queremos casarnos bien. ¿Qué otras opciones tenemos?"

"Podría convertirme en institutriz", argumentó Pauline. "Y papá dice que mi latín y mi griego son muy buenos. Podría ser profesora en una escuela".

Louisa miró fijamente a Paul. "¿Por qué querrías hacer semejante tontería?". Lou quiso saber, dejando sus manos temporalmente quietas. "Si te casas correctamente, nunca tendrías que trabajar para mantenerte".

"No me parece justo". Pauline parecía preocupada. "Otras mujeres tienen que trabajar. Sólo por el hecho de que nuestro padre sea un baronet y nuestro abuelo un Conde, significa que nos casamos y tenemos hijos, y eso es todo."

"Pero eso es muy importante", dijo Kate. "Tu tío Devere es miembro de la Cámara de los Lores. Ellos hacen las leyes y ayudan a dirigir el país. ¿Quién dirigiría si las señoras dejaran de tener hijos?".

"Cromwell no fue un caballero".

Las dos jóvenes se estremecieron.

"Tienes una vena un poco independiente, lo juro", dijo Kate.

"Será mejor que mamá y papá no se enteren de estos sentimientos. Tu viaje a Londres estaría en grave riesgo". Louisa reanudó su práctica.

Pauline empezó a mostrarse alarmada. Kate le apretó la mano. "No te preocupes", susurró. "No lo diremos".

* * *

Kate se acostumbró a la vida con los Penrose con facilidad y satisfacción. Se acostumbró a tomar el té de la tarde con los tres niños más pequeños en la guardería. Se inventaba historias de la India sacadas tanto de su generosa imaginación como de su educación. La biblioteca de Sir Pen le ayudó. Al cabo de una semana, declaró que ya no tenía más historias de la India, diciendo: "¡Sólo tengo diecisiete años! No me ha pasado gran cosa". En su lugar, les contó cuentos de hadas y cuentos históricos.

A medida que la primavera calentaba la tierra, sus actividades se trasladaban al exterior. Encontró en Harry y Charlie compañeros muy dispuestos, y les demostró que podía igualar a cualquier muchacho aventurero en equitación, escalada o tiro con arco. Le encantaba el tiempo primaveral, y a menudo tomaba un libro para leer en las ramas de su antiguo roble favorito.

* * *

Absorta en La Odisea, su pupila aparentaba no darse cuenta del escrutinio de Quinn desde debajo del árbol. Apoyada contra el tronco, Kate estaba sentada a sus anchas con las piernas a horcajadas sobre una gran rama, ofreciendo una imagen que llenaría la mente de cualquier hombre con los pensamientos más libidinosos. Las enaguas con volantes asomaban por debajo del vestido demasiado corto, dejando al descubierto los tobillos y las pantorrillas. Mientras Quinn la observaba, le vino a la mente la imagen de sus piernas vestidas con unas medias reveladoras. Con dificultad, apartó la mente de aquel recuerdo y recordó las ranas que ella le había metido en la cama cuando se conocieron.

Tragó saliva y le dijo: "Buenos días, Kate, porque ése es tu nombre, según he escuchado".

La había asustado, pues se agarró a la rama con la mano libre mientras sus piernas se cerraban en torno a la rama. La carne de la ingle de Quinn se tensó y maldijo en voz baja. Se había prometido a sí mismo que ni se le ocurriría darle un garrotazo a la chica. *¡Muy impropio! No puedo aprovecharme de mi propia tutelada*. Y, sin embargo, no pudo evitar imaginársela montada en su cuerpo en vez de en la rama.

Ella interrumpió su fantasía. "¿Dónde has estudiado todo este buen discurso?"

"Es improvisado, de mi madre". Riendo, tomó el libro que ella le arrojó.

Ella pasó una pierna por encima de la rama, trepó hasta la siguiente rama adecuada y se descolgó del árbol.

"¿La Odisea, Kate la delicada?" Él sonrió, burlándose ligeramente. Su ocupación era cualquier cosa menos delicada.

Ella enrojeció. "Sólo busco perfeccionarme, señor".

"¿Qué parte estás leyendo?", le preguntó. Cuando abrió el libro por la cinta morada que marcaba su lugar, ella intentó quitárselo de la mano. A pesar de su estatura, él era una cabeza más alto. Con las extremidades a juego, eludió su agarre con facilidad, abriendo el volumen.

" ¡Ejem! Mi griego es débil, ya que hace unos años que salí de Oxford, pero puedo traducirlo: 'Monté el glorioso lecho de Circe'".

"Es de Pauline. ¡Devuélvemelo!" Volvió a intentar arrebatar el libro sin éxito. Su rostro se sonrojó de la manera más apropiada.

"No estoy segura de que mi tutelada o mi sobrina deban leer sobre Odiseo y Circe". Levantando el volumen por encima de su cabeza, se apartó de su mano.

"¿Quizá el cuento de los comedores de lotos sea más de tu gusto?".

Se tambaleó hacia atrás, con una larga mano agarrándose el pecho. "¡Le has acertado! ¿Te parezco tan perezoso? Te aseguro que he sido muy prudente y rápido en tus asuntos".

"¿Oh?" Dejó de agarrar el libro.

"He presentado un proyecto de ley en la Cámara de los Lores para retirarte del cuidado de Badham. Carrothers está fuera, inspeccionando tus propiedades. El procurador y su secretario han sido advertidos de no meterse en este asunto de ninguna manera. Herbert y Oswald no están en Londres. Me temo que están en Bath".

"Se llama Osborn".

Quinn agitó una lánguida mano mientras caminaban hacia la Casa Penrose. "Le doy al nombre de tu detestable primo toda la atención que se merece".

"¿Fueron a mi antigua escuela?"

"Creo que sí". Estrechó su brazo entre los suyos. "He recibido una carta de la señorita Elizabeth Telmont. Fue contactada por el actual Conde de Badham, expresando su preocupación por usted."

"Ella fue mi maestra, y muy querida para mí. Me gustaría poder decirle que estoy a salvo".

"¿Se puede confiar en ella?" Le entregó el libro a Kate y abrió la puerta del huerto. La acompañó hasta las hileras ordenadas de verduras de finales de invierno.

"Estoy segura de que sí. Pero uno nunca sabe en qué manos puede acabar una carta". La mano de ella se apretó contra el brazo de él, una sensación agradable.

"Tienes razón. Pasemos a temas más divertidos. Querida Kate, creía que te habías comprado ropa más apropiada, pero veo que sigues con la bata que te prestó mi preadolescente".

Se miró las faldas desarregladas. "Oh, este vestido lo uso para trepar a los árboles y jugar con los niños, señor. Hemos realizado varias excursiones a Sevenoaks y tengo casi un guardarropa completo. Usted, por supuesto, es tan fino como cinco peniques". Su voz sonaba extrañamente entrecortada.

Se rió, cómodo con un abrigo entallado de superfino azul, con chaleco y ropa interior de sarga de color prímula. Sabiendo que vería a Kate, se había anudado el corbatón de forma precisa. Caminó con ella a través del huerto y luego entró en la Casa Penrose por un pasaje trasero, eludiendo a los cocineros que estaban en la cocina, donde los preparativos para el almuerzo estaban en pleno desarrollo.

"Será mejor que me cambie", dijo Kate.

*

Le soltó el brazo y subió corriendo las escaleras, agarrando el libro. Cerró la puerta de golpe y, una vez a salvo en su habitación, arrojó el volumen sobre la cama. Apoyada en la puerta, se llevó las manos a las mejillas encendidas.

¿Por qué, oh, por qué su tutor tenía que pillarla leyendo aquel pasaje concreto de La Odisea? ¿Y qué tenía aquel hombre que la perturbaba tanto? Su comportamiento hacia ella era todo correcto, y su atención a sus asuntos muy diligente. Todavía tiene aspecto de perro de caza, le dijo a su tumultuoso corazón. Pero sus hombros, en el abrigo bellamente cortado, lucían anchos y masculinos. Se movía con una gracia y un poder inusuales para alguien de tan alta estatura.

Recordó la firmeza del brazo de Quinn mientras la escoltaba por los jardines. Es sorprendentemente musculoso para ser un dandi, pensó. Imaginó que sus hermosos ojos

marrones contenían toda su alma cuando la miraba. Pero él la veía como su hija, y encontrarla encaramada a un árbol sin duda confirmaba más que modificaba su percepción.

Vertió agua de la jarra en el cuenco de la cómoda para salpicarse la cara. Agarró el tirador de la campanilla y se dijo a sí misma que dejara de cavilar sobre ese asunto tan tedioso. Esperaba que no se burlara de ella durante el almuerzo por su elección de material de lectura.

Bettina entró para ayudar a Kate a desvestirse y quitarse las botas. Kate se despojó de su turno humedecido. Se preguntó por qué sentía la prenda húmeda, ya que el día no era tan caluroso como para provocar un acaloramiento innecesario. Se frotó el cuerpo pegajoso con un paño empapado en agua fría y luego se puso ropa interior limpia.

"¿La muselina de prímula?"

"La azul, creo". Por ninguna razón aparente, Kate quería lucir lo mejor posible en el almuerzo. El tono celeste favorecía sus ojos y su tez más que el amarillo.

"No se ha puesto sombrero esta mañana, señorita Kay", comentó Bettina mientras trenzaba el pelo de Kate. "Si no tienes más cuidado, le saldrán pecas y se pondrá morena como una baya, y todos los del pueblo la llamarán señorita cara de salvado".

Kate, sacada de sus casillas, se echó a reír. "Bueno, hay peores destinos".

" Sus padres la enviaron a Inglaterra para que se casara bien. No estarán contentos si no regresa a la India con algo menos que un baronet, estoy segura". Bettina enrolló la trenza sobre la cabeza de Kate y la sujetó con alfileres. Dejó rizos que enmarcaban la cara de Kate.

"Me pregunto si habrán pensado en la posibilidad de que no regrese. Es posible que cualquier marido con el que me case no quiera viajar ni vivir en la India".

"¿Echa de menos su hogar, señorita?"

Kate hizo una pausa, sin estar segura de su respuesta, cuando le vino a la mente la imagen del gélido desván de la abadía de Badham a medianoche, iluminado por la luna. Ahuyentó el inoportuno recuerdo y pensó en sus padres. "Sí y no. Me siento sola por mi familia, por supuesto, pero los Penrose me han hecho sentir tan bienvenida que casi nunca añoro mi hogar. Echo de menos el clima", dijo, recordando el contenido de uno de los libros que había leído sobre el clima y la geografía de la India. "Hace mucho más calor, y aquí me encuentro a menudo con frío, aunque por supuesto no en un día tan bueno como éste". Se puso su sombrero de paja y se ató las cintas azules de grosgrain bajo la barbilla.

El tiempo permitió que el almuerzo se sirviera en el soleado balcón del comedor. El día habría sido demasiado caluroso de no ser por una ligera brisa, y Kate sintió con gratitud que el aire le aliviaba la acalorada nuca.

*

Quinn observó cómo el suave viento levantaba un rizo castaño que rozaba la mejilla de su tutelada y envidió aquella tierna brisa. Mirando a Kate desde el otro lado de la mesa, se imaginó acariciándole el pelo. Llevaba un vestido que realzaba sus ojos y resultaba totalmente cautivadora.

Se había puesto tan deliciosamente nerviosa cuando la sorprendió leyendo el salaz pasaje de La Odisea. Él había querido apretarla contra la hierba alta y mostrarle exactamente lo que Homero había querido decir. Apenas le miró durante la comida, mi dulce torturadora. ¿Sabía ella cuánto le afectaba una mirada de sus finos ojos azules?

Su Kate. *Su* Kate. Dios mío, ya estaba pensando en ella como si fuera suya. Frustrado, Apretó los dientes. Una joven tan independiente como Katherine Scoville, que trepaba por las ventanas de los áticos y viajaba sola por medio país, seguramente se opondría a semejante aproximación. ¿Y qué había de su honor?

Evitó la tentación marchándose después del almuerzo. A pesar de su precipitada partida, reservó algo de tiempo para una charla privada con su hermana. Se sentaron en el salón y urdieron sus planes mientras Pen dormitaba en su sillón tras la copiosa comida. Las puertas francesas abiertas permitían a Quinn escuchar los gritos de los niños jugando al criquet, y las abejas zumbaban en el fragante rosal de fuera.

"Abriré la casa de la calle Bruton cuando me lo indiques, Nan", dijo.

"La semana que viene, creo. Pero no saldremos hasta dentro de quince días. Primero debo llevar a Louisa y a Kay a la casa de Madame Mirielle".

"¿Te trae recuerdos?"

Anna sonrió. "Sí. No hace tanto tiempo que me preparé para mi debut. Es una época monstruosamente emocionante para las chicas".

"¿Y cómo sigue mi tutelada?"

"Muy bien. Es una chica muy agradable. Se ha convertido en la favorita de todos, especialmente de los chicos. Puede correr y trepar con los mejores, pero sabe desenvolverse en sociedad. No debes temer por ella. Ella y Louisa tendrán sus pretendientes, creo".

"Hum." No sabía muy bien cómo se sentía ante la perspectiva de que Kate tuviera pretendientes para su mano en matrimonio.

"Una vez que tengamos a Louisa iniciada, presentaremos a Kay. Eso sí, tiene alguna que otra pesadilla, pero creo que no hay daños duraderos por sus experiencias."

"¿Pesadillas?"

"La primera semana, Louisa me dijo que la oía gritar por la noche".

"¡Maldición y explosión!"

"No hay nada que podamos hacer, Quinn. A pesar de todas sus sonrisas alegres, es una niña muy reservada. Niega cualquier pena y, debo decir, su comportamiento ha mejorado con el paso del tiempo. ¿Y sus otros problemas?"

"Tan bien controlados como es posible", dijo. "Me temo que los Lores son una tripulación muy pesada. En este momento están ocupados con cuestiones relativas a la futura Reina. Puede que tengamos que recurrir a la Cancillería".

Hizo una mueca de desagrado. "Podríamos esperar hasta el doce de nunca para una decisión de la Cancillería. ¿Se sabe algo de Badham?"

"Aún no está en Londres, pero seguro que llegará". Se sacudió la pelusa de la solapa. "Deberíamos mantener a Kate callada hasta que los Lores hayan actuado".

"Eso no debería ser difícil. Pauline también vendrá a la ciudad, y las dos pueden entretenerse en el teatro y en Vauxhall mientras yo acompaño a Louisa."

"Eso sí, debería haber una chaperona con ella en todo momento. Si es necesario, envía un mensaje y yo la vigilaré, eh, a ellas".

Anna le miró un poco extrañada, pensó, antes de sonreír y levantarse, diciendo, "Te acompaño. ¿Estás decidido a irte tan pronto? Esperábamos tenerte aquí más tiempo, Quinn".

Se encogió de hombros con aire indiferente. "Voy a Surrey y luego vuelvo a Londres. No te preocupes por la casa. Harper se asegurará de que todo se encuentre en orden para ti".

Capítulo Cuatro

Quinn descansó esa noche en su finca de Surrey y al día siguiente presenció las carreras de Ascot. Acechando por el recinto de los compañeros en dirección a la pista, se dedicó a observar los progresos de sus jamelgos bien criados. Por la atención que recibía, dedujo que otros tenían objetivos diferentes.

Una bandada de chicas, vestidas a la moda, rodeaba a los señores como mariposas revoloteando. La temporada de apareamiento había comenzado.

"Lord Devere, permítame presentarle a mi hija, la honorable Gillian Calmont-Trent", gorjeó una matrona. Quinn levantó el lorgnon y dirigió a la anciana una mirada arrolladora destinada a rebajar la pretensión. La pequeña niña que ocultaban sus faldas no merecía la menor atención; a Quinn le desagradaba especialmente la costumbre de algunas familias, muy extendida en el siglo anterior, de arrojar a los niños de catorce años a la sociedad cortés. Aquella chiquilla, con las mejillas todavía redondeadas por la grasa de bebé, pertenecía al aula, no a la nobleza. Sin embargo, cumpliría con su deber. No sería justo cortar a la chica. Estiró la boca en una sonrisa.

"Señorita, eh, Calmont-Trent." Hizo una cortés reverencia antes de ser desviado por otra ansiosa madre. Esta señora grande, vestida de un puce poco favorecedor, trató de traer a su pequeño pichón a su atención. Afortunadamente, uno de sus amigos le agarró del brazo para acercarle a un grupo de propietarios antes de que se viera inmerso en el pantano de las hembras cazafortunas.

Quinn volvió la mirada hacia sus compañeros y sus caballos.

"Digo, Devere, que hoy estás endemoniadamente bien con las damas", dijo el hombre que le cogió del brazo. Quinn reconoció al vizconde Byland de Northumbria.

"Me canso del baile".

"Es tu destino. La riqueza y el título engendran la atención femenina".

"¿Es tan tonto querer ser deseado por uno mismo, en vez de por el contenido de su cartera?".

Byland se rió. "En absoluto, Devere. Pero míranos". El señor de rostro florido y sobrepeso se palmeó el vientre. "Yo, por mi parte, estoy agradecido de haber nacido un noble rico. De lo contrario, no me hubiera birlado ni una criada".

Quinn se unió a la carcajada de su amigo. "Y yo, el Duque de las Extremidades, pelirrojo y con cara de salvado, me despertaría solo para siempre".

"No es tan malo para ti. Las damas disfrutan de tu amable personalidad". Byland golpeó a Quinn en las costillas y movió las cejas. "Especialmente esa pequeña bailarina de ópera, ¿cómo se llama?".

"Mis labios están sellados", dijo Quinn. De hecho, había abandonado a la encantadora madame Granatt en cuanto había extendido sus favores más allá de una compañera de cama. No los compartía.

"Sellados con sus ardientes besos, ¡lo juro! Pero, ¿con cuál de tus engendros del diablo vas a correr hoy?".

Quinn se rió entre dientes. "Tu rival favorito, ""El Trato de Tyndale"", corre en la segunda eliminatoria contra tu ""Bylander"". El gran semental negro, orgullo y alegría de Quinn, descendía del Darley Arabian. A los cinco años, Treat estaba imbatido.

Treat corrió bien, ganando su carrera. Quinn cobró sus ganancias, además de varias ofertas

de compra por el extravagante y veloz negro. Con una sonrisa, las rechazó todas.

Regresó a Londres para impartir órdenes sobre la mansión de los Tyndale en la calle Bruton. Aunque había vivido una vez en la casa de principios de la época georgiana, que había pertenecido a sus padres, Quinn prefería su residencia más pequeña de la Plaza Berkeley. Sin embargo, la de la calle Bruton, que contaba con un espacioso salón de baile, así como numerosos dormitorios, salones y salas de dibujo, se adaptaba a la presentación de las jóvenes a la sociedad londinense.

Miró con mal humor por la ventana hacia Berkeley Square, viendo cómo la tarde se iba convirtiendo en crepúsculo. Al ser finales de marzo, la plaza estaba libre de escarcha y nieve. Una ligera niebla se acumulaba para cubrir los duros contornos de los edificios que bordeaban las calles de Mayfair. Intrigadamente inquieto, pero sin compromisos esa noche, decidió que visitaría su club en San James.

En traje de noche, cruzó Piccadilly sin perder de vista algún que otro carruaje. Aunque era temprano para que la gente se apresurara a acudir a sus compromisos, numerosos carruajes abarrotaban la concurrida calle.

Su humor se levantó cuando vio a Sir Willoughby Hawkes. Hawkes era un gran jugador y se podía contar con él para sacar a Quinn de la Calle del Cangrejo. Pero Hawkes tenía el ceño fruncido. ¿Qué podía preocuparle?

"Sabes, viejo amigo, estoy pensando en encadenarme de piernas. Debo proteger el linaje y la hacienda, y todo eso. ¿Va a salir algún artículo de primera este año?"

Quinn miró a Sir Willoughby con recelo. Hawkes era un tipo estupendo, pero había que ser cauteloso a la hora de animar a Sir Willoughby. Quinn no sabía si quería una relación familiar más estrecha con su amigo. Aunque era un baronet terrateniente, Hawkes, un tristemente célebre deshonesto, no podía considerarse el mejor partido posible para su sobrina Louisa. En cuanto a Katherine, eso ni siquiera era una pregunta.

"No se me ocurre nadie que te convenga, viejo", dijo Quinn, manteniendo la voz informal. "¿Vamos a cenar donde White?"

"Oh, todavía es temprano. Pensé en pasarme por el Hotel Nymphos para examinar a los nuevos talentos".

A Quinn le pareció extraña la inclinación de su amigo, pero permaneció en silencio. Si Hawkes deseaba establecer una relación duradera con una señorita adecuada, el Nymphos, una notoria tienda de traseros, no era el lugar que debía frecuentar. Al propio Quinn ya no le interesaba el lugar. Los solteros se separaron en la esquina de la Calle King, uno para dirigirse al este, a la Plaza Leicester y al mencionado Nymphos, el otro para dirigirse a San Jaime y cenar.

Tras la cena, Quinn se entretuvo jugando. El White, un lugar de encuentro de la vieja generación, era un poco aburrido para su gusto, pero se empeñó en dejarse ver por allí. Mantenía media oreja atenta a los cotilleos políticos, pues creía que, en aquella coyuntura, el conocimiento de los entresijos de la Cámara de los Lores podría ser muy beneficioso para su tutelada. Aunque no escuchó nada que ayudara de forma directa a su causa, esperaba que su presencia en compañía de animales políticos fuera de ayuda.

Se levantó de la mesa dos horas más tarde, varios cientos de libras más rico, sin importarle nada el juego ni sus compañeros. Volvió a casa sintiéndose hueco. ¿Qué le faltaba a su vida? Normalmente habría acompañado a Hawkes al Nymphos, y se habría liberado en el cuerpo o la boca de alguna princesa callejera. ¿Por qué había dudado?

Kate. Su Kate era la razón. Ninguna otra mujer le interesaba lo más mínimo. Todo en ella, desde su brillante pelo castaño hasta sus encantadores tobillitos, le fascinaba, le cautivaba y le

hechizaba.

"Maldita sea", dijo en voz alta, golpeando con su bastón una valla de hierro en la calle Berkeley. Le dolía el corazón cuando pensaba en su angustia por las pérdidas que había sufrido, así como en los efectos de la brutalidad de Herbert y Osborn. Por lo que él sabía, ella nunca había hablado de sus experiencias con nadie, guardando todo su dolor en su interior. Él quería aliviarla, pero no sabía cómo hacerlo sin sacrificar su honor y el de ella.

* * *

Los Penrose trasladaron su hogar a Londres poco después; excepto los tres hijos menores, toda la familia se trasladó a la calle Bruton en un desfile de carruajes, landaus, calesas, coches y trampas.

"¿Qué significa exactamente una temporada?"

Kate interrumpió su conversación con Louisa para escuchar la respuesta de Ana a la pregunta de Pauline.

"¿Y por qué tenemos que tener una? ¿Cuál es la importancia?". Pauline, que en las últimas semanas se había revelado ante Kate como inquisitiva, incluso curiosa, prosiguió con la pregunta.

"¡La, niña!" Ana echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. "¡Las preguntas que haces!"

"En serio, mamá. Llevo toda la vida escuchando hablar de 'las temporadas', pero nadie me ha explicado qué es 'La Temporada'". Kate sabía que Pauline perseguiría sus respuestas con la misma tenacidad que cualquier sabueso rastrea a su presa.

La madre de Pauline contestó "¡Bueno! La temporada social londinense es muy importante, sin duda. Es muy significativa para una joven de nacimiento y crianza".

"¿Para conseguir esposo, quieres decir?"

Anna frunció el ceño. "'Conseguir' no es el término adecuado. Sería mejor decir que, desde hace unos años, las personas de buena cuna se reúnen en Londres cuando ha pasado lo peor del invierno. Los caballeros han cazado todos los zorros y faisanes hasta la extinción, y todos se han aburrido de corazón de sus propiedades en el campo."

"Yo creía que la temporada empezaba con la primera carrera en Ascot, en marzo", dijo Kate.

Anna frunció el ceño. "No hay ningún acontecimiento oficial que dé comienzo a la temporada social londinense. Simplemente parece que el tiempo se despeja lo suficiente en primavera para permitir viajar fácilmente del campo a Londres."

En ese momento, los caballos que tiraban del landó chapotearon en un charco de barro cubierto de hielo. Kate reprimió una sonrisa de satisfacción.

"Así que en primavera", continuó Anna, "vamos a Londres a socializar con nuestros amigos y parientes después de que haya pasado el invierno. Eso es todo".

"Pero me esperan más cosas, mamá, ¿verdad?", preguntó Louisa.

Anna sonrió. "Para una joven en edad de casarse, las fiestas y eventos sociales son una oportunidad para ver y ser vista por hombres jóvenes".

"El baile de emparejamiento, por así decirlo", dijo Kate.

"Pero nadie conoce a Lou, mamá, y tú no vas a Londres más que para comprar ropa. ¿Cómo van a invitar a Louisa a alguna fiesta?" preguntó Pauline.

"Poco después de que lleguemos a la ciudad daremos un baile para Louisa después de que sea presentada en la corte. Invitaremos a todos nuestros viejos amigos y parientes. Ellos corresponderán con invitaciones para Louisa," dijo Anna, sonriendo. "A menos, por supuesto, que tengan hijas elegibles. No invitarán a Louisa porque seguro que nuestra Lou eclipsará a todas

las demás".

Kate se rió con las demás. "¿Cuánto tiempo estaremos en Londres, señora?"

"No más de dos meses, quizá tres. Londres se vuelve bastante sofocante en verano, así que volveremos a Kent". Anna miró a Louisa. "Para entonces, espero que hayas hecho nuevos amigos, tanto hombres como mujeres. Organizaremos una pequeña fiesta en Kent con tus amigos especiales".

Pauline frunció el ceño. " ¿Amigos especiales, como en *partís elegibles*?"

"Bueno, sí, eso espero. Pero Lou no debe precipitarse. Ella sólo tiene dieciocho años y le queda mucho tiempo para formar un vínculo. El matrimonio es una decisión muy importante. Recordadlo, chicas. Cuando elijáis marido haréis la elección más importante de vuestra vida. Pero estaremos a vuestro lado para ayudaros siempre". Ana sonrió a Kate, que había estado escuchando. "Después de Louisa será el turno de Kay".

Kate sintió que se le retorcía el estómago. *Un hogar. Un marido. Una familia. Seguridad y protección*. Todo a su alcance, tan pronto. Levantó la barbilla. "Espero formar una conexión elegible rápidamente. No tengo ningún deseo de imponerte por un período indefinido de tiempo".

"¡Tonterías!" Anna le dio una palmada en la rodilla a Kate. "No eres ningún problema, prima". Sus ojos azules lanzaron una advertencia. "Todos disfrutaremos del ajetreo social. Será todo un acontecimiento, prima Kay. Hay mucha curiosidad por todo tipo de cosas orientales, ya sean chinas, indias o puramente imaginarias". Anna le guiñó un ojo a Kate.

*

Llegaron a la calle Bruton a media tarde, luego de almorzar en una posada cerca de Bromley. Kate pudo ver que la casa, elegantemente decorada, había sido preparada para la ocupación de la familia. Carrothers o Harper, supuso. Desempolvada y pulida a la perfección, la casa relucía. Habían quitado las fundas de los muebles del salón, tapizados en seda verde aguada. La habitación de Kate, en la parte delantera de la mansión, estaba decorada en verde y azul y la cama tenía sábanas recién lavadas.

Mientras Ana inspeccionaba todo el edificio en compañía de la recién contratada ama de llaves, Kate, con Pauline y Louisa, exploraron el pequeño jardín trasero, complacidas por lo que encontraron. Los arbustos habían sido podados recientemente y la fuente, aunque seca, había sido limpiada de las hojas y ramitas muertas del invierno. Los bordes herbáceos habían sido desherbados y la elegante parcela estaba lista para el disfrute de la familia y sus invitados.

"No hay árboles grandes a los que trepar", dijo Kate con tono crítico.

Louisa abrió mucho los ojos. "Seguramente, prima, no esperabas entregarte a semejantes pasatiempos aquí en Londres".

"Supongo que no".

"¿Por qué demonios no?", preguntó Pauline. "¿Qué daño podría causar trepar a un árbol, en Londres o en cualquier otro lugar?".

Louisa resopló y se retiró al interior de la casa.

" La reputación", dijo Kate sombríamente. "Cuanto mayor se hace una, más se restringe la conducta. Nada de trepar a los árboles, nada de correr, nada divertido o te tachan de libertina. Disfruta de tu juventud, Pauline".

El corazón de Kate dio un brinco al ver a Quinn, que había aparecido en la puerta que separaba la casa del jardín. Con sombrero y guantes inmaculados, llenaba el estrecho pasillo. Llevaba un látigo corto, pues al parecer había olvidado dejarlo con su equipo. El chaquetón marrón chocolate le sentaba de maravilla, pensó.

A diferencia de Kate, que sintió una cierta contención que le retenía la voz en la garganta,

Pauline brincó para saludar a su tío, riendo de alegría. "¡Tío Quinn!"

"¡Hola, Paul!" Quinn saludó a su sobrina con la misma calidez.

Kate intentó reprimir una pizca de envidia. Quinn tenía la familia afectuosa que ella deseaba. Admiraba la conexión genuina que mantenía con ellos, sin duda su cualidad más encantadora.

Después de abrazar a Pauline, fijó la mirada en Kate. Su escrutinio, tan evidente para Kate como si le hubiera tocado la cara con la mano, y sintió un cosquilleo en la carne con un calor desacostumbrado. Apretó el hombro de Pauline y le dijo: "Pauline, corre a buscar a tu madre, si puedes. Quiero hablar con ella".

Pauline se apresuró a entrar para cumplir su orden.

"Mi tutelada". Quinn le expresó en voz baja.

Kate levantó la mirada y le tendió una mano temblorosa.

La tomó con suavidad e hizo una reverencia. "¿Serías tan amable de acompañarme al parque? Hay asuntos que me gustaría discutir".

"Muy bien, milord. ¿Para qué demonios necesitaba hablar con ella en privado? Esperaba que el tío Herbert no la hubiera localizado ni se hubiera convertido en una molestia. Kate disfrutaba viviendo con los Penrose y no deseaba que su situación cambiara. "Iré por un sombrero".

"Te espero delante. Los caballos están descansados y hay que pasearlos". Quinn le indicó que pasara por la puerta de la casa.

Sin llamar a Bettina mientras entraba en su vestidor, Kate caviló. ¿Tendría realmente interés en hablar con lady Anna o había enviado a Pauline con un pretexto para hablar a solas con Kate? Pero un paseo en coche con su "prima" no sería nada excepcional, ni siquiera a las cinco en punto, la hora de moda.

Su mente giraba y giraba entre las posibilidades como una peonza. Por enésima vez se recordó a sí misma que debía dejar de cavilar sobre su tutor, sus actos y sus motivos. Seguía siendo un misterio y lo seguiría siendo. Mientras se ataba las cintas amarillas de grosgrain de su sombrero de paja bajo la barbilla, se dijo a sí misma que debía dejar de interesarse por el conde de Devere.

Miró por la ventana y vio al tigre de Quinn paseando a los caballos negros enganchados al carruaje del conde. Decidió vestir un vestido largo. Conducir en un vehículo abierto, incluso en un soleado día de primavera, podía provocar escalofríos.

A pesar del buen tiempo, en el aire flotaba una nube procedente de los miles de fuegos encendidos para cocinar y calentarse en la metrópoli. Poco acostumbrada a ver basura en la calle, por no hablar de los residuos humanos, intentó no arrugar la nariz ni taparse los oídos. Londres la abrumaba.

Cerró la ventana antes de salir de la habitación para ir en coche con Quinn. ¿Qué querrá?

Al acercarse al vestíbulo de mármol, oyó a su tutor y a su anfitriona conversando.

"Declaro, Quinn, que esta casa nunca había brillado tanto".

"Harper", dijo él, con un tono complaciente en su voz. "Una joya, ¿verdad?"

"Debes agradecérselo de mi parte. Si pudieras darle este velo..." Al entrar, Kate vio que Ana le ponía una moneda en la mano.

"Se lo daré. Y no, no puedes tenerla bajo ninguna circunstancia".

Anna dio un paso atrás, con una expresión de fingida sorpresa en el rostro. "Mi querido hermano, me sorprende... ¡me sorprende! que pienses que soy tan traicionera como para intentar robarte a tu sirvienta".

Kate intentó no reírse. Sabía muy bien que nada le gustaría más a Ana que contratar al modelo de ama de llaves de Quinn. De hecho, Anna había expresado tal sentimiento más de una vez.

Enarcó las cejas. "Estoy totalmente a favor de unos clavos razonables, hermana mía, pero ¿un soberano de oro? Esto no sería un soborno, ¿verdad?"

"Por supuesto que no. Anna mostraba una actitud que reflejaba a la vez buen humor y un leve enfado.

Un buen truco, pensó Kate. Al llegar, hizo sonar sus tacones sobre el mármol un poco más fuerte de lo necesario.

"Pero aquí está Kate", dijo Ana. "Es indecoroso discutir sobre los criados en su presencia". Sonrió a Kate. "¿Así que irás con mi hermano a Hyde Park a las cinco? En verdad será todo un acontecimiento".

"Si soy todas las cosas que soy es debido al reflejo del brillo de la gloria de Devere," ´Comentó Kate, riendo.

"Realmente no," replicó él. "Me siento agraciado por tu presencia."

"Es inteligente llevarse a Kate así a un sitio público?" Preguntó Anna.

"El pueblo aún carece de compañía. No hay peligro, Nan". Le ofreció un brazo a Kate para acompañarla fuera de la residencia. La guió hasta el carruaje y se sentó a su lado. Tomó las riendas de su tigre. Los caballos se lanzaron hacia delante, agitados. Quinn los controló mientras su tigre saltaba a la parte trasera del carruaje.

"Debo admitir que es un alivio que se dirijan a mí por mi nombre", dijo. "El constante fingimiento se ha convertido en una tensión".

"Lo siento, Kate, pero tendremos que seguir con la farsa un tiempo más. Y debes permanecer cerca de casa". Condujo por Berkeley Square hasta Mount Street.

Ella tragó saliva. "¿Qué ha sucedido?"

"Carrothers ha viajado a Somerset para, eh, desposeer a tu tío y a su engendro de tu propiedad".

"¿La casa Gillender? ¿Fueron a la casa Gillender?" La ira infectó el alma de Kate. No podía soportar pensar en Herbert y Osborn en su casa.

"Así es. Recibimos una misiva de un tal Tompkins en ese sentido". El coche cruzó Park Lane, sorteando el tráfico.

"Tompkins fue nuestro mayordomo durante una época, desde los tiempos de mi padre".

"Parece ser un hombre bastante responsable, pero no está a la altura de Badham. Fue incapaz de expulsar al Conde incluso después de apelar al magistrado local".

"¡Eso es un ultraje!" Sus dedos se apretaron, apretando su retícula.

"Sí". Al entrar en el parque, Quinn frenó a la pareja. Tomando las riendas con una mano, con la otra le acarició torpemente los puños. "Pero no te preocupes, dulce Kate. He enviado a Carrothers con todos los documentos necesarios. Los despacharemos en un santiamén".

"¿Vendrán aquí?"

Los caballos se pusieron en marcha mientras Quinn contestaba, pareciendo considerar sus palabras adecuadamente. "No lo sé. Sería lo lógico. Pero, por otra parte, pensé que vendrían directamente a Londres y conseguirían la ayuda de los corredores de la Calle Bow. Badham aún no ha llegado a la ciudad, así que todavía estamos varios pasos por delante de él."

"¿En qué sentido?"

Le sonrió. Aunque preocupada por su futuro, no pudo evitar alegrarse.

"Hemos solicitado ayuda a la Cámara de los Lores y él no lo ha hecho. Hemos contratado a

los Corredores de la Calle Bow y él no". Quinn, frenando a su par, hizo una reverencia a un transeúnte.

"¿Lo hemos hecho?"

"Sí, Lady Kate. No insista en el asunto, se lo ruego. Se ha hecho todo lo posible por su seguridad". Guio el carruaje junto a una elegante carroza con postillones uniformados en azul claro y crema, aparentemente a juego con el equipo ante el que cabalgaban. Una señora mayor, con una peluca empolvada pasada de moda, agitó su abanico desde el carruaje hacia Quinn, que hizo una reverencia en respuesta mientras la mujer observaba fijamente a Kate.

Bajó los párpados con modestia mientras contenía una risita. Al parecer, la dama daba mucha importancia a los colores complementarios, ya que iba engalanada de crema y azul, como su carruaje. Parecía a punto de volar en una nube. Las crines y las colas de sus caballos de color crema, trenzadas con cintas azules, le parecieron ridículas y estrafalarias a la Kate criada en el campo. Suspiró para sus adentros. ¿Acaso llegaría un momento en que se sintiera cómoda entre las multitudes de Londres?

Al llegar a Serpentine, Quinn detuvo los caballos. Le entregó las riendas a su tigre. Se apeó y buscó a Kate. "Ven, caminemos".

Ella le permitió que la ayudara a bajar del carruaje, pero perdió el equilibrio en el peldaño y cayó en sus brazos.

Rápido como un rayo, la abrazó por la cintura. Sus pies colgaban del suelo, pero nunca se había sentido tan segura... ni tan amenazada. Su aroma, picante y cautivador, la envolvió. La abrazó tan fuerte que temió que sus costillas no sobrevivieran intactas a la experiencia.

"Kate", dijo, viéndola a la cara. Sonaba curiosamente sin aliento.

Ella no podía apartar la mirada del calor de sus profundos ojos marrones. Aflojó el agarre y dejó que su cuerpo se deslizara por el suyo. De pies a cabeza, ella sentía un hormigueo de calor y deseo. Se agarró a sus hombros. No quería soltarle.

Un grito del tigre de Quinn los apartó. Ella retrocedió dando un traspié, alejándose de Quinn, y recuperó el equilibrio mientras él la sostenía. Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que el momento íntimo había pasado desapercibido para los personajes de moda que desfilaban por el parque, ya que nadie parecía estar mirando. Incluso el tigre de Quinn estaba ocupado con los caballos. Bien. No tenía ningún deseo de que la etiquetaran de "rápida" meses antes de que planease hacer su debut.

"Mi querida Kate. ¿Estás bien?" La voz de Quinn había vuelto a su tono jocoso habitual.

"Creo que no, milord. Siento un extraño mareo".

"Quizá el aire fresco le ayude". Ofreciéndole el brazo.

Ella lo tomó por el codo, sintiéndose tonta. ¿Cómo podía tener semejante efecto sobre su estado de ánimo, usualmente tranquilo? Esto tiene que acabar, se dijo. Respiró profundo. Estuvo cerca. ¿Qué habría hecho si él hubiera intentado besarla?

Mientras caminaban, se dio cuenta de que no le habría importado en absoluto. Mirando su boca móvil, se preguntó qué habría hecho él si ella le hubiera besado.

Se distrajo contemplando el parque. Aunque la primavera se había adelantado este año, los arriates de flores del parque Hyde aún no habían alcanzado su esplendor. Una que otra margarita y azafrán florecían bajo sus pies, y ella los sorteaba. Ya había comprobado que la belleza natural rara vez se dejaba ver en Londres.

Otro elegante vehículo, esta vez un landó, se detuvo junto a ellos. Su pelirrojo ocupante se asomó para examinar descaradamente a Kate, que se quedó rígida. Nunca me acostumbraré a los modales de la ciudad. La mujer le pareció grosera, pero tanto el pelirrojo como Quinn se

comportaron como si no pasara nada.

"Devere". La mujer inclinó la cabeza y extendió la mano, majestuosa como una reina.

Le cortó el paso a Kate. Quinn enarcó una ceja.

"Buenas tardes, Lady Bertha", dijo cortésmente. "Permítame presentarle a mi, er, prima, Kay Tyndale, recién llegada de la India". Esbozó una reverencia ante la mano extendida de la mujer sin soltar a Kate. "Kay, ésta es Bertha, lady Staveley".

"Lady Bertha", dijo Kate, soltándose del brazo de Quinn. No se había dado cuenta de que lo sujetaba con fuerza, una acción por demás impropia.

Quinn no captó la indirecta y Kate se vio impotente para liberarse. No quería enzarzarse en una pelea.

"Un placer, señorita Tyndale", dijo la dama. "Venga a visitarme cuando se encuentre en la ciudad. Devere conoce la dirección, por supuesto". Lanzó una lánguida mirada a Quinn.

Kate miró a su tutor, cuyas mejillas se habían sonrojado. Se mordió el interior de la boca para no reírse de su vergüenza.

"Buenos días, Lady Bertha. Se alejó del landó. El carruaje se alejó, pero no antes de que su ocupante le guiñara un ojo.

" Tal vez sería mejor que volviéramos a la Calle Bruton", dijo.

"Como desees, prima Quinn". Kate, aunque celosa, estaba decidida a no mostrar esa fea emoción. Le guiñó un ojo.

"Basta, Kate". Él la subió de nuevo al carruaje.

Ella se rió.

"Niña desgraciada". Subió tras ella y tomó las riendas.

"Lo siento, mi señor. Me doy cuenta de que mi presencia ha sido, eh, un poco de mal gusto". Kate le aleteó las pestañas, imitando a Lady Bertha, aunque interiormente dolida porque la llamara niña. Nada había cambiado entre ellos. Debía de estar loca al imaginar que él casi la había besado.

"Tú no eres de Tropa. Lady Bertha se deleita con escandalizar a los demás. Por favor, no la imites guiñando el ojo a hombres solteros, o de cualquier otra forma."

"Sí, milord". El corazón de Kate se sintió herido. Había pensado que jugar a la coqueta la haría caer en gracia a su tutor. No sabía qué hacer para que las cosas volvieran a ser fáciles entre ellos.

"¡Oh, el diablo!" Él detuvo el coche y soltó las riendas, volviéndose para tomar las manos de ella con las suyas. "Kate."

Ella evitó su mirada. "¿Sí, milord?"

"Mírame, mi protegida".

Ella lo miró.

Su boca formó una línea firme e inflexible. "No tienes que cambiar por mí ni por nadie, ¿entiendes?".

Ella parpadeó, totalmente confundida. " Eso creo, mi señor".

"Pues muy bien." Le soltó las manos.

Kate se pasó el resto del trayecto preguntándose qué demonios había ocurrido entre ellos. Quinn soplaba caliente y frío por turnos. Y Shakespeare pensaba que las mujeres eran frágiles y caprichosas. El viejo Billy estaba equivocado. Los hombres eran el género voluble e inconstante.

*

Quinn tuvo un ataque de locura, cada vez más frecuente desde que conoció a Kate Scoville. La contempló mientras ataba los caballos en la casa de la calle Bruton. El ala de aquel maldito

sombrero ocultaba su expresión.

Encontrarse con Bertha Staveley había sido un golpe de mala fortuna. Había compartido la cama de Staveley en un par de ocasiones y la joven y vivaz viuda le había dejado claro que le daría la bienvenida. Pero desde que había conocido a Kate, había perdido el interés, sin esforzarse por suavizar el ardiente temperamento de la pelirroja. Supuso que lo mejor sería llamar a Lady Bertha. Sí, ésa era la solución. O quizás enviar flores.

¿Y por qué había llevado a Kate a las cinco de la tarde al parque Hyde? ¿En qué estaba pensando? Nan tenía razón. Habían llamado más la atención que un bedlamita en lo de Almack.

Maldita sea. Había llevado a Kate a dar una vuelta porque quería compartir su compañía, y por ninguna otra razón. Había querido cortejarla, como a cualquier otro hombre... como a cualquier otro hombre que no fuera su tutor.

Apretó los dientes. No volvería a ocurrir.

Capítulo Cinco

El día siguiente estuvo dedicado a visitar a la modista de Anna, Madame Mirielle. Louisa recibió las medidas para su traje de corte, así como para un gran número de vestidos de baile y de noche. Sara encargó dos vestidos en la más ligera georgette de seda para sus escasas excursiones nocturnas, así como vestidos de día en un corte más a la moda que sus compras hechas en Sevenoaks. No sabía para cuáles eventos concretos se pondría las espumosas creaciones, fruncidas bajo los pechos y adornadas con volantes de encaje y ribetes de terciopelo, pero Anna le aseguró a Kate que rara vez estaría sola en casa.

Las primeras tardes las pasó toda la familia escribiendo y enviando cientos de invitaciones para el baile formal que presentaría a Louisa a la alta sociedad. Kate se entregó a los preparativos con mucha energía, encontrando muy útil su formación en la escuela de la señorita Elizabeth.

Sin embargo, Pauline refunfuñaba y refunfuñaba. "¡La honorable Louisa Anna Michaela Penrose! Lou, ¿por qué tienes que tener tantos nombres?" Ella estiró los dedos.

"Tienes tantos nombres como yo", dijo Louisa. "Eres la Honorable Paulina Tyndale Devere Penrose. Menudo nombre".

"No es justo", se quejó Paulina. "La prima Kay y yo no deberíamos tener que ayudar a Louisa con su salida. Ella no estará para ayudarnos con la nuestra".

"¿Por qué, adónde voy?" Louisa se mostró genuinamente asombrada.

"Con suerte, hija, estarás casada y en casa de tu marido, teniendo sus bebés cuando tu hermana sea presentada", dijo su padre.

"¡Gracioso! Lo haces sonar como si yo fuese a ser llevada. Cualquier marido que tenga será parte de esta familia, igual que yo seré parte de la suya. No me iré a ninguna parte, Pauline". Louisa pinchó el hombro de su hermana con el tallo de su pluma. "Además, creía que no te interesaba la idea de una Temporada y el matrimonio".

Kate vio que las Penrose levantaban las cejas simultáneamente y Pauline hizo una mueca de dolor.

"¿En qué estarás pensando, Pauline?", inquirió su madre. "¿Pauline?"

Pauline dejó la pluma. "Simplemente suena tan terriblemente inevitable. Me siento como Penélope esperando a Odiseo. Excepto que no sé quién es Odiseo".

"Ésa es la emoción", dijo Louisa. Miró a Kate. "En cuanto a mí, apenas puedo esperar a enamorarme".

Kate enrojeció. Tenía la extraña sensación de que Louisa estaba viendo más de lo que se decía. "Sólo asegúrate de no enamorarte de la persona equivocada".

"No veo cómo podría suceder eso", dijo Louisa. Le guiñó un ojo disimuladamente a su padre. "Sé que mis padres se cuidan mucho de que nunca conozca a 'personas equivocadas'".

"Eso no es ninguna exageración", dijo Pen. "Prefiero que ni siquiera hables con los mozos de cuadra, consejo que me gustaría que aceptara Pauline".

Pauline sonrió. "Sabes que me interesan los idiomas. ¿Cómo iba a aprender cantos si no hablaba con cocheros y mozos de cuadra?".

Anna se estremeció. "Por favor, no hables cant en Londres. Esa es la forma más segura de obtener una reputación tan rápida".

" Deseo ser un artículo de primera. ¿Por qué no comenzamos a practicar ahora?"

Sus padres suspiraron y Kate fácilmente se figuró sus pensamientos. Pauline estaría

cuidadosamente vigilada mientras estuviera cerca de los muchos peligros de la ciudad.

El mayordomo abrió la puerta de la biblioteca y anunció la llegada del Conde de Devere. La emoción revoloteó en el estómago de Kate como una mariposa que escapa de su crisálida. No había visto a Quinn desde aquel infausto paseo en coche por el parque. Maldito hombre, hasta le había costado mantenerlo alejado de sus sueños. Vestido de manera informal para la visita, su tutor llevaba un abrigo entallado de estambre leonado sobre unos pantalones de sarga a rayas color crema. Sus Hobys brillaban a la suave luz de las velas.

"¡Tío Devere!" chilló Pauline. Kate vio cómo Pauline se abalanzaba sobre su tío para distraerse de aquella indeseable ocupación, levantándose de un salto de su sitio en la gran mesa de la biblioteca. Lo abrazó por la cintura.

Kate dijo un tímido "hola" y retomó sus labores, viéndolo disimuladamente.

Anna se levantó. "Quinn", dijo, y le dio la mano para que se la besara. Después de que él se inclinara sobre su mano, ella añadió: "Pauline, ya basta. Vuelve al trabajo".

Pauline movió la mano de Quinn de un lado a otro. "No con el tío aquí", dijo astutamente. "Sería de mala educación".

Su madre la fulminó con la mirada. Kate reprimió una sonrisa.

"¿Llamo a por el té, madre?". preguntó Pauline.

"No, no, no, no. No hace falta que armes alboroto", dijo Quinn, agitando la mano libre en el aire. Dejándole ir, Pauline tiró del timbre. "No es ninguna molestia, de verdad, tío Devere. Sólo íbamos a tomar el té. Necesitamos un poco de alimento extra, ya que hemos estado trabajando tanto."

"¿Y qué es esto?" Quinn avanzó hasta la mesa de la biblioteca, y levantó su lorgnon para ver las hojas dispersas. "¡Un baile para la honorable Louisa Anna Michaela Penrose! Y todos esos cientos de invitaciones que había que escribir con la mejor letra. Oh, qué bien lo recuerdo". Ladeó la cabeza hacia su sobrina. "Y tú, querida Pauline, no te estás sometiendo a la tortura de buena gana".

"No, no lo hago", dijo Pauline. "Estoy terriblemente aburrida".

"Bueno, puede que haya un regalo especial reservado para una buena niña que ayude a su hermana a prepararse para su temporada", dijo Quinn. "Y quizá también para su prima", añadió sonriéndole a Kate.

Su sonrisa la hizo entrar en calor y a la vez le hizo un nudo en la lengua. ¿Cómo demonios había conseguido aquel truco?

Pauline no pareció notar nada raro. "¿A qué te refieres, tío?".

" A lo de Astley", dijo él.

"¡Astley!" Las tres chicas gritaron a la vez.

"Anfiteatro Astley. La noche después de que estas invitaciones estén terminadas y enviadas, iremos todos al circo. Con su permiso". Quinn hizo una reverencia en dirección a su hermana y su marido.

Un sirviente entró con la bandeja del té mientras Pauline volvía corriendo a su sitio en la mesa. "¡Jenks! ¿Qué haces aquí?", le espetó. "¡No queremos tu gatera! ¿No ves que estamos ocupados?"

* * *

"Mira a esa mujer". Kate dio un codazo a Quinn y señaló con el abanico hacia el otro lado de la pista de serrín. Durante el intervalo entre las actuaciones en Astley, la familia se entretenía observando a la multitud que pasaba y comentando su aspecto y forma de vestir. "Su sombrero es exactamente igual a la escarapela del caballo bailarín".

Quinn fingió que necesitaba un ángulo mejor para ver a la mujer, lo que le brindó la oportunidad de acercarse a Kate. Le gustaba su sutil aroma a lilas. "Tienes razón. Esas plumas son del mismo espantoso tono puce". Levantó el lorgnon para ver mejor. "Todo Londres viene al Astley, prima Kay. Puedes esperar ver muchas cosas maravillosas, pero no todas forman parte del circo".

Riendo, Kate se inclinó junto a Quinn para dirigirse a Louisa. "No mires, pero eres el centro de una atención masculina muy atenta".

Quinn se volvió, reconociendo al noble alto y moreno. "¡Oh, Dios mío! Ahora nos toca a nosotros". Poniéndose en pie de un salto, se colocó frente a las dos muchachas y dio la espalda al desconocido.

"Hazte a un lado, tío Quinn. No puedo ver". Louisa trató de mirar más allá de él.

"Devere". El hombre se dirigió a Quinn, a pesar de los esfuerzos de éste por cortarle el paso. "Por favor, deme a conocer a las damas de su palco". Hawkes no tenía ojos para su pupila, comprendió Quinn con una pizca de alivio, pero mantuvo su mirada de peltre fija en Louisa, que le devolvió la mirada. Maldita sea. Louisa es una belleza. Desgraciadamente, esta noche estaba especialmente guapa con un vestido azul hielo con un chal plateado.

Quinn puso una mueca de dolor cuando su familia miró a Sir Willoughby Hawkes. Su amigo era un caballero deliciosamente atractivo, con un aspecto clásicamente alto, moreno y apuesto. Esta noche, Hawkes vestía un traje de noche impecable. Los rufianes tienen éxito con las damas porque son guapos, gruñó Devere para sus adentros. Eso estaba bien, supuso, siempre que la presa del rastrillo no fuera la propia sobrina. El propio Quinn había compartido más de una noche de copas con Hawkes, y no le gustaba la atención que el tipo prestaba a Louisa.

" Hum", dijo Quinn. "Permítame presentarle a Sir Willoughby Hawkes". Anna respiró profundamente. Quinn continuó cabizbajo. "Sir Willoughby, mi hermana, Lady Anna Penrose".

Sir Willoughby se inclinó sobre la mano extendida de Anna. Quinn notó su reticencia, pero su hermana era demasiado astuta como para dar el corte directamente a uno de los baronets más populares de la sociedad justo antes de la presentación de su hija mayor.

"Sir Michael Penrose". Los caballeros se inclinaron. Pen no mostró ninguna reacción extraña; Quinn sabía que su cuñado no se interesaba por los cotilleos que eran el pan y el té diarios de la ciudad.

"Mis sobrinas, Louisa y Pauline Penrose, y mi prima, Kay Tyndale". Quinn realizó estas presentaciones apresuradamente, esperando sinceramente que sir Willoughby fuera incapaz de separar a una damisela de la otra.

Las damas hicieron una pequeña y formal reverencia al forastero cuando éste hizo su reverencia. Visiblemente fascinado por Louisa, sir Willoughby preguntó: "¿Puedo visitarla mañana, señorita Tyndale?".

Kate soltó una carcajada. "Desde luego que puede, señor, pero no creo que lo desee de verdad".

Sir Willoughby enrojeció. "Le ruego me disculpe. Me complacería llamar a todas las damas si se me permite".

"Por supuesto", dijo Anna con rigidez. "Devere conoce la dirección".

Quinn observó cómo Hawkes se inclinaba de nuevo, despidiéndose con toda la dignidad que pudo reunir, mientras Louisa lo favorecía con su sonrisa más brillante. Sir Willoughby se veía como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. Quinn esperaba que no mostrara la misma tonta expresión cuando Kate lo mirara.

Cuando se hubo marchado, Louisa estalló. "¡Cómo has podido! ¡Kay! Ese pobre hombre!"

Dijo abanicándose enérgicamente.

Tanto Kate como Pauline se estremecieron de risa. Kate sacó un pañuelo de encaje de su retícula y se secó los ojos llorosos. "Lou, lo siento. Le pediré disculpas mañana cuando llame... Si llama".

"Me temo que lo hará. Anna fulminó a Quinn con la mirada.

"¿Cuál es el problema, mamá? Pensaba que Louisa debía alentar a las conexiones elegibles. Sir Willoughby parecía muy apto, aunque un poco mayor", dijo Pauline.

"No es mayor", dijo Louisa. "¿No ves que es todo un caballero?".

Quinn intercambió una mirada de preocupación con su hermana.

Pen dijo: "Sé que es emocionante haber hecho una conquista tan prematuramente, querida. Pero quizá quieras apostar por más de un caballo".

"Especialmente cuando uno de esos sementales es Hawkes", murmuró Quinn. Louisa le fulminó con la mirada. La oportuna interrupción de la orquesta, que entonó una animada melodía para anunciar la reanudación del espectáculo, impidió que se desatara una tormenta.

Tras la comedia, contemplaron los fuegos artificiales. Su acre aroma luchó con los olores combinados de los caballos, el serrín y la multitud sucia cuando los Penrose abandonaron el circo; la función no había terminado, pero Pauline se quejaba de fatiga.

* * *

Sir Willoughby Hawkes observó su partida. Había concebido el más asombroso interés por los asuntos personales de su viejo amigo de la escuela, Quinn Tyndale. No tenía ni idea de la relación de Devere con la familia de su hermana, pero al ver al Conde sacar a Pauline del palco, manejando a la cansada y malhumorada muchacha con una destreza claramente fruto de la experiencia, se dio cuenta de que el apego de su amigo a sus parientes era largo, profundo y sincero.

Hawkes se fijó en un dúo de aspecto rudo que observaba a Devere y a su sobrina. Sobresaltado, se acercó para espiar.

"¿Es ella?"

"Dijo que era de pelo oscuro, pero sé que era mayor y más grande."

"Maldito sea por tener tantas parientes jóvenes", dijo amargamente el primero.

"¡Cállate la boca! Sólo hay que sacrificar, para eso nos pagan". La pareja se quedó en silencio mientras Hawkes pasaba, balanceando su bastón con cabeza de halcón. Sir Willoughby miró fijamente a los dos capitanes Sharp, que iban vestidos con ropas desechadas que parecían haber sido rechazadas por los lacayos de un prostíbulo. La rana deslustrada de las solapas de uno de los bribones no le habría hecho honor ni siquiera cuando era nueva. Combinado con la oreja de coliflor y la nariz rota de su portador, creaba la imagen de un cliente muy duro. El otro personaje vestía más sencillamente, de negro polvoriento, con un anticuado castor calado sobre la frente.

Sir Willoughby dudó. No tenía ningún motivo para abordar a aquel par de bribones, aunque pensara que podían tener intenciones de apoderarse del contenido de sus bolsillos o de las propiedades de sus amigos. Se contentó con advertirles con otra mirada. Golpeó sugerentemente el bastón de ébano contra el pilar más cercano; se hundió profundamente en la blanda madera. Lo sacó con un fuerte giro de muñeca y volvió a fruncir el ceño.

"Es usted muy animado, ¿verdad?".

El otro vaciló. "'E despierta. Eso es malo. Nos sigue la corriente y es amigo del Conde. Todos los de la alta burguesía se conocen".

"Sí", coincidió su compañero, sonando sorprendido por los conocimientos de su cohorte

sobre los quehaceres de Calidad. "Pero será mejor que se lo contemos al viejo. Podría perder este trabajo".

*

Sir Willoughby Hawkes era el poseedor indiscutible del título del más notorio granuja de Londres.

Mostraba todas las señales externas de apariencia que cualquier aspirante al rakedom debía tener: la estatura, el rostro apuesto con el ceño fruncido, la fina figura que se desnudaría con ventaja. Intercambiaba regularmente golpes con Gentleman Jackson, cortaba obleas en Manton con su certero disparo y compraba sus jamelgos en Tattersall. Se trataba de un dandi sin ninguna de las afectaciones de esa raza maldita. Sus cuellos eran altos sin ser absurdos, su abrigo cortado por Weston y su corbata impecable. Sus finas botas de Hesse relucían con un baño de champán.

1820 anunciaba una nueva era en Inglaterra. La nación estaba al borde del imperio. El loco y viejo Rey había muerto, dejando al Príncipe Regente como indiscutible heredero La Revolución Industrial prometía riquezas a los campesinos que tuvieran la imaginación de aprovechar el momento histórico y desarraigarse valientemente de sus antepasados rurales para trasladarse al floreciente corazón industrial de Inglaterra. Londres bullía de entusiasmo al llenarse de lores y damas deseosos de reanudar el juego del apareamiento al iniciar una nueva temporada.

Las emociones de la época se le escapaban a Sir Willoughby. Para el malvado Willy, como le conocían las bromistas londinenses y las abadesas de Covent Garden, los logros exigidos al más notorio de los rufianes habían decaído; la seducción de vírgenes ya no tenía misterio; la perspectiva de un duelo le aburría mortalmente, hasta el punto de que no podía molestarse en embelesar a las esposas de sus amigos. Se sentía poco inclinado a establecer nuevas modas o a deprimir las pretensiones de setas advenedizas de la sociedad. Mientras que antes sus hazañas habían estado acompañadas de un entusiasmo por la experiencia, ahora se acercaba a los treinta años con un hastío poco usual en él.

Entonces, todo había cambiado, como un repentino trueno en la tarde de un bochornoso día de verano. Había contemplado la Pureza y el Amor en la forma de la Honorable Louisa Penrose, y nunca volvería a ser el mismo hombre.

Al día siguiente de su epifanía, sir Willoughby se presentó en la puerta principal de la casa de los Penrose en Bruton Street. Discretas indagaciones a través de los sirvientes le hicieron creer que una pronta visita favorecería su demanda. Hawkes se había dado cuenta de que la dueña de la casa estaría ocupada con detalles domésticos, como conferencias con la cocinera y el mayordomo, y que el amo estaría dando clases a los niños más pequeños.

Supo que su planificación había dado sus frutos cuando fue escoltado al salón por un lacayo inexperto. Durante un preciado momento, el objeto de sus afectos estuvo solo y completamente ajeno a su presencia mientras practicaba con el pianoforte. Reconoció la Sonata en do mayor de Mozart. Y muy bien interpretada, decidió, mientras escuchaba las ondulantes escalas y cascadas que fluían de los hábiles dedos de Louisa como una fuente.

Vio que su ninfa era una de esas afortunadas damas que se sienten halagadas por la claridad de la luz matinal. La luz del sol que entraba por la ventana iluminaba su aureola de pelo rubio, convirtiéndolo en un resplandeciente halo. Vestía de rosa, y ese color tan femenino despertó locos pensamientos de matrimonio en el pecho de un caballero que antes se había referido al matrimonio como "un estado condenable, sólo apto para clérigos de vida débil y vírgenes timoratas."

Cuando el lacayo anunció a sir Willoughby, ella se mostró considerablemente sobresaltada.

Por primera vez, Hawkes experimentó un destello de arrepentimiento por su juventud malgastada, y se preguntó si habría llegado a oídos de su querida algún rumor de escándalo.

Probablemente no, pensó con alivio, pues cuando la joven recobró la compostura, ordenó tranquilamente al lacayo que dijera a lady Anna que había una visita y que trajera té. Una vez cumplida esa tarea, Louisa se quedó a solas con el más famoso de los bandidos de Londres.

Vio que estaba tan nerviosa como una potranca que se enfrenta a la brida por primera vez, pero no pudo reprocharle nada en sus modales. Ella lo trataba con un grado de ecuanimidad inusual en una dama tan joven.

"Buenos días, señor. Continuó formal mientras hacía una leve reverencia.

"Buenos días. Se inclinó. "Le pido perdón".

"¿Perdón?"

"Temo dirigirme a usted incorrectamente. Devere presentó a tres encantadoras damas en rápida sucesión. Estoy seguro de que usted no es la señorita Tyndale", añadió con un tono sarcástico. "¿Puedo asumir que usted es la señorita Penrose?"

"Sí, soy Louisa Penrose".

"Su madre la ha estado escondiendo en el campo, me atrevería a decir", comentó. "No podía dejar de notarla si nos hubiéramos conocido antes."

"Sí, me van a despedir esta temporada", declaró ella, con un rastro de humor en la voz.

Aunque molesto, disimuló su reacción. ¡Qué casualidad que Devere mantuviera este diamante fuera de su alcance! Hawkes recordó que le había preguntado a Devere si había algún candidato que pudiera debutar, y que Devere había negado la existencia de alguien que pudiera convenir al baronet. Las cejas de Sir Willoughby se fruncieron al deducir que su amigo había llegado a la conclusión de que Sir Willoughby no era un partido digno para la sobrina de Devere. *Pero no tengo a nadie a quien culpar si mi reputación está, tal vez, un poco empañada*.

La puerta se abrió de golpe y Lady Anna entró en la habitación, seguida de un lacayo con la bandeja del té. "Sir Willoughby, un placer", dijo apretando los dientes. Ella le permitió hacer su reverencia sobre su mano, que él rozó con los labios antes de que ella le arrebatara la mano. "¿Té?"

Apenas se habían sentado cuando un joven entró corriendo en la habitación, seguido por la brusca señorita Tyndale, que hizo una reverencia y se sentó.

"¿Hay tartas de manzana?", preguntó la niña.

Con una sonrisita, aceptó un panecillo y una taza de té, que el sirviente colocó sobre una pequeña mesa de ormolina cerca de su asiento en una silla Windsor. Le gustaba el comportamiento desenvuelto y despreocupado de la muchacha; a pesar de los evidentes recelos de lady Anna, sentía que ésta era una familia con la que disfrutaría. Sir Willoughby también era el vástago de un gran clan, sus padres eran los afortunados progenitores de seis hijos. Siendo el mayor, Sir Willoughby estaba acostumbrado al feliz desorden que podían crear varios hermanos.

"Las tartas están muy buenas", comentó a Lady Anna. "Mis felicitaciones a su cocinera". Miró fijamente a Louisa, sintiéndose como un completo tonto al pronunciar el banal sentimiento.

"¿Recibiste una invitación para mi fiesta de presentación?" preguntó Louisa. "Debería haberle llegado hoy".

Sir Willoughby frunció el ceño y pensó. "No recuerdo haberla visto, pero le diré a mi secretaria que me la haga llegar".

"No hace falta, señor". Louisa se acercó a un escritorio Buhl y abrió un cajón. Sacó una invitación extra y se la presentó a Sir Willoughby.

"Un baile, el próximo martes". El señor Willoughby examinó la invitación, pulcramente

escrita en media hoja de papel grueso y prensado en caliente. "Bien, sin duda asistiré, y le agradezco este honor". Hawkes se levantó y le hizo una reverencia mientras Pauline y Kay reían sobre sus tazas de té. Sonrió cuando su ninfa miró a sus parientes más jóvenes.

"Gracias por venir, señor". Anna se levantó mientras él terminaba su taza de té.

Louisa acompañó a Hawkes hasta la puerta del salón. "Hay otro asunto". Le sonrió, explorando deliberadamente sus ojos con los suyos, observando con placer que ella se ruborizaba ligeramente, pero le sostenía la mirada sin vacilar. "¿Me permite sacarla a bailar, tal vez su primer vals?"

"¡Ejem! Creo que ese honor probablemente corresponderá a su padre, señor". Lady Anna interrumpió a la pareja. "Y sólo después de que se le haya permitido bailar el vals en la casa Almack".

"Por supuesto," murmuró él. "Perdóneme, no quise presumir".

"Tal vez una de las cuadrillas," dijo Lady Anna.

Riendo entre dientes, se dio cuenta de que le habían relegado despiadadamente a un baile durante el cual tendría lugar poco contacto físico entre el y el objeto de su interés.

Lady Anna abrió la puerta del salón y le hizo un gesto para que saliera. Un lacayo le entregó el sombrero y el bastón a sir Willoughby, que fue conducido al umbral casi antes de que se diera cuenta de lo que había ocurrido.

Se dio la vuelta y miro hacia la puerta, que el mayordomo cerro con un golpe seco. Sabía que debería sentirse insultado por el trato arrogante que le había dispensado lady Anna. A pesar de su reputación, su dirección y su fortuna eran lo bastante respetables como para haber sido el blanco de las intenciones matrimoniales de numerosas mammas y picaras intrigantes desde su propio debut una década antes. Nunca había sido arrojado sin ceremonias a la acera de Bruton Street por una matrona dominante que dejara clara su inelegibilidad para la mano de su preciada hija.

No le importaba porque pronto volvería a ver a Louisa. Riendo en voz alta, hizo girar su bastón mientras caminaba hacia su casa en la calle Media Luna. Sabía que sólo podía culparse a sí mismo si un padre precavido lo miraba con recelo, y no le guardaba ni un ápice de rencor a lady Anna. De hecho, disfrutaba de sus enfrentamientos con ella. Le agradaba la dama, que parecía muy despierta en todos los trajes. No aprobaría la crianza indulgente y casual en ningún candidato matrimonial.

La manzana nunca cae lejos del árbol, murmuró para sí mismo. Más de una vez se había asustado de alguna damisela encantadora porque su madre era un dragón de hembra. Aunque Lady Anna Penrose intentaba actuar como una matriarca severa, no resultaba convincente; todavía estaba cerca de los cuarenta y era atractiva. Si elegía a la honorable Louisa como novia, su madre era la prueba de que Louisa no se marchitaría como una flor de primavera. Podía esperar contemplar la belleza de Louisa durante muchos años de matrimonio. Además, podía ver por el comportamiento de la joven y morena Pauline que la casa era dirigida con firmeza pero con justicia.

Capítulo Seis

Los miembros de la familia Penrose y su "prima" continuaron con los preparativos para el debut de Louisa. Madame Mirielle les entregó los vestidos de baile y Anna terminó de decorar el salón de baile de la mansión de la calle Bruton.

"Te has superado a ti misma, Nan". Ataviado con sus mejores galas para el baile de Louisa, Quinn levantó el sombrero y contempló el salón. Con más de dos pisos de altura, se extendía a lo largo de toda la parte trasera de la mansión y ahora contenía un fastuoso despliegue de flores. Llena del aroma y la frescura de la primavera, la casa resplandecía.

"Es demasiado pronto para la temporada social, pero esta noche marcaremos la pauta", dijo. "Quiero que este baile quede para siempre en la memoria de Lou".

"Será todo un éxito", predijo Quinn. A las once, supo que había acertado. Aunque el gentío abarrotaba el salón de baile y los salones, y salía a la terraza trasera, los invitados seguían llegando hasta las puertas dobles de la casa, y eran recibidos al entrar por la honorable Louisa Anna Michaela Penrose, y sus padres, el baronet Sir Michael Penrose y su señora, Anna. Quinn pensó que su hermana estallaría de orgullo cuando Louisa saludó a las decenas de lores y damas con admirable aplomo. A decir verdad, él también estaba encantado.

Su sobrina, una visión de hadas vestida de raso blanco y gasa plateada, llevaba una corona de capullos de rosa blanca en el peinado. Pocas chicas eran capaces de llevar ese color tan austero, pero resaltaba a la perfección su pelo dorado, sus ojos azules y su cabello rubio.

Su sobrina, una visión de hadas vestida de raso blanco y gasa plateada, llevaba una corona de capullos de rosa blanca en el peinado. Pocas chicas podían llevar ese color tan austero, pero resaltaba a la perfección su cabello dorado, sus ojos azules y su boca sonrosada. Anna, de color parecido, llevaba ropa más propia de una matrona: rosa palo y oro. Sir Pen iba impecablemente vestido de noche.

Lejos de llegar tarde y marcharse pronto, su costumbre habitual, Quinn había entrado puntualmente en el salón de baile y acompañado a su sobrina en su primer baile, ya que Sir Pen aún recibía a los que llegaban tarde. A instancias de su hermana, Quinn también se encargó de excluir a Willoughby Hawkes de la mayoría de los bailes de Louisa. Quinn creía que Anna había aguantado bien todo el ajetreo, pero no había razón para poner a prueba el buen carácter de Nan permitiendo que uno de los más notorios de Londres monopolizara la atención de su hija.

Quinn dejó a Louisa en el centro de un círculo de admiradores masculinos, todos ellos más o menos de su edad, y que parecían haber sufrido las atenciones excesivas de valets de mal gusto. Quinn se estremeció ante el espectáculo que ofrecían. Todos los jóvenes que rodeaban a Louisa lucían hombros acolchados, cinturas antinaturalmente ceñidas y cuellos de camisa hasta los pómulos.

Uno de ellos, un tipo fornido y moreno con el pelo rizado en una mala imitación de querubín, se separó del grupo y se acercó vacilante a Quinn. Mientras se acercaba, crispó las solapas de su abrigo verde botella.

El hombre se inclinó. "Señor, ¿puedo renovar nuestra amistad? Soy Bryan San Wills, y he venido como invitado de Ambrose Blakeney". Señaló con la cabeza a otro joven que formaba parte de la corte de Louisa. Quinn reconoció a Blakeney como uno de los primos Penrose. San Wills continuó: "Creo que ya nos habíamos conocido, hace muchos años, en Somerset".

La mente de Quinn estaba desprovista de cualquier recuerdo del joven, pero aun así se

inclinó. "A sus órdenes, señor".

"Gracias, milord". San Wills inclinó la cabeza. "Me pregunto si puedo hablar con usted en privado".

Quinn enarcó una ceja. "No sé sobre qué tema necesitaríamos hablar en privado, señor".

"Su tutelada, Lady Katherine Scoville. Como recordará, nuestra familia y la suya eran muy unidas, nuestras propiedades eran limítrofes".

La mente de Quinn se aclaró. "Ah. Sí. San Wills. Vecinos de al lado". Sonrió mientras sus pensamientos se agitaban. Recordaba vagamente de su visita infantil a los Scoville, muchos años antes, a un muchacho moreno y callado que parecía haber estado unido a la pequeña Katie como si hubiera sido su sombra. Quinn decidió disimular hasta que pudiera decidir qué hacer con San Wills. "¿Y tiene noticias de mi tutelada?".

"Eso es cosa mía", dijo San Wills. "Le he escrito a la Abadía de Badham más de una vez, sin respuesta. Kate--quiero decir Lady Katherine--no sería tan descortés. Estoy muy preocupado".

"Hum."

""¿Cuánto tarda Lady Katherine?""

"Yo, eh, pienso que Lady Katherine tarda, eh, y bastante."

"¿Por qué no responde a mis misivas?"

"Tal vez la has hecho disgustar." Quinn evadió.

San Wills frunció el ceño. " No lo creo. Me han enviado desde Oxford, pero no creo que ella se haya enterado".

"¿Enviado?"

El rostro del joven enrojeció. "Sólo un asunto desafortunado de un oso bailarín en el, eh, estudio del decano. Una nimiedad".

"Un oso bailarín. Sí, lo comprendo perfectamente. Si no fuera un oso bailarín, sería una camarera bailarina". Quinn sonrió con cierta nostalgia. "¿Tiene intención de quedarse mucho tiempo en Londres?

"Unas semanas, hasta el final del curso". San Wills hizo una pausa.

Quinn tomó una decisión abrupta. Si Bryan San Wills se quedaba en Londres durante algún tiempo, se encontraría con Kate. Los jóvenes tendían a juntarse. Era mejor que se reunieran en privado, sin nada que hacer, pensó Devere. "Tienes razón", dijo, " es un asunto que debe discutirse en privado. Sígame".

El joven pareció desconcertado, pero obedeció. Devere salió del salón de baile y subió la escalera que conducía a la parte privada de la casa. Una luz ardía en la biblioteca donde Kate, sin duda incapaz de dormir debido a la excitación y el ruido, se encontraba leyendo.

Su tutelada formaba un cuadro encantador. Estaba sola en la tenue biblioteca, con la luz de varias velas brillando sobre su cabello castaño y su vestido de brocado verde. Tenía la cabeza inclinada sobre un volumen. Levantó la vista para saludar a su tutor con una sonrisa.

Al entrar en la habitación, Quinn le quitó el libro de la mano. "Lisístrata, querida".

La figura que seguía a Quinn le impidió responder. "¡Bryan!" Kate se levantó de un salto y abrazó impetuosamente a su viejo amigo. Una punzada de celos, inesperada y violenta, atravesó el cuerpo de Quinn.

Afortunadamente para el corazón de Quinn, San Wills se apartó de su abrazo, exclamando: "¡Kate, hoyden! He tardado una hora en atarme este corbatón y ponerme este abrigo".

"Corbatones, abrigos, ¿quién se preocupa de asuntos tan banales en un momento como éste?".

Quinn coincidió en silencio con su tutelada. Regalaría su fortuna por un saludo alegre como el que Kate le dio a su compañero de juegos de la infancia. Wills se limitó a rozarle las solapas, el muy tonto.

"Bryan, qué alegría volver a verte". Su mirada escudriñó el aspecto de su amigo. "¿Pero qué le ha pasado a tu pelo?"

"Es la última moda, pero una niña como tú no lo reconocería". Su sonrisa quitó hierro a sus palabras mientras Quinn alzaba las cejas. ¿Niña? ¿Acaso está ciego? ¡Kate no es una niña!

"Milord, es usted la mano más completa -continuó San Wills-. "No tenía ni idea de que tuviera usted idea de dónde estaba Kate".

Quinn se calmó cuando se hizo obvio que estos dos no eran amantes en absoluto. "Tampoco iba a decírtelo. Y, mire, San Wills, no debe decirle a nadie que Lady Kate está en Londres. Está aquí bajo un nombre falso".

"¿Qué? ¿Por qué?" Su ceño se frunció. "Te aseguro que lord Herbert tuvo algo que ver".

"Así es", dijo Kate. "Pero no pasa nada, Quinn cuida de mí. Y estoy muy contenta con los Penrose. Pero no me llames Lady Kate. Ahora me llamo Kay Tyndale y soy de la India".

San Wills se quedó boquiabierto. "¿La India?"

"Es un cuento". Kate comenzó a hablar. Para cuando hubo terminado, Quinn había bebido un sorbo de brandy mientras observaba con mal humor a los jóvenes charlar sin inhibiciones. ¿Tendría algún día con Kate la misma relación fácil que tenía con Bryan San Wills? Quizá no, pero a Quinn le agradaba la luz que había visto en los ojos de su tutelada cuando había entrado en la habitación, y la forma en que de vez en cuando buscaba su mirada mientras charlaba con su amigo.

"Me parece, Kate, que ahora no estás tan preocupada por Devere como cuando os conocisteis hace diez años". Sonrió San Wills.

Ella se sonrojó. "Es cierto, y me avergüenza recordar mi conducta en aquella ocasion. Milord Devere ha sido todo amabilidad".

"Milord Devere, en efecto. Creí que ya habíamos superado la etapa de milord y milady, dulce Kate". Quinn ignoró la mirada de desaprobación de San Wills.

"Quinn, entonces."

"Gracias. Y ahora, San Wills, debemos volver al baile, antes de que se note nuestra ausencia". Quinn se levantó, con el libro de Kate aún en la mano.

"¿Mi Aristófanes, señor?"

La miró por debajo de su larga nariz. "Lisístrata es tan inapropiada como Circe, mi tutelada. Mejor lee a Platón. No el Simposio", se apresuró a añadir. Y se marchó con Bryan San Wills.

* * *

Menos de una semana después, Kate se encontró con su viejo amigo en el almuerzo al aire libre de lady Ursula Damaris.

Agitando su sombrilla, Kate paseaba por la orilla de un precioso estanque artificial situado en los extensos terrenos de la residencia palladiana de lady Ursula, muy cerca del límite con Hampstead Heath.

Kate reconoció la génesis antinatural del estanque, pero aun así lo disfrutó. Sabía que estaría más cómoda pisando un sendero cuidadosamente marcado con sus suaves zapatillas de tela que luchando con sus botas por un camino embarrado; se deleitaba con los juncos, mecidos por la ligera brisa, más de lo que lo haría con las espinas que sin duda florecerían en los márgenes de un verdadero estanque. Las abejas zumbaban en el follaje.

Miró al otro lado del estanque y vio a Bryan San Wills y a varios otros jóvenes enfrascados

en una conversación con Louisa Penrose. ¡Qué bonito sería, pensó, que Bryan y Louisa se enamoraran! Kate suspiró. Sabía que no había ninguna posibilidad de que Louisa mirara más allá del semblante moreno de sir Willoughby Hawkes. No comprendía la atracción que ejercía sobre ella, ya que el baronet le parecía severo y autoritario.

Haber tenido una vida signada por las penas había convertido a Kate en una persona que buscaba la alegría, y no disfrutaba con sir Willoughby. Prefería la compañía de una pandilla de chicas o incluso la de su tutor, que siempre estaba alegre. La sonrisa de Quinn seguía pareciéndole encantadora, al menos cuando su mirada no adquiría ese matiz de diablura que tanto la perturbaba. Su humor decayó un poco cuando se dio cuenta de que lady Ursula no había invitado a Quinn al picnic. No había nadie mayor de veintiún años, incluida la anfitriona, la joven esposa de un diplomático ausente. Bastantes de los invitados continuaban en el aula.

Kate volvió a mirar a su viejo amigo. Hoy Bryan vestía otro abrigo verde, pero con un chaleco y unos pantalones a rayas muy llamativos. Sus pantalones de Hesse brillaban a la luz del sol y llevaba el corbatón anudado en una extraña aproximación al estilo matemático. Ella soltó una risita. Siempre había admirado a Bryan y rara vez le había encontrado defectos. Sin embargo, el contacto con caballeros más refinados había refinado su gusto. Estaba segura de que ni Devere ni Hawkes tenían un chaleco verde a rayas.

Recordó el atuendo de Quinn en el baile de Louisa. Ningún color había realzado su sobrio y elegante conjunto de noche, salvo un único rubí en su corbatón. El contraste entre el severo blanco y negro, y la única joya, lo hacían aún más llamativo.

El crujido del tafetán interrumpió la imaginación de Kate. Buscando el origen del sonido, se turbó al ver una figura familiar, vestida a la moda de amarillo prímula, que corría hacia ella por el sendero empedrado.

"¡Vaya, Katherine!"

Kate tapó con la mano la boca de la mujer más pequeña. "Shh, Sybilla."

Lady Sybilla Farland forcejeó contra la mano de Kate. Lady Sybilla, aunque era tres años mayor que Kate en la escuela de la señorita Elizabeth, era quince centímetros más baja que su antigua compañera y no era rival para ella en lo físico. "¡Mmmf! Mmph!"

"Te soltaré si prometes no decir nada hasta que me hayas escuchado", suplicó Kate.

Sybilla, con los ojos redondos sobre la mano amordazada de Kate, asintió. "Siempre fuiste una matona", espetó cuando Kate la soltó. "Digo, Kate, que creo que se me debe una explicación".

"Ya no soy Kate Scoville".

"¿Qué?"

"Llámame Kay Tyndale".

"¿Por qué?" Sybilla intentó enderezarse la cofia, que estaba torcida debido al ataque de Kate.

"Bueno, es una larga y triste historia", dijo Kate. "Digamos que el apellido Scoville se volvió peligroso después de que mi abuelo muriera y me dejara el dinero".

Sybilla frunció sus oscuras y espesas cejas. "Generalmente se dice que una fortuna es una bendición más que una maldición, Kate".

"Es una maldición si el dinero lleva a tus parientes a encerrarte en un ático".

"¿Encerrado en un ático? Ah, así que esa es la forma de hacerlo. No es de extrañar que todos corten al nuevo Conde. ¿Dónde vives ahora?" Sybilla se colocó el lazo de grosgrain amarillo bajo la barbilla.

"Con la hermana de mi tutor, Lady Anna Penrose". Kate asintió al otro lado del agua. "Esa

es su hija, Louisa".

"¿La que todos llaman El Hada?" Sybilla se rindió con el bonete.

"¿Es eso lo que dicen de ella?". Kate echó la cabeza hacia atrás y se rió. "Tendrían que verla avasallando a su hermana pequeña. No tiene nada de hada".

"¿Quién es el dandi que le besa el dobladillo?

"Es Bryan San Wills, un amigo de Somerset."

"¿Él es parte del secreto de Katie Scoville?"

"Por supuesto, no había manera de evitarlo. Él me conoce desde siempre".

"Hombre bien parecido, si supiera cómo vestirse. ¿Qué se ha hecho en el pelo?" Ambas chicas se rieron. Sybilla continuó: "Hablando de hombres guapos, si te quedas con Anna Penrose, tu tutor tiene que ser el Conde de Devere, ¿eh?".

"Sí, Quinn es mi tutor. Pero, nadie sabe que estoy aquí. Todos creen que soy prima de los Penrose. Si no, Herbert podría volver a por mí y obligarme a casarme para quedarse con mi dinero", dijo Kate. "Si me caso con su hijo, Herbert controlará mis herencias, incluso la fortuna de mi madre. Así que tengo que mantenerme oculta por el momento". Tiró del codo de Sybilla, instándola a seguir por el camino.

" ¿Pasar desapercibida en Londres durante la temporada?" Sybilla soltó una carcajada. "A quien se le haya ocurrido ese plan debe de estar muy tocado".

Kate se sonrojó. "No había muchas opciones. Quinn pensó que pasaría desapercibida entre la multitud de jóvenes de la ciudad".

"Más bien quería tenerte cerca".

"¿Por qué, qué quieres decir?"

"Tu tutor tiene un poco de mala reputación con las damas, Kate". La morena diminuta continuó alrededor del estanque.

"¿Quinn? Parece un perro setter", dijo Kate. Esperaba no haberse ruborizado. Pero, ¿por qué sentía la necesidad de engañar a Sybilla?

Sybilla levantó sus gruesas cejas. "No todo el mundo comparte tu opinión. Apuesto a que besa con tanto entusiasmo como cualquier perro. Tiene fama de ser todo un corintio. Se rumorea que está cazando a Staveley".

A Kate le llamó la atención. "¿Quién es Staveley?"

"Bertha, la condesa de Staveley. Viuda rica, dos mocosos".

"Ah, sí, la conocí en el parque. Pero Devere no perseguiría las sobras de otra persona". Sorprendida, Kate se dio cuenta de que volvía a sentir celos. *¿Celosa por Quinn? ¡Piedad!*

"¿Por qué no? Es una criadora probada, todavía joven y hermosa, y además rica. ¿Qué hay que no ame, o incluso sólo a la cama? "

"¡Sybilla!" A Kate le pareció que el cinismo de su amiga era nuevo y sorprendente.

"No seas tan mojigata, Kate. No está casado. ¿Crees que no está tocado?"

"Bueno, a mí no me ha tocado", dijo Kate, disimulando su decepción. "Me considera su hija".

"No pretendía insinuar que ninguno de los dos se hubiera comportado de manera inadecuada. Habrás observado que las cosas son distintas para los hombres que para nosotras".

"Suenas amargada".

La ancha y expresiva boca de Sybilla se tensó. "Es difícil no estar amargada, con mi padre recordándome continuamente mis defectos, el principal de los cuales parece ser que no nací varón".

"Eso es muy injusto e irrazonable. Tú no eres responsable de tu sexo".

"Lo único que parece decirme padre continuamente es que no tendrá un hijo que siga sus ilustres pasos". Sybilla rodó los ojos. "Es demasiado cansino".

"Es muy prominente en el gobierno, ¿verdad?".

"Sí, se enorgullece de pertenecer al círculo íntimo de Prinny... perdón, de Su Majestad". Las dos jóvenes habían llegado a los márgenes de la multitud que rodeaba las mesas del bufé de lady Úrsula.

Kate resopló. "Por todo el bien que eso pueda hacerle". Como la mayor parte de Inglaterra, Kate sentía un gran desprecio por el licencioso y perezoso príncipe regente, ahora Jorge IV.

"Estoy totalmente de acuerdo. Pero las torpezas reales no impiden a papá lamentarse de su estado sin hijos". Sybilla cogió un plato y empezó a llenarlo de manjares. "¿Has comido ya?"

"Sí. Tomaré un poco de limonada mientras comes. Me alegro de verte, Sibby, pero acabamos de conocernos, ¿recuerdas?". murmuró Kate mientras Bryan y Louisa se acercaban.

Louisa lucía una expresión que Kate había denominado "mirada de domingo para ir a la iglesia", una sonrisa insulsa que no se acercaba a sus ojos vacíos y aburridos. Bryan, pegado al costado de Louisa como un abrojo en la cola de un spaniel, continuó parloteándole al oído hasta que la pareja llegó a la mesa del bufé. Louisa se despegó de Bryan en favor de la comida. Bryan, todo un caballero, se acercó a saludar a Kate, que le presentó a su amiga.

Kate contuvo la respiración cuando Sybilla Farland sonrió a Bryan a través de sus espesas y oscuras pestañas. A diferencia de Louisa, que Kate había notado que ya se había malcriado con las atenciones de los galanes de la ciudad, Sybilla tenía un aspecto un poco fuera de lo común. Pequeña y morena, tenía tendencia a la brusquedad y a hablar sin rodeos, lo que Kate imaginaba que no la favorecería en las elegantes fiestas, donde reinaba la hipocresía.

Cuando Bryan se inclinó sobre la mano de su amiga, Kate pudo ver que enseguida le llamaron la atención los ojos grandes y oscuros de Sybilla, que siempre contenían un destello de inteligencia y humor. Su pálido tafetán color cereza resaltaba su piel color melocotón y su tez morena. Aunque a Sybilla no le interesaba la moda, vestía con mucho estilo. Kate suponía que Sybilla era una excelente modista; la propia Sybilla no se percataría de si llevaba tela de saco siempre y cuando la prenda le resultara cómoda.

Kate sonrió cuando los ojos de Bryan se desviaron hacia la cálida sonrisa de Sybilla y luego hacia su corpiño, escotado a la moda del momento. Tras aclararse la garganta, preguntó si podía visitar a lady Sybilla. Se intercambiaron tarjetas de visita mientras Pauline se acercaba trotando, en compañía de su anfitriona, recién salida del croquet y lista para el almuerzo.

"Lady Ursula, esto es maravilloso. Todos los postres que uno pueda desear". Pauline se dirigió a la mesa del bufé.

"¡Paul, deja de hacerte el hoyden o mamá se enterará de tu falta de respeto!" Louisa frunció el ceño. Pauline se detuvo en su huida precipitada y se escondió detrás de Kate, con la cara roja de vergüenza.

Kate intercambió una mirada cómplice con Sybilla, que se limpió la boca con la servilleta, ocultando su sonrisa. "Pauline -dijo Kate en voz baja-. "Permíteme presentarte a lady Sybilla Farland".

Pauline salió de detrás de la vaporosa falda de Kate y se acercó vacilante.

Kate continuó: "Lady Sybilla ha asistido últimamente a la escuela de la señorita Elizabeth, cerca de Bath, un seminario selecto para señoritas cultas". Kate se volvió hacia Sybilla. "A Pauline le interesan los idiomas".

"En efecto." Sybilla inclinó su atenta mirada hacia Pauline. "¿Has leído ya latín?"

Pauline asintió. "Sí, y también griego".

"¿Latín y griego?" Úrsula Damaris estaba visiblemente asombrada. "¿Desde cuándo las jóvenes de alcurnia se dedican al estudio de las lenguas antiguas?"

"Muchas jóvenes de alcurnia siempre han sido instruidas", dijo Kate.

"¿Para qué?" preguntó Louisa. "Nunca he entendido esta pasión por aprender de los libros que tú y Pauline exhibís. Estamos destinadas a casarnos y tener hijos. ¿Para qué sirve el griego?"

"Eres una charlatana", dijo su hermana. "¿De qué sirve tu habilidad con el piano?"

"Para entretener a mi marido y a mis invitados, por supuesto."

"¡Tonterías! No practicas Mozart y Bach durante tres o cuatro horas todos los días para divertir a posibles chichisbeos", dijo Kate. "Estudias música porque te complace hacerlo y porque tienes un verdadero talento".

Louisa se sonrojó.

"No lo niegues, Lou, cualquiera que haya oído tu interpretación sabe que es totalmente fuera de lo común", dijo Pauline.

"Si es así, señorita Penrose, nos encantaría escucharla tocar después del almuerzo, si es tan amable". Lady Ursula sonaba encantada de haber enganchado a la última favorita de la tonelada para actuar.

Louisa pareció recuperar la compostura. "Mi hermana exagera. Mi habilidad no es más que vulgar".

Kate sabía que Louisa era modesta pero no sincera. Después de comer, el cielo se nubló y lady Úrsula llamó al grupo a su salón para instar de nuevo a Luisa a que tocara el pianoforte. Kate había visto muchas veces a su "prima" tocar el instrumento, pero nunca dejaba de sorprenderle el cambio que se producía en el porte de Louisa cada vez que tocaba el pianoforte. Atrás había quedado El Hada; aquí había un espíritu puro que intentaba arrancar algo real y verdadero del marfil, el alambre y la madera inanimados de su instrumento.

Kate escuchó con placer cómo Louisa tocaba de memoria una fuga de Bach con precisión e intensidad. Cuando terminó, se hizo un breve silencio y la sala estalló en aplausos.

" Se lo dije", dijo Pauline. "Parece que su buhardilla está vacía, pero hay sustancia debajo de todo ese pelo esponjoso".

"Es tu turno, Paul". Louisa hizo una seña a su hermana.

"¿El mío?" Pauline jadeó. "No puedes hablar en serio".

"Absolutamente." Louisa le dedicó a Pauline su sonrisa más malvada. "Ya que Kay y tú habéis tenido a bien alabar mi talento, lo menos que puedo hacer es devolver el cumplido". Se volvió hacia su anfitriona. "Señora, tiene que oír cantar a mi hermana y a mi prima".

El estómago de Kate tocó fondo. No le parecía prudente llamar la atención, dada su situación, pero no tenía elección. Ella sabía que una modestia que se convertía no era excepcional, pero no sería adecuado negarse. "Muy bien. Quizás una melodía corta".

"¿El roble y la ceniza?" Sugirió Pauline.

Louisa asintió y tocó los primeros compases de la famosa canción popular inglesa. Como era su costumbre, Kate tomó la melodía y Pauline, que tenía un agradable contralto, cantó la armonía. Cuando llegaron a la segunda estrofa, todos se unieron al coro.

Una canción siguió a otra, y las horas pasaron deprisa hasta el final previsto para el almuerzo, a las tres en punto. Lady Ursula se despidió del rebaño de jóvenes invitados mientras un desfile de calesas y landaus se alejaba por su camino de grava, en dirección a la ciudad.

"Tendremos que invitarla a alguna de nuestras fiestas", comentó Pauline a Kate. "Es realmente encantadora".

Kate se abrochó la chaqueta. Aunque no llovía, en el landó abierto hacía frío en la tarde

nublada. "Sí, me lo he pasado muy bien. Oh, levántese pronto, señor", llamó a Bryan, que había abandonado a la multitud de caballeros con los que había viajado a Hampstead para acompañar a los Penrose de regreso a la ciudad.

"Hace un frío terrible". Louisa se acurrucó en su capa. "¿Podemos cerrar la parte superior del landó?"

Bryan comprobó las bisagras. "Creo que los mecanismos están atascados. Es inútil intentar sacarlo, eso sólo lo empeorará. Sácalos", gritó al cochero mientras se incorporaba en su asiento.

De regreso a Londres, el carruaje se vio obligado a circular más despacio al entrar en Edgware, pues una pequeña feria abarrotaba su Calle Principal. El carruaje avanzó con cautela a través de las desvencijadas casetas instaladas para ese día, porque los carros que exhibían los productos de los granjeros y las mercancías de los artesanos locales bloqueaban cualquier ruta directa. Kate vio a lugareños vestidos de colores mezclados con carteristas y monederos venidos de Londres para desplumar a las palomas del campo en la feria. Los cochinillos parloteaban y las gallinas cacareaban mientras sus dueños regateaban con los compradores.

"Mira, Louisa". Kate señaló una carpa azul oscuro, situada a un lado de la feria, salpicada de innumerables estrellas doradas y lunas plateadas. Una dama morena vestida con coloridos chales y velos estaba de pie fuera de la carpa.

Los ojos de la dama se cruzaron con los de Kate cuando Louisa gritó: "¡Oh, una adivina! Deténgase, cochero".

El cochero tiró de las riendas. El equipo se detuvo en el camino de grava.

"¿Qué tontería es ésta?", preguntó Bryan. "Señorita Penrose, no pretenderá decirme que da crédito a los chismorreos de una gitana mugrienta y maleducada".

Ella se volvió hacia él, con la cara roja. "Le agradeceré que no critique lo que no entiende, señor. Bájeme de una vez".

Bryan apretó los labios y resopló, la imagen de la exasperación masculina, mientras el landó se detenía. En ese momento salió el sol y dijo: "Supongo que ahora dirá que el sol es un buen augurio".

Ignorándole, Louisa tomó la mano de Kate. "Ven conmigo, prima Kay. Debes querer saber algo de tu destino, tan lejos de casa".

"Sé cuál es mi destino", dijo Kate, que sin embargo bajó del landó tras Louisa. No quería que Louisa entrara sola en la oscura tienda. "Me casaré con algún elegible aquí en Londres, o viajaré de regreso a la India y me casaré. No hay misterio".

La adivina la miró, sus ojos oscuros brillando. "Oh, pero sí que hay un misterio, milady. Usted no es lo que parece y nunca verá la India".

Louisa emitió un gritito de placer. "¡Ves! Ves, Kate, ella ya nos revela todo tipo de cosas importantes".

La gitana sonrió. Tenía unos ojos grandes y brillantes y una sonrisa relampagueante. Su cuerpo grávido estaba oculto por túnicas exóticas de todos los tonos de rosa y púrpura. "Tú, primero". Señaló a Louisa con la cabeza. "Luego tú", le dijo a Kate. "¿Y qué hay de ti, mi pequeña elfo?" llamó a Pauline, todavía sentada en el landó.

"No lo creo, señora", respondió Pauline cortésmente. "Sería una grosería que todos abandonáramos al señor San Wills".

La gitana se echó a reír. "Tú no crees, joven escéptica. No pasa nada. Crecerás y te harás mujer, y entonces comprenderás que hay más cosas en el mundo que las que ves con tus ojos". Apartó un panel de tela vaporosa e indicó a Louisa que pasara a la tienda.

Capítulo Siete

Kate esperó fuera mientras el cochero paseaba a los caballos arriba y atrás, arriba y atrás. Por fin, Louisa salió de la tienda, con los ojos brillantes de picardía. A pesar de sus recelos, Kate preguntó: "¿Qué te ha dicho?".

Louisa se negó a hablar de predicciones y se limitó a decir: "Sus palabras son un secreto. Pero a ver si no te habla del deseo de tu corazón". Empujó a Kate dentro de la tienda.

El interior estaba oscuro, únicamente iluminado por velas cortas y regordetas. El incienso humeaba en un quemador en una esquina, llenando el aire con la exótica fragancia del sándalo. La gitana estaba sentada a sus anchas sobre grandes almohadones y tenía ante sí un gran cuenco de agua. Al removerla con una mano, Kate vio que tenía los dedos largos y torneados, con uñas bien cuidadas.

"Te sorprendo", dijo la gitana con voz ligeramente acentuada. Sonrió a Kate, que seguía de pie. "Fui criada de la duquesa de Avon, pero aquí gano más. Por favor, siéntate".

Kate se sentó en otro almohadón que había en el suelo y se desabrochó la pelliza. Inclinó la cabeza para mirar el cuenco, que parecía contener agua corriente.

"¿Qué es eso de la India? Usted no tiene nada que ver con la India", dijo la gitana. "Pero ten cuidado, jovencita, porque te están buscando. Pero el peligro es transitorio". Movió la mano en el agua. "Los que están cerca de ti te quieren y te protegerán". *Swiss, Swiss*.

Intrigada, Kate se dio cuenta de que la gitana parecía tener alguna habilidad peculiar. "¿Hay algo más?", preguntó. "Louisa me dijo que podías decirme el deseo de mi corazón".

La gitana sonrió a Kate y luego miró su retícula. Sacó una moneda y se la dio a la mujer, que miró directamente a los ojos de Kate.

"Ya conoces el deseo de tu corazón. Pero aquel a quien deseas nunca lo pedirá a tu corazón, aunque se lo llevaría. Debes entregarte voluntariamente a él si deseas alcanzar la felicidad en esta vida".

"Oh." Una imagen de Devere pasó por su mente mientras en sus miembros se adueñaba de ella una languidez desacostumbrada. Respiró profundamente, y el vertiginoso aroma del sándalo llenó su cabeza. "¿Hay algo más?"

"Hay mucho más. Alguien cercano a ti estará en peligro". Habló despreocupadamente, como si pronosticara sol para mañana.

"Vaya. ¿Quién?"

"Eso no lo puedo ver. Pero veo triunfo, y muchos... no... dos viajes, o más. Un viaje por el océano, tal vez".

"Creí que habías dicho que no volvería a la India".

La gitana ululó. "Nunca has estado en la India y nunca lo harás. Te burlas de mí. Ahora, márchate".

Kate salió a tropezones de la tienda, pues tenía mucho en qué pensar. Se aferró al landó un momento, recuperando el equilibrio y la serenidad. Bryan la ayudó a sentarse.

Estaba pensativa. Tanto la adivina como Sybilla le habían proporcionado más información sobre su tutor de la que Kate deseaba tener en cuenta. Sin embargo, las palabras que le habían dirigido roían sus pensamientos, como ratones en la despensa. *Tu tutor tiene cierta reputación entre las damas... Tiene fama de ser todo un corintio... El hombre que deseas nunca te pedirá tu corazón, aunque lo aceptaría*.

La idea de que ella, Kate, tuviera que actuar con firmeza para hacerse con su propia felicidad conyugal era algo nuevo para ella. Tal vez había sido ingenua, pero siempre había soñado que sería cortejada por algún príncipe azul (o al menos un vizconde) y que, llegado el momento, contraería fácilmente un matrimonio feliz y sin sobresaltos. Kate no sabía muy bien en qué consistiría ese matrimonio, pero no lo temía. Sus padres habían sido felices juntos y nunca había visto razón alguna para pensar que a ella le fuera a suceder lo mismo.

Ahora tenía razones para preocuparse. ¿Cómo iba a "entregarse" para alcanzar el deseo de su corazón, manteniendo al mismo tiempo las normas de conducta que le habían inculcado desde su más tierna memoria?

Y si Quinn le robaba el corazón, ¿con qué la dejaría? Un caballero con fama de corintio y deshonesto tal vez nunca cambiara sus costumbres. Un matrimonio sin amor no entraba en los planes de Kate. Sabía que tenía el orgullo suficiente para exigir lealtad y estaba dispuesta a darla. ¿A eso se refería la gitana cuando dijo que Kate tendría que "entregarse"?

Salieron de la abarrotada feria hacia Londres. Hubo poca conversación. Louisa y Kate estaban especialmente silenciosas. Después de que Bryan y Pauline dejaran de burlarse de ellas por sus experiencias en la tienda de la adivina, el viaje transcurrió en silencio, salvo por el crujido de las ruedas en la carretera y los gritos ocasionales del cochero al caballo.

Al pasar por el nuevo parque que había construido el príncipe regente, Kate percibió una ráfaga de movimiento en el borde de los arbustos justo antes de que sonara un disparo. Louisa gritó, un agudo sonido de pánico. Agarrada a Pauline, se dejó caer, temblorosa, en el regazo de Kate, que se arrojó sobre las dos niñas.

"¿Estás bien? ¿Estás bien?" Kate soltó a Louisa y a Pauline, y volvió a agarrar a Louisa cuando vio que Lou temblaba de miedo.

"¡Sí! ¡Sí! Sólo que estoy segura de que sentí el disparo rozándome la mejilla". Louisa se volvió hacia Bryan. " ¿San Wills?"

"No estoy herido, señorita Penrose. ¿Puedo ver su gorro?"

Los dedos de Louisa temblaron al desatar el sombrero.

Bryan lo examinó. "Estoy seguro de que se imaginó el disparo tan cerca de su persona. Si hubieras sentido la bala en la cara, te habría dejado un agujero en el bonete. Mire, está intacto. Continúe, cochero -llamó al cochero con voz tranquila-.

"Quizá el disparo sólo pareció cercano porque este distrito es excesivamente tranquilo", dijo Pauline, con una nota de esperanza en la voz. "No tiene nada que ver con nosotros. Prima Kay, ¿qué ocurre? Estás tan blanca como la leche".

Los agitados pensamientos de Kate se agolpaban. La adivina había parecido tan sincera cuando dijo que el peligro era transitorio. Había sonado como si no hubiera nada que temer. Sin embargo, Kate sabía que si la mataban, sus fondos irían a parar a manos de los últimos parientes que le quedaban: Herbert y Osborn. Por mucho que los quisiera, los Penrose no eran su familia, a pesar del engaño que practicaban con toda la sociedad londinense.

"Volvamos a casa cuanto antes", dijo Kate. " ¡Cochero! ¡Sorteadles!"

*

A su regreso a la residencia Penrose, Kate se retiró sola a la biblioteca para redactar una carta dirigida a Quinn, rogándole que la visitara lo antes posible.

Anna entró mientras Kate se afanaba en escribir la misiva. "Kay, ¿qué te pasa?

Kate levantó los ojos llorosos de su tarea. El escritorio estaba lleno de bolas de papel arrugado. "Señora, es culpa mía. Debo irme de su casa de inmediato".

"¡Tonterías!"

"¡Es verdad! ¿Por qué nos dispararían si no fuera por mí?". Kate resopló en su pañuelo.

"Nadie te disparó. Hablé con San Wills sobre el asunto. El disparo fue muy lejos y no tuvo nada que ver contigo". Ana sacudió a Kate firmemente por los hombros. "Ahora, quiero que te des un baño, tomes un poco de té y te vayas a dormir temprano esta noche. Y no se hablará más sobre marcharse".

Calle Bruton

Milord Devere,

le ruego que me atienda

lo antes posible.

Atentamente, K.G.S.

Frunció el ceño. Nunca antes Katherine le había escrito una nota para pedirle nada, y menos su compañía. Tuvo el incómodo presentimiento de que no todo iba bien en el mundo de su tutelada, a pesar de sus esfuerzos por arroparla con los Penrose. Algo había alterado su serenidad.

Después de sacudirse el polvo del camino, se apresuró a ir de la Plaza Berkeley a la calle Bruton. A las tres de la tarde, no sabía si encontraría a Kate en casa. Sin embargo, sintió la necesidad de caminar, aunque no estaba lejos.

La casa estaba en calma. Una pregunta hecha al mayordomo reveló que las señoras Penrose habían salido; lady Anna había prometido mostrar a las señoritas Louisa y Pauline las delicias de Burlington Arcade. Sir Pen estaba en casa de White. Kate estaba sola en la casa, salvo por los criados.

Quinn la encontró en el pequeño jardín trasero.

Las abejas zumbaban en el perenne arriate de hierbas y flores. La fuente funcionaba, con la estatua de Cupido escupiendo agua en un chorro interminable desde el centro de la fuente hasta el cuenco. El tintineo y el estruendo del agua eran muy tranquilizadores. En contraste con el tono frenético de la nota que había enviado, el rostro de Kate parecía sereno mientras dormía la siesta en una tumbona bajo un cenador cubierto de enredaderas que la protegía parcialmente del sol de la tarde.

Permaneció de pie junto a su tutelada, observándola descansar. Su cabello castaño, amontonado sobre la cabeza, reflejaba luces rojizas en el sol moteado que se filtraba por la glorieta. Un rizo se le había escapado y le caía sobre el cuello. No llevaba pañuelo por pudor en aquel cálido día de primavera, y el corpiño de su delgado vestido de muselina rosa era elegantemente bajo. Podía ver las suaves curvas dentro de la tela que le cubría el pecho. Su pecho subía y bajaba con la respiración. Su piel cremosa brillaba con un ligero resplandor de humedad. Aunque su rostro estaba ensombrecido, sus labios móviles, ligeramente entreabiertos, eran eminentemente besables.

Sería tan sencillo robarle un beso, sólo un beso, de sus labios sonrosados y abiertos, deslizando su lengua dentro de su boca para encontrarse secretamente con la de ella, sólo un tierno y dulce beso de amante. Y sería igual de sencillo y fácil liberar uno de sus exuberantes pechos de su endeble confinamiento, sopesar su pesada redondez en su mano; saborear el delicado pico, sentir cómo se endurecía y se fruncía bajo sus labios: ¿sería dulce, como la fresa a

la que semejaba, o estaría salado por su sudor veraniego?

Estaría irremediablemente comprometida.

Tendrían que casarse.

Él sonrió. Entonces ella sería suya, para explorarla, tocarla, sondearla, sentirla y acariciarla, separarle las piernas y saborear lo más profundo de ella, y luego tomarla...

Tomarla.

Todo sin una palabra o gesto de asentimiento por parte de su pupila.

Su tutelada.

Quinn sacudió la cabeza y se sentó en el borde del longue.

*

Kate soñaba mientras dormía.

Miraba fijamente el bello retrato doble de sus padres que dominaba el vestíbulo de la Casa Gillender. Su madre había sido una elegante dama rubia, y el recuerdo de su dolorosa muerte no afloró en las contemplaciones de Katherine mientras contemplaba el cuadro, que había sido pintado poco después de que Bennett se casara con Margaret. Vestida con un camisón rosa rubor, Margaret estaba sentada con su cachorro en el regazo, dirigiéndose al espectador con una firme mirada azul. Su marido estaba a su lado con la mano apoyada en su hombro. Bennett, retratado de perfil, miraba a su esposa con cariño.

Por alguna extraña magia, los retratos parecían transformarse. ¿Era Kate la que estaba sentada en la silla? ¿La mano sobre su hombro pertenecía al primer Conde, Robert? Los rostros y las ropas de las personas cambiaron y se fusionaron.

Un hombre pelirrojo miraba a Kate sentada en el sillón, acunando a su perro. Tenía un rostro familiar y unos ojos marrones conmovedores. Olía una fragancia especiada, a clavo con un toque cítrico.

Sintió un hormigueo en el cuerpo, empezando por la mano, desconocido pero agradable. Una sombra pareció cruzar su visión. Se despertó sobresaltada y descubrió a Quinn encaramado a su lado en el borde del sillón, observándola mientras dormía. Le había tomado la mano, haciéndole cosquillas en la palma con las yemas de los dedos. La carne del vértice de sus muslos se agitó con un calor líquido y espiralado.

Apartó la mano de un tirón. La leve sonrisa de su rostro no desapareció, sino que se amplió hasta convertirse en su conocida sonrisa diabólica cuando el libro que ella había estado leyendo resbaló de su regazo y cayó al suelo con un ruido seco. Él lo recogió.

"¿Petronius Arbiter? Qué sorpresa, dulce Kate, que Petronius te haya dormido".

Ella lo miró con el ceño fruncido y le arrebató el libro. Había algo inmensamente molesto en ser observada mientras dormía. ¿Babeaba, se retorcía o incluso (Dios no lo permitiera) roncaba? "Parece estar inusualmente interesado en mi elección de material de lectura, mi señor. Tenga en cuenta que sólo refresco mis conocimientos de latín".

La miró. Su expresión era ilegible. "Ten en cuenta que tu elección de material de lectura tiende a rozar lo salaz, mi tutelada. No es antinatural que te interesen esos temas. Tal vez sea hora de que te cases y de que algún hombre fuerte te enseñe lo que deseas saber".

Ella jadeó. "¿Casarme, mi señor? Sólo tengo diecisiete años".

"Te faltan seis meses para cumplir los dieciocho". Ladeó la cabeza. Sus ojos se burlaban, ¿o coqueteaban? "Bryan San Wills parece ser un partícipe elegible, y un buen amigo".

"¿Bryan? Es apenas un niño".

"Debe tener al menos veinte años, dulce Kate. Asumo por su comportamiento que su nacimiento y crianza son apropiados."

Apretó los labios y trató de disimular su desconcierto con una charla ociosa. "Los San Will son originariamente de la nobleza francesa, creo. El padre de Bryan vendió las propiedades de la familia justo antes de la Revolución, y vinieron a Inglaterra a establecerse."

"¿Su verdadero nombre?"

"Saint-Guillaume. Milord, no tengo ningún deseo ni intención de casarme con Bryan San Wills. Recientemente parece haber desarrollado una inclinación por Louisa". Ella se estiró, revolviendo su cabello.

"¿Es así?"

"No llegará a nada. Louisa parece empeñada en su aburrido baronet". Bufó.

"¿Willoughby Hawkes?

"Sí. No logro entender la atracción." Se clavó una horquilla en el moño, asegurando un rizo suelto. Se dio cuenta, para su vergüenza, de que la pose levantaba sus pechos dentro de la endeble muselina. Además, su tutor la observaba con la misma atención que un caballero en un hipódromo observa el final de una carrera muy disputada en la que ha apostado toda su fortuna.

"Confieso que nunca antes había oído llamar soso al malvado Willy".

Quinn no dijo nada sobre su aspecto. ¿Había dado rienda suelta a su imaginación? "¿Es así como se le conoce, como el malvado Willy? ¿Por qué, milord?"

" Eh, nada de lo que deba preocuparse", se apresuró a decir. "Es sólo que, cuando una cala lleva un tiempo suelta, desarrolla una reputación, por así decirlo".

"¿Y usted, milord? ¿No ha estado, como usted dice, suelto durante un tiempo?". Indagó, incitada por el chisme de Sybilla.

Él se revolvió. "Soy, le aseguro, bastante poco excepcional".

Ella enarcó las cejas.

"Pero tú, dulce Kate, ¿qué clase de hombre reclama tu atención?"

"Ciertamente no un viejo ceñudo como tu amigo el malvado Willy. ¿Qué le importa a usted, mi señor?" Ella empujó un poco más.

"Quinn", corrigió él. "Eres mi tutelada, estás a mi cargo y tengo la obligación de ocuparme de que te deshagas de ti como es debido".

"¿Dispuesto adecuadamente?" Se le soltó la rienda. Se levantó, sacudiéndose las faldas. "Milord, no soy un objeto de su propiedad. Soy una persona que tiene una vida. Que tenga un buen día, Lord Devere". Se dio la vuelta para entrar en la casa. Estaba de espaldas a él, así que no pudo ver sus lágrimas de rabia.

"Le ruego me disculpe."

"¿Qué?", le espetó.

"Usted solicitó mi presencia. No creo que fuera para hablar de sus perspectivas matrimoniales".

Se mantuvo de espaldas. "Me reuniré con usted en el salón en diez minutos, si es tan amable." Entró en la casa.

Estaba furiosa, no sólo con su tutor por su trato condescendiente, sino también consigo misma. Se había convencido a través de las divagaciones del gitano de que Quinn era el deseo de su corazón y que podría ser suyo con un chasquido de dedos. Se enfureció al descubrir que él seguía considerándola una niña precoz, que necesitaba la instrucción de un cachorro como Bryan San Wills.

Subió a su habitación y, tras llamar a Bettina, se quedó mirando por la ventana hacia la calle Bruton con ojos ciegos. Quizá Devere tenía razón. Tal vez la solución a todos sus problemas fuese un matrimonio rápido. Casada, dejaría de ser un objetivo para Herbert o una carga para la

generosidad de los Penros. El matrimonio también le proporcionaría la estabilidad que había echado de menos desde la muerte de su abuelo.

Quería casarse por amor y se había convencido a sí misma de que Quinn era su deseo y su destino. No parecía ser así. ¿Qué clase de hombre propondría matrimonio a otra si estuviera sinceramente enamorado? Aunque se casara con él, tal vez no cambiaría sus hábitos libertinos. Sería desdichada en un matrimonio sin amor. Ella amaba, pero necesitaba el amor, ansiaba el retorno del amor tanto como necesitaba aire para respirar y comida para alimentarse.

Pero las personas de su clase rara vez se casaban por amor. La costumbre era que las jóvenes nobles se casaran pronto con los nobles adecuados y tuvieran hijos. Ella había oído rumores de que, más adelante en la vida, una mujer podía tener un amante que fuera más de su preferencia que su marido. Había muchos segundos hijos y terceras hijas que no se parecían a sus padres.

Odiaba la idea de semejante farsa y no aceptaría ese futuro para ella. Suspiró. Así que tendría que esperar, mirar más allá de Devere. En pocos meses se le presentaría el *tonel*, y tendría muchos pretendientes entre los que elegir. Esperaba que para entonces ya hubiera olvidado su tendencia por el conde.

Después de haberse cepillado el pelo, enjuagado la cara y arreglado un pañuelo en el corpiño, entró en el salón para enfrentarse a su tutor con porte tranquilo. Quinn observó su modesto atuendo y frunció el ceño. Se recordó a sí misma que no le importaba. Sus humores podían ser los suyos.

"Milord", dijo, sentándose en el sillón. "Existe la posibilidad de que los designios de lord Herbert sobre mí se hayan convertido en algo más que conjeturas".

Escuchó su relato con aire solemne mientras Jenks entraba con la bandeja del té. Kate sirvió mientras hablaba y luego le ofreció las preciadas tartas de manzana de la cocinera. Sabía que a Quinn le gustaban tanto como a Pauline.

Cuando ella terminó su relato, él se frotó un lado de la nariz romana y jugueteó con su pañuelo. Ella se quedó mirando sus largos e inquietos dedos y, a pesar de su determinación, imaginó aquellas elegantes manos acariciando su cuerpo del mismo modo que habían acariciado la palma de su mano. Se mordió el labio para destruir las sensaciones de distracción, inútiles, desacostumbradas, sensaciones placenteras que no sabía describir con palabras. Sólo sabía que amenazaban con devastar su frágil compostura.

Cuando finalmente él habló, rompiendo el silencio que se había hecho, ella se sobresaltó por el inusual timbre de su voz, una nota oscura y seria. Su bondadoso tutor, por irritante que fuera, no solía ser más que jovial.

"Bueno, Kate, es un gran problema por el que me has traído. Es cierto que Lord Herbert va a ser investido en su título esta semana, así que está en Londres".

"¿Verdad, señor? Nadie me lo ha mencionado".

Se encogió de hombros. "La información está a disposición de todos, en el Times y en el Morning Post. Pero no se preocupe, llegaremos al fondo de este asunto, ya lo verá". Tenía un extraño brillo melancólico en los ojos mientras se levantaba apresuradamente.

Ella se sorprendió de nuevo. "¿No te vas a terminar el té?"

"Ah, eh, no. No, gracias, milady. He recordado un asunto que debo atender antes de que acabe el día". Agarro el tirador del timbre y grito por su coche antes de recordar que había caminado desde la Plaza Berkeley.

*

Le había pedido perdón antes de salir, con sus largas extremidades y sus relucientes y

pulidos Hobys, pero ella estaba consternada por todo el encuentro. Aún sorbía su té cuando las damas Penrose regresaron de Burlington Arcade, llenas de relatos e historias sobre su feliz día. Iban a asistir a *Macbeth* en Drury Lane dos noches después, ¿no era emocionante? preguntó Pauline. Louisa había encontrado varias flores del más bello sarcenet azul plateado, ¿no quería la prima Kay un poco para adornar su bonete azul?

Los oía a todos como si estuvieran muy lejos, o como si hablaran otra lengua y ella fuese una visitante en su extraña tierra. Se sacudió el ánimo y volvió a entrar en su mundo, sintiéndose como si hubiera sido insoportablemente grosera. Lady Anna la observó con expresión pensativa. "¿Te ha visitado mi hermano, prima Kay?".

Kate levantó su taza de té, complacida al ver que no le temblaba la mano. "Sí, hablamos de los acontecimientos de ayer".

"¿Y?"

"Y, nada. No dijo nada, se limitó a recordar un compromiso en otro lugar". Kate no quiso mencionar la presencia de su tío en Londres mientras Louisa y Pauline estuvieran en la habitación. Continuó. "Parecía estar de un humor peculiar".

"No más que otros, lo juro". Anna miró a Kate. "¿Nos acompañas esta noche a los Lambs? Se espera que Lady Caroline lea su nueva novela".

"Que sea tan escandalosa como la primera". Louise se rió. La escandalosa conducta de Lady Caroline Lamb en relación con el poeta George Gordon, Lord Byron, no había sido olvidada. Sus acciones nunca dejaron de divertir a la gente. La sociedad se había excitado mucho con la publicación de Glenarvon, la sátira melodramática que hizo trizas a la propia familia de lady Caroline. Todos esperaban que su nuevo libro fuera igual de impactante.

"No, creo que no saldré esta noche", dijo Kate. No se sentía capaz de tolerar relaciones sociales superficiales en su actual estado emocional. "Pero, ¿qué es esa excursión a Drury Lane?".

"Es por Pauline, más que nada. Kean en *Macbeth*", dijo Louisa.

"Es para todos nosotros". Anna trató de echar un poco de aceite en las aguas turbulentas.

"Madre, lo pasamos tan bien en casa de Lady Ursula, ¿podríamos invitarla a compartir nuestro palco?"

"Vaya, qué idea tan considerada, Pauline. Sí, puedes escribir a Lady Ursula hoy e invitarla, con mis saludos. ¿Invitamos también a Bryan San Wills?" Anna inclinó la cabeza hacia un lado para mirar a Kate y a Louisa.

Louisa hizo una mueca mientras Kate asentía. "Y, señora, vi a la chica más simpática en el almuerzo. Se llama lady Sybilla Farland. Si hay sitio en el palco, ¿podríamos invitarla a ella también?"

"Eso haría una fiesta de siete, todas mujeres menos San Wills y tu padre".

"¡Pobre Bryan!", se burló Louisa.

Su madre la ignoró. "Invitaremos también a Quinn. Kay, me temo que tu nuevo amigo tendrá que esperar a otra ocasión".

"Podríamos invitar a Sir Willoughby", sugirió Pauline con pertinacia.

Louisa se sonrojó y se mordió la lengua mientras Anna reflexionaba. "Bueno, el postre negado es el sabroso bocado más buscado. ¿Correcto, Louisa? Sí, estaría bien".

Louisa rebotó en su asiento.

Su madre la miró fijamente. "Le escribiré yo misma. ¿Servimos una cena ligera para el grupo antes de partir? Quizás Quinn o San Wills sepan de algún acompañante para Lady Ursula, para completar la fiesta". Anna especuló en voz alta. "Entiendes, Lou, que en ningún caso

formarás pareja con Sir Willoughby".

Kate pudo ver, al mirar el rostro excitado y sonrojado de Luisa, que ésta no había pensado en los detalles de la velada. "¿Qué quieres decir, madre?", preguntó.

"Es poco probable que Lady Ursula asista. Ciertamente nunca la he visto en el teatro. Así que, como par de rango, tu tío me escoltará y a ti te acompañará tu padre", dijo Anna con calma. "Hacer otra cosa sería bastante inapropiado".

"¿A quién le preocupa lo apropiado?", espetó Louisa.

"A nosotros sí. *Si tu amor* por Sir Willoughby no resulta como esperas, te alegrarás de mi precaución", dijo su madre. "No desprecies mi consejo. Contrólate, Louisa. Los hombres son cazadores. Aman la persecución, y atesorarán el objeto de su deseo tanto más si les ha llevado a un alegre baile".

El ceño de Louisa se frunció cuando Pauline preguntó: "¿Quién me acompañará?".

Anna pensó. "San Wills, si asiste. Te dará un toque de adultez, niña". Anna alborotó el cabello de Pauline. "Y tú, Kate, acompañarás a Sir Willoughby."

"Pegada al aburrido baronet". Kate miró a Louisa mientras Pauline y Anna reían. "Cambiaría contigo, Lou, pero me temo que lady Anna ha impuesto la ley".

Capítulo Ocho

Bryan San Wills no perdió tiempo en perseguir a su nuevo interés amoroso. Aunque había sido enviado desde Oxford, estaba decidido a no descuidar su educación de ninguna manera; simplemente se dedicó a aprender diferentes oficios. El juego y la bebida, la caza y las carreras eran los principales placeres de los jóvenes de su clase social. Estaba decidido a experimentarlos todos.

Al día siguiente del almuerzo de lady Damaris, se presentó a la puerta de la mansión Farland en Cavendish Gardens. Nuevamente vestido de verde, trató de distinguirse Su chaleco y su ropa interior eran de color amarillo limón. Su mozo de cuadra paseaba a sus caballos, atados a su carruaje, alrededor de la Plaza Cavendish, pues esperaba llevar a Sybilla a pasear en coche por el Parque Hyde a la hora de moda de las cinco.

Le abrió la puerta un lacayo que le informó de que lord James y lady Mathilda no se encontraban en casa. Bryan presentó su tarjeta y rogó ser honrado con la compañía de lady Sybilla. El salón en el que esperaba estaba decorado a la última moda. Evidentemente, Lady Farland dedicó mucho tiempo a seleccionar los muebles y el papel tapiz.

Sybilla entró corriendo, quitándose un par de pesados guantes rugosos. Se quedó mirando. Nunca había conocido a ninguna dama, aparte de su amiga Kate, que se sintiera lo bastante segura de sí misma como para recibir a un caballero vestida de otra forma que no fuera con sus mejores galas, pero lady Sybilla llevaba una bata de paño soso y parecía tener las botas sucias.

«Buenas tardes, caballero», dijo, extendiendo una mano muy blanca y muy suave en dirección a Bryan. Cuando se inclinó sobre ella, se dio cuenta de que el miembro bien cuidado desmentía su estado mugriento. «Si me permite unos minutos para ponerme presentable...».

Salió de la habitación. Mientras se marchaba, él pudo oírla ordenar al sirviente que trajera té: «Y whisky, si el caballero así lo desea».

No pasaron ni quince minutos y Sybilla estaba de vuelta, perfectamente vestida. Aunque a ella no le importara su aspecto, era evidente que su doncella sabía lo que hacía. Hoy Lady Sybilla iba vestida de seda color jade pálido.

Bryan dejó caer la taza de té en el plato con estrépito. La fría elegancia del conjunto no disimulaba el placer que le producía su visita, revelado por el brillo de sus ojos y su dulce sonrisa.

«Mi coche está fuera», le dijo. «¿Damos un paseo?»

«Después del té, sí. Estoy muerta de sed». Ella se sirvió el té y luego se lo sirvió a él.

Él vaciló un poco, y luego preguntó: «¿Es usted amigo particular de Lady Kate Scoville?»

«Sí, ella me dijo que nosotros dos somos de los pocos que están en su farsa».

«Si son buenos amigos, tal vez no les importe que pregunte. Umm, ¿en qué persecución estaban comprometidos cuando interrumpí?»

«¡Oh, eso!» Su sonora risa trinó. «Por favor, no reveles mi pasatiempo. Avergüenza mucho a mis padres. Soy una campesina, ya ve».

«¿Cómo dice?»

«Eso dice mi padre», murmuró Sybilla con recato. «Me apasiona la jardinería, las flores en particular. ¿Puedo mostrárselas?» El jardín trasero de la mansión era sorprendentemente grande para una casa londinense, lo suficientemente grande para que ella se expresara con flores, explicó.

«Veo que le gustan especialmente los guisantes de olor».

«Sí. Enterró la cara en una maceta de flores de color rosa brillante, zumbando mientras aspiraba su especiado aroma. «Me dedico cultivar las de colores verdaderos, sobre todo el azul».

«¿Azul?

Volvió el rostro emocionado hacia Bryan. «¿Nunca se ha preguntado por qué hay pocas flores puramente azul, señor?».

Bryan parpadeó. «No puedo decir que lo haya hecho».

«Pues yo sí. Es muy difícil", le informó ella. «La mayoría de los guisantes de olor son rosas o blancos. Los rojos tienden a ser anaranjados -un tono horrible- y los azules son violáceos, en realidad. Yo cultivo flores azules y rojas puras. Cada generación que pasa me acerco más a mi objetivo».

A pesar de su total desinterés por el tema, Bryan se sintió cautivado por la conversación y por la dama. La fascinación de Sybilla por sus flores era contagiosa. Sus movimientos, mientras caminaba por su ordenado jardín de flores, eran rápidos y hábiles, y a Bryan le llamó la atención su parecido con un curioso e inquieto colibrí mientras iba de flor en flor. Incluso tarareaba mientras revoloteaba por el jardín.

«¿Cómo se crían las flores, exactamente?».

«Es muy complicado. La mayoría de las flores se reproducen gracias al movimiento de las abejas entre ellas, que van de flor en flor. Debo proteger los capullos que deseo propagar». Señaló varios tallos con papeles atados en las puntas. «Transfiero el polen de una flor a otra con un pincel. No sé exactamente por qué, pero sospecho que si cruzo las flores más azules, el color acabará por hacerse realidad. También con las rojas». Señaló con la mano otro rincón del jardín, donde los guisantes rojos dominaban el paisaje.

Impresionado, Bryan llegó a la conclusión de que había una mente pensante detrás de aquellos finos ojos oscuros. «Deduzco que sus padres no aprueban su afición, Lady Sybilla.

«No, pero les resulta útil. He llenado de flores el estudio de mi padre y el tocador de mi madre. He descubierto que los guisantes dulces producen temperamentos dulces».

Él se rió y le ofreció el brazo.

* * *

La noche de la fiesta en el teatro, Kate se encontraba en su dormitorio ajustándose el conjunto. No había vuelto a ver ni a saber nada de su tutor desde aquella espantosa escena en el jardín, después de la cual él se había marchado del salón y, aparentemente, de su vida. Por más que lo intentaba, no podía sacarlo de sus pensamientos. Su ceño se frunció al considerar la situación.

Había enviado un regalo a su sobrina Pauline para celebrar su primera visita al teatro, pero nada para Kate, ni siquiera un mensaje para calmar sus preocupaciones. Se habría puesto celosa de no ser por su propio cariño por la vivaracha criatura morena. Kate admiraba a Louisa, pero Kate y Pauline eran iguales. Compartían el mismo sentido del humor pícaro y la misma afición por los idiomas, sobre todo por la jerga callejera.

Ella no comprendía qué acto o qué palabra había provocado el peculiar estado de ánimo que se había apoderado de él. ¿Le había ofendido de alguna manera? Sería una velada muy incómoda, a menos que recuperara su soleado comportamiento habitual.

Su doncella colocó el vestido de seda blanca y arrugada sobre la cabeza de Kate y luego ajustó el corpiño de terciopelo azul. La seda fruncida realzaba su figura, mientras que el ribete azul llamaba la atención sobre sus ojos. Llevaba zapatillas azules a juego y, más tarde, se pondría guantes. Permaneció sentada mientras Bettina le recogía el pelo en un ingenioso moño. Los

recogidos cortos estaban más de moda, pero Kate prefería el pelo largo. Bettina colocó flores de terciopelo azul en el moño. Las flores hacían juego con las que adornaban el doble volante que bordeaba el vestido por los tobillos de Kate.

La cena fue muy refinada, mucho más que la comida ligera que Anna había propuesto alegremente. Un sabroso bisque de langosta fue seguido de solla, delicadamente bañada en salsa de crema de limón. El plato de pescado precedió a unos pichones asados con glaseado de grosella negra, y el salado se acompañó de un surtido de tartas y syllabubs. En el bufé había numerosos manjares, entre ellos un jamón y un rosbif.

A pesar de lo deliciosa que estaba la cena, a Kate le parecían más interesantes las corrientes emocionales presentes en la mesa que la comida. Aunque su corazón podía estar comprometido con otra, los modales de sir Willoughby no dejaban nada que desear. Por primera vez, el malvado Willy la impresionó favorablemente. El hecho de que ahora conociera su sobrenombre infundió a su conversación más chispa de la que el caballero esperaba o deseaba. Pero él disimuló cualquier incomodidad admirablemente, e incluso coqueteó un poco. Ella se distrajo alegremente de su preocupación por Quinn.

Como no tenía ningún interés en el baronet, no entendía por qué Louisa los miraba con desprecio desde el fondo de la mesa. Durante una pausa en su conversación con Hawkes, Kate miró a su anfitriona desde el fondo de la mesa. Lady Anna charlaba con Quinn sobre los últimos cotilleos. Junto a su tío, Pauline se deleitaba visiblemente con su primera fiesta de adultos. Vestida de muselina rosa con adornos de encaje crema, disfrutaba sin reparos de la ocasión. su primera visita al teatro.

Ocultó los ojos tras el abanico extendido y los dirigió a su tío, que estaba sentado enfrente. Él sonrió, reconociendo el mensaje silencioso: Te quiero. Su sonrisa se amplió cuando ella cerró el abanico y se lo acercó a la oreja izquierda: no traiciones nuestro secreto. Observándolos, los labios de Kate se crisparon. Los ojos de Pauline pasaron rápidamente de una a otra y se llevó el abanico a los labios. Silencio, nos han oído. Tanto Quinn como Kate estallaron en carcajadas cuando el carruaje se detuvo frente al teatro Drury Lane.

El gran Kean, todavía popular, había atraído a una gran multitud. El foso estaba atestado de dandis y tipos de todo tipo, muchos de los cuales dirigían sus gafas de ópera hacia las damas de los palcos, en lugar de hacia el escenario.

La familia Tyndale disponía de un gran palco y Pauline, como se trataba de su regalo especial, se sentó delante. Bryan San Wills, su acompañante, tenía una silla a su lado. Anna colocó a Kate y Louisa también delante, para no perder de vista a su hija mayor. Anna mantuvo a Sir Willoughby cerca de ella y lo entretuvo con las últimas novedades sobre dits que había conocido gracias a Quinn durante la cena.

La obra comenzó, fascinando a Kate. Aunque había recibido una buena educación, nunca había tenido la oportunidad de asistir al teatro en Londres. Mientras observaba a las brujas en el brezal, Katherine se preguntó si podría hechizar a Quinn. Suspiró al recordar que las predicciones de la gitana, que habían parecido tan iluminadas, sólo eran falsas y farsantes. No, si ella quería algo, más le valía estirar la mano y tomarlo.

Examinó a Quinn al amparo de la oscuridad del teatro. Estaba sentado al otro lado del palco, vestido con su habitual traje de noche inmaculado. Llevaba el pelo corto. Había oído que los estilos romanos para hombres volvían a estar de moda; ¿era su corte un César o un Trajano? No lo sabía, pero el estilo resaltaba sus ojos expresivos y su boca generosa. Se relamió los labios mientras se preguntaba si sus besos eran tan ardientemente dulces como imaginaba. Su mirada se dirigió a sus manos largas y elegantes. Su respiración se aceleró al recordar cómo acariciaban sus

dedos la palma de su mano. No podía creer que, cuando se conocieron, él le hubiera parecido un perro setter.

Se mordió el labio inferior. Esta línea de pensamiento no tenía ningún sentido.

Durante el descanso, volvió a mirar a Quinn. Inclinado en su silla, se balanceaba precariamente sobre las dos patas traseras. «Hola», dijo despreocupadamente. «Digo, Willy, ¿quién es ese dandi en el foso que se está comiendo a Louisa?».

Dos cabezas se giraron mientras Anna y Sir Willoughby se sentaban más erguidos. Hawkes se movió para mirar por encima de la barandilla del palco.

«Ese no es un dandi, es el primo Ambrose Blakeney». Louisa resopló.

«¿El primo Ambrose? No lo he visto en toda mi vida", dijo Pauline.

«Sí, lo has visto,» contradijo su hermana. «Estuvo en la fiesta de Lady Ursula, ¿no lo recuerdas?».

«No. En cualquier caso, ¿por qué te estaría mirando?»

Louisa se sonrojó, pues Ambrose era uno de los admiradores del Hada. Kate ahogó una carcajada cuando Sir Willoughby bajó la mirada al foso.

«Probablemente no esté mirando a la señorita Penrose», dijo Bryan. «También es amigo mío».

Quinn enarcó las cejas. «Por favor, no digas que te está mirando».

«¿Qué es esa criatura que está cerca de él?», preguntó Hawkes.

«¿Cuál?» Kate quiso saber.

«Esa dura, la de negro».

Kate escrutó atentamente a la multitud, al igual que todos ellos. «Me temo que no sé a quién se refiere, sir Willoughby. ¿Desea una vista mejor? Estoy dispuesta a cambiar de sitio", añadió, lanzando una mirada socarrona a su “prima”. Se había dado cuenta de que Louisa tenía los ojos azules y esperaba mejorar su carácter. Era fácil vivir con una Louisa feliz; Louisa, malhumorada, ensombrecía toda la casa.

«Sí, gracias», dijo, mientras se deslizaba en el asiento de Kate. Para su sorpresa, Hawkes no aprovechó la mayor proximidad a la persona de Louisa para coquetear. Parecía concentrado en la escena de abajo.

«¿Quién es esa señora que nos mira, tío Quinn?». Louisa señaló con la cabeza hacia un palco, donde una pelirroja menuda vestida de verde manzana celebraba la corte, rodeada de un grupo de maromos y petimetres de distintas edades. Kate vio que la dama de pelo de fuego levantaba la cabeza y les dirigía una mirada larga y fría. Kate conocía a aquella arrogante pelirroja, encaramada a su silla como si estuviera sentada en un trono. Staveley.

Kate se sentó más recta en la silla y se ajustó los guantes, fingiendo despreocupación. Nunca imitaría a

Tanto Quinn como Hawkes miraron hacia allí. Quinn se apartó de la vista, con aspecto cómicamente avergonzado. «Eh... ¡vieja amiga! No esperaba verla por aquí». Miró a Hawkes e hizo una mueca.

«Será mejor que te acerques a hacer el bonito, Devere, o pagarás con el diablo», murmuró Hawkes.

«El diablo pagará... ¿Qué querrá decir, Sir Willoughby?» preguntó Louisa.

No contestó, pero Quinn se marchó bruscamente y emergió unos minutos después en el palco de enfrente. Mientras Kate continuaba hablando con Anna y Pen, no perdía de vista a Quinn, que hizo su reverencia sobre la mano de lady Bertha, bebió un sorbo de una copa de champán y luego regresó. A pesar de todas sus miradas, la dama apenas prestó atención a Quinn

una vez que estuvo dentro de su órbita. A Kate le pareció un poco extraña toda la escena.

Un criado se acercó con copas de champán en una bandeja. Pauline rechazó cortésmente el champán y pidió al criado: «¿Podría traerme un vaso de limonada? Muchas gracias». Sonrió al muchacho, coqueteando con sus ojos oscuros. Cuando el deslumbrante lacayo se dio la vuelta para salir del palco, tropezó con los pies y se golpeó la cabeza contra el poste de la puerta.

Los padres de Pauline se estremecieron. «Paul, eres una precaución, y no un error», dijo su padre. «Será mejor que te llevemos de vuelta a Kent antes de que te metas en serios problemas».

«¡Oh, papá, no! Todavía no he estado en Vauxhall Gardens».

Pen frunció el ceño. «¿Vauxhall? Todo el mundo sabe que las jóvenes pueden meterse en todo tipo de líos en Vauxhall durante la noche».

«Y el palacio de Hampton Court», dijo Pauline. «Es histórico, ¿no? No me perdería Hampton Court. Estoy segura de que el tío Devere puede conseguirnos entrada».

«Una semana, Pauline, sólo una semana,» dijo Pen. «¿No echas de menos a tus hermanos y hermana?»

Pauline parecía amotinada. Apeló a su tío. «Tío Quinn, ¿me llevarás a Hampton Court? ¿Y a Vauxhall?»

Quinn mantuvo la expresión inexpresiva, pero dijo: «Ah, er, no estoy seguro de que debamos discutir esto delante de nuestros invitados».

«Bueno, estoy seguro de que les encantaría venir. Nos divertiremos mucho. Hay un laberinto y todo». Pauline miró a Kate. «La prima Kay puede preguntarle a su nueva amiga, ¿cómo se llamaba? ¿Sylvia?»

«Sybilla Farland. Es una idea muy generosa, Pauline -prosiguió Kate con dulzura-, pero antes debes preguntar a tus padres si tu plan cuenta con su aprobación.»

Anna suspiró. «Muy bien, Pauline, pero debes comprender que tu presencia en la ciudad es sólo temporal. Sólo Hampton Court y Vauxhall Gardens, y luego volverás a Kent con tu padre. Sin protestas ni lloriqueos, ¿entiendes?»

* * *

La multitud que salía del teatro era aún más densa que a su llegada. A los miembros de la tonelada les importaba poco la cultura, pero sin duda cultivaban su reputación. Por ello, muchos espectadores entraron justo antes del primer descanso para ser vistos. Sin embargo, la mayoría deseaban marcharse al mismo tiempo.

Habiéndose puesto en guardia al ver a los fisgones en el foso, Hawkes recordaba a los matones que había observado en el anfiteatro de Astley vigilando a los Penrose, y miraba a su alrededor alerta mientras el grupo esperaba a que llegara el carruaje para recogerlos. Sabía que las marejadas que atascaban las aceras eran presa fácil para los carteristas, los canters y los vagabundos que poblaban Londres, y que los secuestradores de autobuses, por muy dignos que fueran los agentes de policía, no eran rivales para los engendros de San Gil que acosaban a los londinenses honrados.

Se dio cuenta de que St. Wills tenía bien controlada a la vivaracha señorita Pauline, mientras Pen y Anna rodeaban a El Hada; Louisa ignoraba deliberadamente a los gamos que se agolpaban para verla mientras permanecía de pie en el portal del teatro. Sir Willoughby no soltó el brazo de Kate mientras Quinn se dirigía a su carruaje.

Mientras mantenía una conversación intrascendente con Kate, Hawkes escudriñaba a la multitud que inundaba la acera como una bandada de pájaros multicolores. La mayoría eran gente sin importancia, parásitos y miembros menores de la sociedad. Conocía a muchos de ellos y presentó a Kate a los notables que se cruzaban en su camino. Reconoció a lord Fribble y a lady

Snuggle; ¡sí, la condesa Whozits era realmente encantadora! Llegó el carruaje y sir Willoughby subió a las damas Penrose con una oleada de alivio. Se había sentido inexplicablemente tenso desde que vio a aquel extraño personaje entre la multitud en el foso del teatro.

Se quedó con Devere en la acera mientras Pen subía al carruaje. «¿Caminas, Devere?» La invitación de Hawkes sonó más como una orden.

«¿No volverán a la Calle Bruton para cenar tarde?» preguntó Lady Anna, asomando la cabeza fuera de la calesa.

«Creemos que no, pero gracias», dijo sir Willoughby, pinchando a Quinn con su bastón de cabeza de halcón. Hawkes decidió enviar a lady Anna, que había sido siempre tan amable, algún tipo de obsequio como agradecimiento por una velada tan agradable. Sabía que se estaba despidiendo de una manera que rayaba en la descortesía, pero sentía la urgente necesidad de entablar una seria discusión con el Conde de Devere.

*

Cuando los caballeros partieron hacia el oeste, comenzó a caer una ligera llovizna. Quinn se enfundó más en su capa de noche y escrutó a su amigo.

Los ojos de peltre de Hawkes brillaron con frialdad mientras Sir Willoughby miraba a Quinn con el ceño fruncido. «Bueno, Devere, ¿vas a contarme de qué va todo esto?».

Quinn mantuvo su voz ligera y sin compromiso. «No sé a qué se refiere, amigo».

«Te mostraré exactamente lo que quiero decir». Hawkes agarró a Devere por el brazo y lo hizo girar. Quinn se habría ofendido, pero Hawkes señaló con su bastón al cliente más duro que Devere había visto hasta entonces. De complexión robusta, llevaba un maltrecho gabán y una tricornio le ocultaba la cara pero dejaba a la vista una oreja en coliflor. En conjunto, su aspecto era el de un refugiado del ring. Se quedó mirando la parte trasera de la calesa de Penrose.

«¿Un boxeador? Santo Dios!» Devere arrancó hacia el personaje, que inmediatamente echó a correr por un callejón. Devere silbó, y un tipo con un chaleco rojo oculto bajo su abrigo salió trotando de una calle lateral.

«¿Un corredor de la calle Bow?» Hawkes se quedó boquiabierto.

«¿Milord?» El hombre saludó tocándose el sombrero con dos dedos.

«¿Ha visto a una persona corpulenta, con gabán y tricornio?». Devere señaló.

«Sí, milord».

«Seguidle».

«Sí, milord». El hombre se giró y se dirigió en dirección a la calle Macklin.

«¡Espera! ¿Dónde está la ubicación actual de Badham y su engendro?» Preguntó Devere.

El hombre se detuvo. «Siguen en casa de Limmer, milord, hablando de una velada en los alrededores de Covent Garden».

Devere hizo una mueca de dolor y vio cómo Hawkes ponía los ojos en blanco. Los peores infiernos y prostíbulos se encontraban allí. Aunque los afectos de Quinn no hubieran sido concedidos en otra parte, nunca pondría en peligro su salud con una señorita de Covent Garden. Sabía que Hawkes era igual de exigente.

«Muy bien. Puede retirarse». Quinn hizo un gesto. «Informe completo mañana por la tarde».

A solas, los hombres se miraron.

Hawkes rompió el silencio. «Devere, ¿cuánto hace que me conoces?».

«Desde la Universidad Brasenose, Oxford», respondió Quinn con prontitud. «En mi primer año. Te pillé en la mantequería con aquella criada, ¿cómo se llamaba?».

«Alice, ¿o era Angelique? De cualquier manera, era un ángel para mí».

«Para ti y para cualquiera que tuviera un chico amarillo o dos». Quinn se rió y empezó a caminar por el sendero.

«¿Alguna vez te he dado motivos para desconfiar de mí?».

Devere arrugó el ceño. «Por supuesto que no. Es usted un caballero, Hawkes, a pesar de su mal genio».

«¿Soy un chismoso? Disculpe, pero podría recibir lecciones de usted, Devere». El bastón de Hawkes golpeaba el pavimento mientras caminaba.

«Tonterías. Aprendí mis juegos en tus rodillas, Will».

«Supongo que podríamos admitir que nos incitamos mutuamente. Pero de vuelta a mi punto. Devere, algo endemoniadamente extraño está pasando con tu familia, y quiero saber qué es».

«Con todo respeto, viejo, ¿cómo podría afectarte?»

Hawkes hizo una pausa.

Quinn se detuvo y miró a su amigo, que mostraba una expresión extremadamente seria.

«Me han dado esperanzas», dijo Hawkes.

«Ajá».

«Me ha complacido ser uno más de la fiesta esta noche. Sorprendido y complacido».

«Dada la forma en que te fuiste, puede que no se repita tal señal de honor». Quinn continuó calle abajo.

«Tenga la seguridad de que las sensibilidades de Lady Anna serán calmadas.»

«Hum... Mi hermana no es fácil de engañar, Hawkes.»

«Ni lo intentaré. La señorita claramente está despierta en todos los trajes. Devere, entre nosotros, tengo la intención de ofrecer a la señorita Penrose cuando sea el momento adecuado - cuando siento que está lista «.

Quinn no dudó. «Hawkes, que quede entre nosotros, ¿estás realmente preparado para casarte? Mi sobrina se merece un marido leal, no al malvado Willy».

El hombre mayor se sonrojó. «Conozco muy bien las nociones románticas que llenan los corazones de las jovencitas. Debo admitir que, hasta que conocí a su sobrina, nunca había deseado encadenarme a nadie con tales ilusiones. Pero Louisa... Louisa lo ha cambiado todo».

«Hum.»

«Pero comprendes mi interés cuando observo a personajes extraños merodeando por tu familia».

«Hum.»

«He notado personas de un orden inferior merodeando no en una, sino en dos ocasiones.»

«¿Hum?»

«Dos personajes poco atractivos en Astley, y de nuevo esta noche.»

«¿Y esos granujas del circo?». Para Quinn era una noticia nueva.

Hawkes se encogió de hombros y golpeó con su bastón el bordillo de Great Queen Street. Cruzaron, caminando a paso ligero. «Dos granujas de aspecto escorbuto, hablando cantinelas de ladrones sobre un “tibio moreno” que acompaña a cierto señor».

«Maldición».

«Me alegro de que hayas contratado a los corredores de la Calle Bow. ¿Pero qué tiene que ver todo esto con el nuevo Conde de Badham?»

«Hum... Bueno, parece que está usted a más de medio camino de descubrir este asunto por sí mismo. Estoy muy consciente de que unas pocas guineas en el lugar correcto le revelarían todo en cualquier caso. Usted se ha familiarizado con mi pupila, Lady Katherine Scoville.»

«No, no creo haber tenido el placer.»

«Sí, lo ha tenido. Ella fue su compañera de cena esta noche, usando el nombre de Kay Tyndale.»

«Dios mío. Supongo que tendrá alguna razón para tan escandalosa impostura».

Hawkes y Quinn cruzaron Russell Street.

«Fue mi idea», dijo Quinn, algo contrariado.

«Es la nieta del viejo Badham, ¿verdad? ¿Y va por ahí en sociedad utilizando un nombre falso? Escandaloso, Devere».

«Escandalosa es mejor que muerta, Hawkes, y te agradeceré que mantengas mi confianza».

«Oh, no hay problema con eso, milord». Hawkes agitó su bastón en el aire. «¿Cómo que mejor que muerta?».

Quinn le contó toda la historia, terminando con el disparo que se había efectuado contra el landó en el Parque del Regente.

«Dios santo», volvió a decir Hawkes. «Bueno, amigo, cuente conmigo para ayudar a mantener a salvo a la joven. Aunque nunca estará a salvo hasta que se case, ¿verdad? Hasta que cumpla veintiún años y pueda hacer un testamento válido, su heredero será el Conde de Badham. A menos que se case, en cuyo caso, su marido se convierte en su heredero, quien también controlará sus fondos y propiedades.»

«Sí, pero hasta entonces, yo me encargo de sus asuntos. O, mejor dicho, lo está haciendo mi secretaria».

«Tienes una gran tarea. ¿No has pensado en casarte con ella tú mismo, Devere? Es una chica guapa, con buenos modales y, además, adinerada».

A Quinn le rechinaron los dientes. «Casarme con mi propia pupila no me honraría, Hawkes».

«No se suba a su caballo, milord Quinn». Hawkes rió entre dientes. «Es sólo una sugerencia, ya que así sopla el viento».

«El papel de padre-protector me resulta incierto, Hawkes». Quinn hizo una mueca.

El hombre mayor se rió. «Me alegro de no estar en tu Hobys, Devere. Haciendo de papá de una niña vivaracha a punto de estrenarse».

«Hum.»

«Estarás luchando contra los pretendientes, a menos que esta impostura ofenda a la tonelada».

«Hum.»

«A la gente no le gusta hacerse la tonta», dijo Sir Willoughby. «¿Ha salido mucho?»

«No, sólo algunas fiestas familiares y veladas selectas. Nada de lo que hablar. Lo malo, Willy, es que es la única mujer con la que he pensado casarme».

«No le veo ningún problema, Devere».

«Impropio. La gente pensará que me he aprovechado de ella».

Hawkes se rió. «Sólo si nunca la han conocido. Tiene mente propia, de verdad».

«Mucho». Habían llegado a las inmediaciones de Covent Garden, y Quinn ladeó la cabeza hacia Sir Willoughby. «Hola, señor», dijo alegremente, «creo que voy a una o dos casas a buscar a lord Herbert. ¿Quiere acompañarme?»

Sir Willoughby sonrió. «¡No me lo perdería ni por un saco lleno de monedas de Oro, viejo!"

*

En el Satin Covey vivía un gran número de princesas callejeras que, aunque ya pasadas de moda, seguían siendo lo bastante atractivas como para exigir precios razonables a los escuderos

del campo y a los novatos lo bastante insensatos como para entrar en el local. Después de pasar por varios garitos y burdeles, Quinn y Hawkes llegaron pasada la medianoche.

Una orgía estaba en pleno apogeo en el lujoso salón formal de la mansión. Una mujer con los ojos vendados, desnuda hasta quedar en camiseta y medias, estaba tendida sobre un estrado en el centro de la sala. Dos corintios, a medio desnudar, habían pagado por el privilegio de divertirse con ella, empalándola por delante y por detrás mientras se corcoveaba. Las parejas descansaban en sofás y sillas dispuestos en círculo alrededor del espectáculo. Varios viejos dandis tenían los pantalones abiertos mientras se acariciaban el pene, y uno era atendido por la boca de una puta mayor que se arrodillaba ante él mientras observaba al trío en el estrado.

«No puedo ver a ninguno de ellos», dijo Quinn. «¿Y tú?»

«Como ya he dicho, no estoy muy seguro del aspecto del nuevo conde. Sólo lo vi de lejos en su investidura. A ti». Hawkes señaló a una mujer con un vestido rojo adornado con encaje negro barato. Le dio una moneda, que ella mordió. «Hay más si me traes al Conde de Badham».

Se burló. «Le costará más, señor, por esa clase de deporte. Los Condes no son baratos».

Quinn soltó una carcajada.

Hawkes parecía gravemente ofendido. «¡No quiero encariñarme con el hombre, simplemente encontrarlo! Tenemos negocios con él».

Ella los miró fijamente, con sus pintarrajeados ojos endurecidos. «Todos hacemos negocios aquí, señor».

No obstante, ella le obedeció. Al cabo de unos minutos, la abadesa llevó a Herbert y a Osborn al vestíbulo, donde les esperaban Devere y Hawkes.

Herbert se quejó ebrio de que lo molestaran en sus placeres, pero se detuvo en seco y guardó silencio al encontrarse con los altos y ceñudos desconocidos en el vestíbulo del Satin Covey. Osborn aún se estaba metiendo su camisa en los pantalones cuando entró. Al mirarlo, Quinn se sintió físicamente indispuesto. Pensar en su Kate haciendo el amor con -no, violada por- aquel mugriento maricón lleno de granos le revolvía el estómago. No era de extrañar que hubiera salido por la ventana del ático.

Disimulando su desagrado, Quinn avanzó. «Buenas noches, Lord Badham.»

«¡No creo que nos conozcamos, señor!» Herbert fanfarroneó.

«Hemos mantenido correspondencia, creo. Soy Devere». Después de adoptar su actitud más altiva, Quinn miró a Herbert por debajo de su larga nariz. Se ajustó los puños de su abrigo negro, que le quedaba como si se lo hubieran pintado. Un fino encaje cubría parcialmente sus elegantes manos enguantadas y un rubí centelleaba en su corbata. «Tenemos un interés mutuo. Mi tutelada, Katherine Scoville. ¿Tiene noticias de ella?»

Herbert bajó la mirada. «Lady Katherine está bien y feliz en la Abadía de Badham. Mi hijo y yo tenemos asuntos que tratar en la ciudad en los que su presencia no sería apropiada.»

«¿Negocios?» Enarcando una ceja, Quinn miró alrededor de la entrada del burdel.

«Ayer mismo fui investido con mi título».

«Ocasión apropiada para la visita de una joven al capitolio, creo».

«¡Lo que le ocurra a Kate no te corresponde a ti decidirlo!»

Quinn dirigió su mirada más aguda a Herbert. «Le ruego me disculpe, señor. Creo que estábamos hablando de mi tutelada».

«Es una mujer muy testaruda. Ella... se negó a dejar Wiltshire, profesando su más completa felicidad allí.»

«¿De verdad?»

«De verdad».

Quinn se apresuró a inventar. «Mi correspondencia ha quedado sin respuesta, Badham. ¿Por qué?»

«Nada que contestarle, Devere».

Quinn se puso rígido ante el insulto apenas velado. «Cuando Carrothers fue a visitar a mi pupilo, a mi secretaria se le negó la entrada a la Abadía de Badham. Dos veces. Todas las puertas estaban cerradas».

«Mil perdones». Herbert se inclinó burlonamente. «Hemos estado plagados de, eh, caminantes. Si su secretario nos escribe antes de su visita, le daremos la bienvenida».

«Gracias. Quinn se puso los guantes. Un sirviente saltó para abrir la puerta. Quinn le lanzó una moneda.

Herbert emitió un suspiro que sonó sospechosamente aliviado.

Quinn sonrió. «Una cosita más, Badham».

Herbert, de regreso en su tienda, se detuvo de un tirón.

«Si alguna vez descubro que Lady Scoville ha sido lastimada, te haré personalmente responsable». Quinn miró a un punto a unos treinta centímetros por encima de la cabeza de Herbert, y luego desplazó su mirada más fría hacia Osborn. Luego miró directamente a los ojos del rechoncho compañero. «Personalmente responsable. ¿Lo entiendes?»

Herbert se quedó atónito.

Una chica entró en la habitación y le soltó una risita juguetona a Herbert. «¡Vamos, milord, hagamos un poco de deporte!» Se acercó trotando y metió la lengua en la boca abierta de Herbert.

La puerta se cerró con un chasquido tras Devere y Hawkes, que se internaron en la negra noche londinense.

Capítulo Nueve

Lleno de miríadas de sombras, el desván de la abadía estaba polvoriento, sin luz ni calefacción. La luna se alzaba, derramando su luz plateada y pálida en el ático a través de una estrecha ventana. Arrojaba una iluminación débil pero adecuada, que perfilaba el contenido: algunos de los detritus más interesantes de los Scoville fallecidos, esparcidos al azar. La habitación estaba atestada de todo tipo de muebles, desde cómodas antiguas hasta las esculturas desnudas de mármol que habían apasionado al cuarto Conde; los baúles eran numerosos, llenos de trajes y ropas de todos los estilos y tamaños.

Temblando de frío, Kate aseguró la cuerda que había encontrado a uno de los barrotes verticales de la ventana. Podía ver las planas pizarras grises del tejado del segundo piso, tres pisos por debajo de ella, brillando a la luz de la luna, resbaladizas por la escarcha.

Se arrastró por la ventana y empezó a sudar ligeramente a pesar del clima invernal. A pesar de tener las palmas de las manos húmedas, sus guantes de cuero no se soltaron de la cuerda.

Empujó las botas contra el muro de la abadía y soltó un pequeño tramo de cuerda. Las botas resbalaron. Se quedó colgando sin poder hacer nada, agitándose en el extremo de la cuerda, desesperada por encontrar apoyo en la pared con los dedos de los pies.

*

Kate se despertó con un grito ahogado en la garganta mientras recordaba que no debía hacer ruido para no despertar a sus enemigos. Su pulso acelerado se estabilizó mientras respiraba hondo y recordaba su posición. Sintió cómo la envolvía el colchón de plumas, agradecida por su calor, pero aun así giró las piernas hacia un lado de la cama. El camisón se le pegaba al cuerpo húmedo.

Con las manos temblorosas, encendió una vela; la luz de gas, aunque se había instalado unos años antes en el cercano Pall Mall, aún no se había introducido en esta antigua mansión. Se acercó a la ventana, apartó las cortinas y la abrió. Debían de ser las tres o las cuatro de la mañana, y el aire de la madrugada corría sobre ella, refrescándola agradablemente.

Sobre la calle se extendía una ligera niebla, iluminada por la luz de la luna. Se posaba suavemente sobre las casas y los árboles sin oscurecer la vista. Entrecerrando los ojos y mirando hacia la calle, pudo percibir la tenue silueta de dos caballeros que se tambaleaban ligeramente mientras avanzaban por la avenida.

Entrecerró los ojos y recordó las numerosas advertencias de Bettina al respecto. Kate se alisó deliberadamente la frente mientras se esforzaba por ver a los dos vagabundos, que cantaban una cancioncilla desafinada y subidita de tono mientras deambulaban. Le resultaban familiares.

Se dio cuenta de que había observado subrepticiamente a su tutor y a su amigo cuando volvían a casa después de una noche de juerga. Sonriendo, tomó su vela y se arrellanó en una silla junto a la ventana para contemplar el espectáculo.

Sus gestos eran exagerados por los efectos de la bebida. Dos cabezas bien peinadas se volvieron al unísono hacia ella; supuso que les había llamado la atención la luz que brillaba a través de la ventana abierta.

Hawkes la señaló con su siempre presente bastón mientras se dirigían hacia la puerta principal. «¡Buenos días, Kate, porque ése es tu nombre, según escuché!»

Los dos hombres estallaron en carcajadas como si la ocurrencia fuera original. Deseó que Quinn dejara de burlarse de ella con aquel absurdo y embarazoso juego. ¿De verdad era tan

arpía?

«Lady Katherine, disculpe la appa... appa... apabullante conducta de mi amigo». Hawkes hizo un gesto con el bastón, golpeándolo contra la verja de metal.

Kate miró fijamente a Quinn. «Se lo dijo usted, milord».

«N-no pude evitarlo, querida. Estaba a punto de adivinar que algo raro pasaba».

«No estaba a punto de adivinarlo», dijo Hawkes. Su profundo barítono contrastaba agradablemente con la ligera voz de tenor de Quinn. La entonación de Sir Willoughby era más pausada que de costumbre. Luchaba visiblemente por mantener la dignidad, aunque estaba tan ebrio como, bueno, como un lord... al menos tan ebrio como el lord que se tambaleaba por la calle a su lado. Contuvo la risita, sabiendo que Hawkes detestaba ser objeto de la risa femenina.

Ya había mucho humo, jovencita. Vas a tener que andarte con cuidado».

«¡Cuida tus modales, o, mejor dicho, tus Herberts!» Quinn intervino.

«¡Camina con cuidado!» Hawkes pensó que superaba a su amigo.

«¡Pisa una grieta y rómpete la espalda de tu madre!» Los caballeros se desplomaron contra la valla, rugiendo de risa. ¿Qué les hacía tanta gracia?, se preguntó.

Quinn se recuperó. «No-no te preocupes, dulce Kate. Bardeamos al viejo en su guarida. Lo dejamos perfectamente hecho polvo, aunque yo lo diga».

«Parece que es usted el que está hecho polvo, milord», dijo Kate.

Hawkes soltó una risita y golpeó a Devere con el bastón. «¡Te ha pillado, viejo amigo!».

Quinn apartó el bastón de un empujón. «No bromeo. Hemos engañado bien a Herbert. Nada de qué preocuparse, Katie. Me dijo que todavía estás en Wiltshire».

«Debe saber que me fui. Han pasado meses».

Los caballeros se rieron como si ella hubiera sido muy inteligente. «Te dije que era muy lista», le dijo Hawkes a Quinn. «¡Viva con todos los trajes, lo es!»

«Verás, no quería admitir que te había perdido la pista», explicó Quinn inconexamente. «Y seguro que no le dije que te tenía, así que tuvo que fingir que sabía de qué iba. Fue bastante gracioso, ¿verdad, Hawkes?».

«A él no le pareció gracioso. Pensé que se le saldrían los ojos de las órbitas cuando le amenazaste con matarle si le pasaba algo a Lady Kate».

Ella enarcó las cejas.

«No dije exactamente que lo mataría». Tambaleándose, Quinn se agarró a la barandilla de la valla para apoyarse.

«Lo dejaste bastante claro cuando dijiste que le harías responsable del bienestar de Kate».

«Sí, bueno, bastante». Quinn agitó la mano en el aire. «Entonces, Katie, ya no hay nada de qué preocupar tu cabecita. Hawkes, ¡me voy a la cama! Buenas noches, dulce Kate. Se volvió hacia la Plaza Berkeley.

Hawkes saludó a Kate con su bastón. Agitándolo en el aire, esquivó a Quinn por poco y se golpeó en la cabeza. Se recuperó rápidamente. Kate ahogó una risita con la mano mientras Hawkes se frotaba la sien. «Lady Kate, juramos protegerla. Mañana la llamaré».

Kate vio cómo Hawkes, balanceándose suavemente, seguía a Quinn por el sendero. Parpadeando, repasó la conversación con sus salvadores de copas. Así que Sir Willoughby lo sabía, ¿verdad? Y habían localizado al tío Herbert y le habían advertido sobre ella.

Bueno, nada de eso era malo. Lo único malo de todo aquello era que Quinn seguía firmemente atrincherado en su papel de protector, no de amante, a pesar de su charla sobre la «dulce Kate».

Volvió a la cama. Mientras apagaba la vela, recapacitó en que no todo estaba perdido, no

podía estar perdido. Quinn y su amigo se habían tomado muchas molestias por ella. Eso significaba algo, ¿no?

*

El calor de la tarde calentaba la piel de Kate allí donde el gorro no le ofrecía sombra. El vestido de muselina, fino y escotado, apenas le protegía los hombros del brillante sol primaveral. Corrió por el laberinto de Hampton Court, riendo y sin aliento mientras eludía al resto de la fiesta. Quinn había prometido un premio especial para el joven que llegara primero al centro del laberinto. Lo que tú quieras, había dicho, guiñándole un ojo a Pauline cuando ésta quiso saber cuál sería la sorpresa. Kate estaba decidida a ser la ganadora.

Se preguntó si se atrevería a reclamar un beso de Quinn.

Extendiendo la mano izquierda, siguió tocando el lateral del seto. Había leído que si el buscador se mantenía a la izquierda, siempre a la izquierda, llegaría inevitablemente al centro del laberinto.

*

Acompañada por su primo segundo, Ambrose Blakeney, Pauline recorrió tranquilamente el laberinto. Sorprendida por la lentitud de Pauline, Louisa miró a su hermana.

«Paul, ¿te encuentras bien?», preguntó. Después de la generosa oferta del tío Quinn, Louisa esperaba que Pauline corriera a través de los altos setos. El comportamiento inusualmente tranquilo de Pauline preocupó a su hermana mayor.

«Puede que haya comido demasiado o demasiado deprisa», dijo Pauline. «Pero, ¡oh! ¡Qué picnic tan encantador!»

«Lord Devere hizo todo lo posible». Bryan San Wills los siguió con Sybilla Farland. La mano de ella estaba metida en el brazo de él mientras paseaban, disfrutando de la encantadora tarde y de la compañía.

«¡Ejem!» Sir Willoughby Hawkes carraspeó.

«Sí, claro». Louisa se volvió para mirar a su admirador. Con el paso de los días, se había sentido más cómoda con el antes sombrío baronet. Visitaba la calle Bruton a diario, pasaba las páginas de su música mientras ella tocaba, conducía con ella por el parque. Sus padres estaban contentos de que la relación siguiera su curso natural. «Se tomó muchas molestias para que fuéramos admitidos en algunos de los recintos más privados de Hampton Court. Señor, sinceramente se lo agradecemos».

Hawkes se inclinó mientras el resto del grupo se hacía eco cortésmente de sus sentimientos. Pero su mente debía estar en otra parte. «¿Quizás, señorita Pauline, se sentiría mejor sentada en el landó durante un rato?»

«Oh no, estaré bien», dijo Pauline. «Es sólo que no estoy de humor para andar con prisas».

«La prima Kate parece muy ansiosa de llegar primero al centro del laberinto, en cualquier caso. Me pregunto qué exigirá al tío Quinn como recompensa». Louisa se encontró con la mirada de Sir Willoughby y le guiñó un ojo.

Los labios de Hawkes temblaron. Louisa, de mirada aguda, sin duda había visto lo que él también había notado: Quinn y Kate estaban interesados, muy interesados, el uno en el otro. Lou, sin embargo, aún no conocía el secreto de Katherine Scoville. Hawkes se preguntó cómo reaccionaría Louisa ante el engaño.

Llegaron a una bifurcación del camino y discreparon sobre el rumbo adecuado. Louisa y Sybilla estaban convencidas de que el camino correcto era a la izquierda, mientras que Ambrose y Pauline creían que la ruta hacia el centro era todo recto. Hawkes, veterano de varios interludios románticos en el lugar, se inclinaba por la derecha, pero no porque deseara llegar hasta el centro

del laberinto. Tampoco deseaba ir acompañado de Bryan y Sybilla. Devere no aparecía por ninguna parte.

*

Quinn, armado de antemano con un plano del laberinto, esperaba ahora en el centro a su presa. Habiendo visto el brillo decidido en los ojos de su Kate, sabía que ella encontraría primero el camino al corazón del laberinto.

Se quedó sentado en un banco de piedra preguntándose qué le pediría. Se consideró afortunado de que la moda se decantara por unos pantalones holgados en lugar de unos pantalones de punto ceñidos. La clara evidencia de sus emociones en el picnic había sido disimulada por su ropa.

Kate se había mostrado sutil pero escandalosamente coqueta durante todo el día. Su muselina de ramitas rosas parecía llevada sobre unas enaguas húmedas y pegajosas. Le miraba constantemente a los ojos y dejaba que sus pestañas oscuras recorrieran sus mejillas sonrojadas. Incluso le había rozado una o dos veces mientras recorrían el palacio de Hampton Court.

¿Cómo demonios había aprendido a ser tan astuta? ¿Y de dónde?

Frunció el ceño. Tendría mucho que contarle a la tal Elizabeth Telmont, de la escuela de la señorita Elizabeth en Bath, si alguna vez se encontraban.

Pero debía reconocerle a Katherine tanto discreción como coquetería. Con frecuencia había tomado del brazo a su amiga Sybilla Farland para reírse con ella de alguna broma. Kate se había sentado junto a Bryan San Wills en el picnic, optando por utilizar sus ojos y su sonrisa en lugar de la proximidad para tentar a su tutor. Quinn dudaba que alguien más supiera que la brujita estaba torturando sus sentimientos, excepto quizá Willoughby Hawkes. El perspicaz granuja no se perdería el juego, puesto que ya conocía la identidad de Kate y el deseo de Quinn por la muchacha. Y si Hawkes lo sabía, era muy probable que Louisa también lo supiera. Quinn no comprendía por qué Anna toleraba la cada vez mayor intimidad entre Hawkes y Louisa pero, como no era asunto suyo, se mantenía al margen del asunto.

Asunto. Esa era la palabra, ¿no? Quería tener una aventura con su tutelada... o más.

Se le cortó la respiración cuando Kate aparecía en la brecha del seto y luego entraba al centro del laberinto.

Estaban solos. Una mariposa revoloteaba alrededor de las flores de seda del sombrero de Kate. Se desató la cinta bajo la barbilla y se sentó a su lado en el estrecho banco.

*

Bryan y Sybilla se habían separado del resto del grupo en el siguiente cruce del laberinto, pero se encontraron en un callejón sin salida. «Oh, vaya», comentó Sybilla plácidamente. «Me temo que estamos perdidos». Se volvió hacia Bryan y sonrió.

*

Louisa tragó saliva cuando Sir Willoughby Hawkes la tomó de la mano y la condujo a un rincón aislado del laberinto. Aunque muy atraída por el rastrillo, ahora sentía que tal vez se había excedido.

*

Pauline y Ambrose disputaron alegremente la ruta hacia el centro del laberinto hasta que dieron una vuelta completa a su borde y se encontraron en la entrada.

«Ya está», dijo Pauline. «Me duelen los pies con estas miserables zapatillas y estoy sedienta. Volvamos al landó y veamos si hay té o limonada».

*

Kate sonrió a Quinn. «Creo que he ganado su premio, milord».

«Entonces, ¿qué exiges de mí, dulce Kate?».

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y lo observó, todavía coqueteando con su sonrisa y sus ojos. Se sentía nerviosa, pero a la vez expectante. No sabía si debía animarla.

«Aún no estoy segura». Ella se tocó el labio superior con la punta de la lengua. «¿Qué tiene para darme, milord?».

La voz le carraspeó en la garganta. «Quinn. Por favor, llámame Quinn».

«Milord Quinn», dijo ella, con apenas un rastro de burlón buen humor en el tono.

«Kate», dijo él, sujetándole suavemente la barbilla con sus largos y fuertes dedos. Ella se estremeció ligeramente, pero no se apartó mientras él le acariciaba la mejilla. Su respuesta le recorrió el cuerpo mientras él la estrechaba entre sus brazos.

Sí, el primer beso era tan dulce como sabía que sería. Por unos instantes, olvidó por qué había negado su deseo, y el de ella, durante tanto tiempo.

Al rozar sus labios con los de ella, sintió como si una chispa brillara entre ellos, encendiendo sus emociones. Sus bocas se acariciaron y bailaron. Cuando su lengua quiso entrar, ella no se lo negó. Él gimió y la abrazó con más fuerza, tirando de ella hacia su regazo. Ella levantó la mano y le tocó los hombros, al principio tímidamente, luego con más confianza a medida que se besaban. Le rodeó el cuello con los brazos mientras él la aferraba. Sentía sus pechos, apenas limitados por la frágil muselina, presionándole el pecho. Su corazón latía tan rápido como el de un conejo, y saber que estaba excitada lo excitó aún más.

Cuando finalmente se separaron, él la miró con asombro. «Mi querida Kate. ¿Dónde has aprendido a besar así?»

Ella se rió mientras se retorcía en su regazo. Él gimió cuando ella, sin darse cuenta, frotó su trasero contra su erección. Dios mío, cómo la deseaba.

«¿Estás bien, Quinn?»

«Estoy bien, cariño, pero vamos a ponerte de nuevo en el banco por ahora». Ella cambió de peso y dejó que él entrelazara sus dedos con los de ella. Se llevó la mano a los labios y besó cada yema y luego el dorso de la mano, apreciando la delicada interacción de huesos y músculos. «No era una pregunta retórica. Estoy seguro de que ni Aristófanes ni Homero hablan de los besos con tanto detalle».

«No soy del todo culta, señor. He tenido algún pequeño contacto con chicos».

«¿Algún pequeño contacto con chicos?», repitió. «¿Necesito escandalizarme, mi tutelada?»

Ella volvió a reír. «Confío en que no, mi tutor. Los hermanos de mis compañeras de colegio visitaban de vez en cuando a la señorita Elizabeth, y yo les robé un beso o dos.»

«¿Y cómo me comparo?»

«Hum... muy bien, debo decir. Usted exhibe talento natural, así como una experiencia considerable, mi señor.»

«¡Uf!» Dándose una palmada en el pecho, Quinn sufrió un golpe en el corazón. «Supongo que me lo merecía».

«Completamente. Por un momento sentí que cuestionabas mi virtud».

«En absoluto. Pero exhibes un talento natural, así como... algo de experiencia, pupila mía». La miró y sonrió.

Ella sin inmutarse lo miró y volvió a acercar su boca a la de él. «Sólo algo de experiencia, te lo aseguro». Se interrumpió cuando ambos oyeron gritos a lo lejos, seguidos de un crujido en los arbustos.

Bryan y Sybilla entraron en el claro, jadeando. «¡Nos están siguiendo!» Bryan gritó. «Es la cosa más extraña...»

Sonó un disparo. Quinn agarró a Kate para obligarla a tirarse al suelo bajo su cuerpo. Bryan protegió a Sybilla, cuya seda aguamarina nunca volvería a ser la misma tras una caída sobre la hierba húmeda.

Sir Willoughby Hawkes entró corriendo en el claro. Blandía su bastón-espada desenvainado en una mano. Su otro brazo rodeaba defensivamente a Louisa. Lou tenía el pelo desaliñado y la boca ligeramente hinchada. Quinn se distrajo pensando que cada pareja parecía haber pasado una deliciosa tarde de devaneos, salvo por los inesperados disparos.

«¡Qué demonios está pasando!», estalló Louisa. «¿Dónde están Pauline y Ambrose?».

«¡No lo sé!» Quinn estaba profundamente consternado. «Vayamos al landó. Con suerte los encontraremos al salir».

«Deberíamos separarnos para revisar cada rincón». Sin embargo, Bryan no aflojó su agarre sobre Sybilla.

«¡No! Somos más fuertes como grupo.» Hawkes soltó a Louisa y merodeó por los márgenes del claro, bastón-espada en ristre.

«Mejor escúchalo», dijo Quinn. «Luchó en Waterloo».

El resto del grupo miró con admiración a Sir Willoughby.

«¿Luchaste contra Napoleón?» Louisa se oía sin aliento.

Hawkes frunció los labios. «Sí, pero no es el momento de hablar de mi pasado. Vámonos».

Arrastrándola de la mano, salió del claro. Los otros le siguieron a paso rápido. Salieron corriendo del laberinto sin encontrar a nadie. El responsable del disparo se había esfumado.

Al salir del laberinto, Quinn se sorprendió al ver a Ambrose y Pauline sentados sobre una manta tomando el té como si nada. El landó de Quinn estaba cerca. Un sirviente dormitaba sobre la hierba mientras el mozo paseaba a los caballos.

«Oh, ahí estás», dijo Pauline. «¿Alguien quiere tarta de manzana?»

El grupo se abalanzó sobre ella en masa. «¿Has visto a alguien salir del laberinto, Paul?», preguntó Quinn.

«No, tío Quinn, a nadie excepto a ese cully de ahí», dijo Pauline.

Ambrose señaló con su taza de té a una figura andrajosa con gabán que montaba a caballo a cierta distancia. El jinete se quitó la tricornio y la agitó hacia ellos con una floritura mientras cabalgaba por el camino hacia Richmond.

* * *

Cuando regresaron a la calle Bruton, Kate llevó a Quinn a la biblioteca y llamó a un sirviente. «Por favor, pida a sir Pen y a lady Anna que nos acompañen».

Quinn la observó mientras se paseaba de un lado a otro, de un lado a otro, preguntándose qué tendría en mente. Cuando entraron su anfitrión y su anfitriona, fue tajante. «Ha vuelto a ocurrir y debo marcharme».

«¿Qué?» Los Penrose la miraron desconcertados.

Kate de algún modo logró calmar su respiración. «Hubo otro atentado». Quinn empezó a recular y ella levantó la mano y la voz. «¡No! No discuta con la evidencia de mis propios ojos y oídos, Lord Devere. Sé lo que pasó».

«¡Kate, sé razonable!»

«Es más importante que mis amigos estén a salvo a que yo sea razonable.»

«¿Adónde vas a ir? ¿Adónde? ¡Katherine, soy tu tutor y harás lo que yo diga!»

«¡Cómo te atreves a poner a tu familia en peligro!»

Hizo caer su puño sobre la mesa, que saltó por la fuerza de su ira. «¡Nadie está en peligro y te exijo que me escuches!». Calmó su voz. «Katherine, he contratado a los Corredores de la Calle

Bow. ¡Herbert y su hijo se encuentran en Cornualles y lo que ha ocurrido esta tarde no tiene nada que ver contigo! Deja de creerte el centro del mundo».

Ella lo miró fijamente. Se le llenaron los ojos. «Eso es muy mezquino, Quinn».

«¿Podría alguien explicarme qué ha pasado hoy?» Preguntó Pen. «Kay, deduzco que ha ocurrido otro evento desafortunado».

Ella asintió, visiblemente abatida. Anna se sentó y sentó a Kate a su lado, rodeándola con el brazo por los hombros. Kate perdió la compostura por completo y empezó a sollozar en sus brazos.

Anna levantó la vista y miró a Quinn. «Lárgate».

«Pero... pero...»

«Quinn, vete. Ya has hecho suficiente».

Quinn se giró. «No he hecho nada malo», murmuró a Pen mientras salían de la habitación.

Su cuñado enarcó las cejas mientras conducía a Quinn al salón y cerraba las puertas. Pen sirvió un brandy y se lo dio a Quinn. «Cuando las damas abren los grifos, muchacho, es mejor dejarlas a su aire. ¿Qué medidas has tomado para salvaguardar a tu tutelada?»

«Advertí a Badham de ella, mientras le convencía de que no sabía dónde estaba».

«Un truco elegante. ¿Cómo sabe que fueron convencidos?» Pen se sirvió.

«Puse a los Corredores sobre ellos. Les han seguido hasta Cornualles, a las posesiones de Lady Kate allí. Al parecer, las minas de estaño de Gillender, en Cornualles, son las únicas propiedades en las que no han comprobado su presencia.»

«¿Cuándo se fueron?»

«El miércoles, tarde.»

«Hace cuatro días. No es probable que volvieran a Londres hasta dentro de dos o tres días", reflexionó Pen. «Tienes razón, este ataque debe venir de otra parte. ¿Pero de quién?»

*

Kate lloró durante un rato, sintiéndose desdichada y culpable. Cuando por fin salió del abrazo de Anna, miró la cara de la mujer mayor. Kate se sorprendió al ver una sonrisa tierna y maternal.

«¿No me culpas por haber puesto a todo el mundo en peligro?».

«Mi querida Kate, esto no es para nada culpa tuya. Quinn tiene razón en este caso", dijo Anna tranquilamente. «Él es tu tutor y debes hacer lo que él diga. Ve a tu habitación y lávate la cara, y tú y Quinn discutiréis lo que debe hacerse».

Pocos minutos después, se enfrentó a Quinn sin fingir ecuanimidad. Sus dedos rasgaban la tela de su falda mientras cruzaba la habitación. «Milord, parece que estamos en un callejón sin salida».

Quinn se apoyó en la repisa de la chimenea de la biblioteca y pateó con mal humor la moldura de mármol tallado que decoraba el hogar.

«No quisiera que te enfadaras tanto conmigo, Katherine», dijo largamente. «Por favor, acepta mis más sinceras disculpas».

«No, fui yo quien tuvo la culpa, mi señor. Sois mi tutor y es mi obligación hacer lo que consideréis oportuno».

Levantó la cabeza. «Tanta mansedumbre no te caracteriza, dulce Kate. ¿Qué me tienes reservado?»

Ella lo miró y frunció el ceño. «Eres muy desconfiado. Sólo intento enmendar mi falta de gratitud y cortesía apropiadas».

«Eres capaz de todo. Espero que tu sorpresa sea agradable, como tu beso, y no como las

ranas de mi cama».

«Lo menos que podrías hacer es aceptar mis disculpas».

Sonrió. «Digamos, entonces, que nos tratamos cruelmente, y resolvamos ser más amables en el futuro».

«Como quieras». Ella inclinó la cabeza. «Sin embargo, sigo preocupado por mi seguridad y la de tu familia».

Agitó la mano en el aire. Como era habitual, a ella le encantó el gesto inútil y tonto. «Se está haciendo todo lo que se puede hacer, Lady Kate».

«Y, sin embargo, estamos en peligro». Se paseó. «Tengo una solución».

Frunció el ceño. «Allá va».

Ella le fulminó con la mirada y se lanzó al ataque. «La otra tarde, me sugeriste que me casara. Milord, tiene usted razón. Casada, mis bienes y mi persona pertenecerían a mi marido, y él se convertiría en mi heredero. Dejaría de ser un objetivo para Herbert u Osborn».

«Creía que habías decidido no casarte todavía». Su voz era fría.

Se pasó la lengua por el labio superior. No tenía ni idea de que esto sería tan difícil. No es de extrañar que los hombres hablen primero con los padres de una mujer.

«Cásate conmigo, Quinn».

«¿Qué?»

«Es la respuesta perfecta», dijo apresurada. «Ya tienes el control sobre mi persona y mi fortuna, y has demostrado ser digno de confianza con ambas».

«¡Kate, tienes murciélagos en el campanario! No voy a dejar que te arrojes...»

«¡Esa es una bonita manera de pensar de ti misma!»

«¡Bueno, tú tienes una bonita manera de pensar en el matrimonio!»

«Estoy intentando adoptar un enfoque práctico.»

«Desde el punto de vista práctico, aún no has salido. Nunca funcionaría».

Ella tragó saliva. "¿Hay alguien más?", consiguió preguntar. Inocente y poco sofisticada, tal vez su beso había decepcionado al experimentado Quinn. Volvió a recordar los chismes que le había contado Sybilla Farland: Tu tutor tiene cierta reputación con las damas... tiene fama de ser todo un corintio... ¿Y no estaba interesado en esa pelirroja, Staveley?

"¡Por supuesto que no hay nadie más! ¿Qué clase de hombre crees que soy? ¿Te habría besado esta tarde si hubiera alguien más?".

"No lo sé, Quinn, ¿lo harías?"

"¡Kate, basta, basta!" Se arrastró el pelo con ambas manos.

Su voz se debilitó al darse cuenta de que él no diría que sí, nunca diría que sí. "¿No me quieres?"

"¿Quererte?" Él la miró con la incredulidad escrita en su delgado semblante. "¿No te quiero? Soltó una risa temblorosa. "¿Qué lugar ocupa el simple deseo en el arreglo práctico que propones? Dios mío, ¿no ves lo imposible que es?"

"No, no lo veo."

"Katherine, no permitiré que te cases conmigo o con cualquier otro sólo porque te sientas aterrorizada por Lord Badham. Esa es mi decisión final sobre el asunto", le informó. "Te ruego que no vuelvas a sacar el tema".

Ella se sentó, completamente abatida y derrotada. Enterró la cara entre las manos. "Sí, milord".

*

"Te alojarás en esta casa hasta que Pen y Pauline regresen a Kent", dijo secamente. "Irás

con ellas a Sevenoaks. Hasta entonces, no saldrás de esta casa para nada, en absoluto, ¿entiendes? A menos que yo esté contigo".

Salió de la habitación y de la casa sin decir una palabra a nadie, pasando junto a su hermana y su marido sin hacer ningún comentario.

*

Anna y Pen se miraron fijamente mientras Quinn se marchaba. Anna rompió por fin el silencio. "Nunca antes había observado que mi hermano se comportara tan mal".

"Es cierto". Pen asintió.

"Normalmente es el patrón de la corrección".

"Sí."

"Y simpático, además."

"Sí, Quinn es un excelente tipo."

"Mi hermano siempre ha sido de carácter dulce".

"Deben estar enamorados", dijo Pen. "Sólo los enamorados discuten así."

* * *

Kate se sentía prisionera en la casa de la calle Bruton después de tan sólo unos días. Como si fuera Napoleón en Elba, escuchaba, como de lejos, las noticias del mundo exterior. Al principio el aislamiento le molestaba, pues le irritaba la arrogante manera de Quinn de organizar su vida sin ni siquiera pedirle permiso. Pero más tarde descubrió que no le importaba el aislamiento, ya que le daba la oportunidad de pensar.

Pasó muchas horas en la biblioteca o en el jardín trasero, fingiendo leer mientras revivía los acontecimientos del día en Hampton Court.

Su beso le había sentado tan bien y tan bien. Una vez entregado, no había ni rastro de reticencia en las manos o la boca de Quinn; su habilidad había sido una revelación para la protegida Kate, que hasta entonces sólo había recibido tímidos picotazos de sus escasos admiradores masculinos. Era tierno y dulce, pero tan excitante como una tormenta de verano.

Se había entregado por completo, dejándose llevar por él a lugares de felicidad desconocidos hasta entonces. En ese momento supo que estaba hecha para ese hombre. Su boca se ajustaba exactamente a la de él, su cuerpo se había deslizado sobre su regazo sin dejar espacio entre ellos mientras buscaban acercarse. Una oleada de júbilo recorrió su ser cuando él introdujo su lengua entre sus labios, una y otra vez, en un seductor espejo de la danza de apareamiento. Su interior se había derretido mientras su hábil boca la seducía.

Pero entonces, ¿por qué se había apartado de ella? Su desaire había llegado tan justo después de aquel abrasador beso, que había abierto un camino directo a su corazón, a la vez que le abría todo un nuevo mundo de placer. Ahora ansiaba sus caricias tanto como su corazón necesitaba su amor. El recuerdo de su lengua introduciéndose en su boca era suficiente para despertar los sueños más románticos. Recordar su tierno abrazo la animaba y la desconcertaba a la vez. ¿Cómo podía tocarla así si no le importaba? Y si le importaba, ¿por qué se había enfadado tanto cuando ella le propuso matrimonio?

Se percató de que sus primeras impresiones sobre él habían sido falsas. Como una niña ve a un anciano, no había apreciado la profundidad de su carácter. Lo había visto simplemente como a otro personaje amable y de buen humor. Él se había ocupado de sus asuntos remitiéndolos a su secretaria y había continuado su vida elegante sin dar un paso en falso.

El día de Hampton Court lo había cambiado todo. Ahora ella veía su pasión, y no había nada del frívolo petimetre cuando le tomó la barbilla con la mano para reclamar lo que era innegablemente suyo.

Pero luego la había negado. ¿Por qué?

Tal vez por algún concepto erróneo del honor. Los hombres eran notoriamente delicados con ese tema, y tal vez eso le impidió tomar más de ella, incluso cuando ella se ofrecía libremente.

Ella aún se aferraba a la leve esperanza que él le daba. No había nadie más, y no estaba seguro de si la quería o no. Pero entonces, ¿por qué la había besado? Tal vez los besos fueran una acción barata para milord Devere.

Kate se frotó los labios con el dorso de la mano, como para borrar de su memoria el pesado y seductor peso de la boca de Quinn sobre la suya. No lo consiguió, no pudo conseguirlo. Él vivía en su corazón como si fuera un árbol que hubiera echado fuertes raíces en un jardín.

Capítulo Diez

Dos días después, toda la familia fue a los Jardines de Vauxhall, el último de los caprichos que le habían prometido a Pauline. Tras cruzar el Támesis en barco, se reunieron con Devere y Hawkes en Vauxhall justo al anochecer. Llegaron a tiempo para ver todas las delicias de los jardines al atardecer, y luego para experimentar Vauxhall de noche.

Deliciosamente feliz, Pauline se sentó en un palco con su familia bebiendo limonada, además de sorbos del famoso vino quemado de los Tyers y lonchas de jamón finamente cortado. Louisa y Kate estaban igualmente entretenidas, pero comían con menos desenfreno que Pauline. Las jóvenes estaban ocupadas examinando la moda de las multitudes que se agolpaban en los famosos jardines de recreo, y cotilleaban alegremente sobre los conjuntos que lucían las damas que se exhibían en el paseo. Quinn ejerció de anfitrión, asegurándose amablemente de que se satisfacían todas las necesidades y deseos de la fiesta. Saludó con la cabeza y sonrió a varios transeúntes, ya que su círculo de amistades en Londres era muy amplio y era muy querido.

Pen y Anna no perdían de vista a sus hijas, pero intercambiaban muchas miradas cómplices.

"¿Te trae recuerdos?" preguntó Kate.

Anna sonrió. "Sí que cortejamos aquí. Hay algo en la iluminación de Vauxhall".

Kate contempló la miríada de diminutos farolillos con que los árboles y arbustos de Vauxhall estaban profusamente decorados. "Es muy romántico.

Anna observó a Sir Willoughby. "Tendremos que vigilarlos de cerca".

Habían contemplado la cascada y aguardaban ansiosamente los fuegos artificiales cuando Pauline gimió, agarrándose el estómago. "No me encuentro muy bien", gimoteó.

Su madre la examinó. Pauline tenía los ojos vidriosos y se balanceaba ligeramente en la silla. "¿Cuántos vasos de ponche has tomado, querida?". preguntó Lady Anna.

"No estoy segura", gimoteó Pauline. "¡Tenía tanto calor, y ahora estoy cansada y mareada y enferma y quiero irme a casa!".

Louisa la miró, consternada. "¡Marcharse a casa, antes de los fuegos artificiales! ¿Quién ha oído hablar de algo así?".

Quinn cogió la mano de su sobrina. "Pauline, querida, ¿te gustaría subir a mi landó? Quizás un poco de aire fresco te haga sentir bien y tensa de nuevo".

Anna dijo: "Gracias, Quinn. Si no se encuentra mejor, quizá puedas llevarla a casa y volveremos después de los fuegos artificiales".

A Pauline se le llenaron los ojos de lágrimas. "¡Pero tengo tantas ganas de ver los fuegos artificiales!".

"Habrá otras ocasiones, te lo prometo", dijo su padre. "Ahora mismo, deberías irte a casa si no te encuentras bien". La miró preocupado y le acercó un pañuelo a la frente. Ella lo tomó y se secó las lágrimas mientras Quinn abría la puerta del palco.

"¿Quieres que te acompañe, Paul?". preguntó Kate. Deslizó la mano entre las de la joven.

"¿No quieres ver los fuegos artificiales?".

""Vendremos a Vauxhall otra vez. Yo también estoy cansada. Te prepararé un posset caliente cuando lleguemos a casa".

Kate luchó por aferrarse a la mano de Pauline mientras el trío se abría paso entre la multitud hacia la salida. Parecía que la mayoría de los visitantes de Vauxhall iban en dirección contraria, por lo que caminar hacia la salida le hacía pensar a Kate en un salmón nadando contra la

corriente. Kate, que caminaba a un lado de Pauline, sintió que el brazo de Paul se le escapaba de las manos al verse empujada por la multitud.

De repente, Kate estaba sola. ¿Dónde estaban Pauline y Quinn? Habían estado justo a su lado, pero ahora no veía a nadie ni nada que le resultara familiar.

Kate siguió caminando, mirando a un lado y a otro, buscando a sus amigas entre los arbustos. Un pasaje se parecía mucho a otro a medida que la noche se oscurecía.

* * *

Los fuegos artificiales fueron magníficos y, poco después, los Penrose regresaron a la Calle Bruton. Luego de cambiarse de ropa, Lady Anna fue a la habitación de Pauline para comprobar su bienestar.

Una vela seguía encendida en el acogedor dormitorio de Pauline, ornamentado con cortinas rosas y encaje blanco. Su criada había cambiado a Pauline en un camisón, y ella yacía en la cama, somnolienta.

Ana pasó una mano por la frente de su hija. "¿Cómo te sientes, cariño?".

Pauline se removió. "Mejor. ¿Dónde está Kay? Dijo que me haría un posset".

A Anna se le heló el corazón. "¿No volvió a casa contigo y con el tío?"

"No. Supusimos que había cambiado de idea y había vuelto".

Anna corrió a la habitación de Kate, encontrándola oscura y vacía. Su grito rasgó la noche antes de darse cuenta de que había abandonado su garganta. "¡Pen! ¡Pen! ¡Dios mío! Kate!"

Su marido entró corriendo y rodeó con sus brazos a su temblorosa esposa. "¡Nan! ¿Dónde está Kate?"

"¡No lo sé! Pensé que Quinn la había traído a casa, pero no está aquí".

Louisa, alterada por los gritos, entró corriendo en la habitación. "¿Qué pasó?"

"No sabemos dónde está Kay". Anna se soltó del abrazo de Pen y caminó espasmódicamente de un lado a otro. La fina seda de su bata se arrugó entre sus dedos.

"¿Debo enviar un mensaje a la residencia del tío Quinn, o incluso ir con un criado a ver si se encuentra en casa?" preguntó Louisa. "Está a sólo unos pasos."

"¡No!" Anna gritó. Se agarró al brazo de Louisa. "¡No os perdáis de mi vista!"

* * *

La conciencia de Kate luchaba a través de fajos y capas de pelusa que parecían haber crecido en su cerebro hasta nublarle enormemente el pensamiento. Oyó voces, como si vinieran de lejos. Cuando volvió en sí, las voces se agudizaron hasta que parecieron atravesarle la mente.

Eran voces masculinas. Otros sonidos la invadieron: las ruedas de un carruaje rechinando en un camino de grava, los gritos de un cochero, el golpeteo de los cascos.

El tambaleo del carruaje hizo que Kate se mareara, pero logró incorporarse, rígida por la indignación. La habían pillado totalmente desprevenida y se había llevado un buen golpe en la cabeza. Un trapo maloliente le había tapado la boca y la nariz. Éter, supuso. Gracias a Dios que Pauline está a salvo con Quinn, pensó. ¿Pero de qué demonios va todo esto?

El carruaje se detuvo. Su puerta se abrió, permitiendo que el resplandor de una linterna penetrara en su prisión. La luz le pinchó en los ojos. Se frotó el dorso de las manos mientras se adaptaban a la cambiante iluminación. Su detestable tío Herbert entró a empujones, acompañado de su primo Osborn.

La separación no había hecho que el corazón de Kate se encariñara más. Los miró con odio. "Les aseguro que se enfriarán si no me devuelven a Londres de inmediato".

Vestido con ropas oscuras apropiadas para un secuestro, el hombre rechoncho sonrió con satisfacción. "Ahora está hablando duro, Lady Katherine. Veremos cómo cambia su tono cuando

esté casada con mi hijo".

Ella permaneció imperturbable ante la amenaza. "No veo cómo eso puede suceder. No puedo casarme hasta que sea mayor de edad sin el consentimiento de mi tutor".

Herbert se recostó en los mullidos faldones del carruaje. Observó sin importancia que el cuero del asiento estaba agrietado y arañado. Tal vez era un vehículo alquilado. Creo que después de esta noche no dudarás en casarte con Osborn. Tu reputación quedará por los suelos. Nadie, a pesar del tamaño de tu fortuna, se casará con una malcriada".

Ella estalló en una furiosa tormenta de puños y patadas. Salió disparada del carruaje antes de que Herbert u Osborn pudieran detenerla. Todavía de noche, caía una suave lluvia primaveral. Tropezó y cayó ignominiosamente en un charco poco profundo. Agarró un puñado de barro y lo arrojó a las caras sorprendidas de su tío y su primo. Mientras ellos gritaban de dolor, porque les había dado en los ojos, ella se escabulló bajo las ruedas del carruaje. Esperaba desesperadamente que los caballos se quedaran quietos y que hubiera una vía de escape al otro lado del carruaje.

Salió de debajo del carruaje y echó a correr. Enlodada y sucia, chocó de lleno contra un hombre mayor vestido con ropas ásperas. Aunque era un tipo con cicatrices y aspecto de granuja, ella no estaba dispuesta a andarse con remilgos en aquel momento. Le agarró de la manga. "Llévame a Londres. Mi tutor te pagará bien".

El la miro desapasionadamente, agarrándola por la nuca del vestido. "Digo, milord, que creo que ha extraviado cierto equipaje". Antes de que ella pudiera huir, él la agarró del brazo para meterla de nuevo en el carruaje.

"Tendremos que atarla". Osborn utilizó un pañuelo mugriento para limpiarse el barro de la cara.

A Kate no le gustó el brillo de sus ojos. "¡Tócame y te mato, desgraciado putero!".

Se rió. "Disfrutaré domándote, querida Kate".

"No soy tu querida, y puedes llamarme Lady Scoville."

"Cuando estemos casados te enseñaré a mantener un lenguaje civilizado. Te pegaré con la fusta en la espalda si es necesario".

"¿Cómo te atreves? Antes morirás". No tenía ninguna duda de que su tutor la encontraría. Herinn era más que un partido para diez Herberts y veinte Osborns.

"¡Seré el dueño de mi esposa, lo seré!"

"¡No serás dueño de nada!"

Herbert intervino. "Átala y amordázala, hijo. Aún pasaremos por algunos pueblos y no podemos permitir que grite pidiendo ayuda".

Metiendo en la boca de Kate el mismo trapo embarrado que había utilizado para limpiarse la cara, Osborn utilizó su corbata para atárselo alrededor de la cabeza mientras Herbert y el matón a sueldo intentaban sujetarla. Kate descargó una sólida patada en la sustanciosa panera de su tío. Él retrocedió con un "uf", pero sus patadas y arañazos no sirvieron de nada. En unos instantes, Kate, atada como un pájaro destinado al horno, yacía indefensa en el coche de alquiler.

* * *

Quinn llegó a casa de Anna mucho después de medianoche, torturado por una mezcla diabólica de culpa y miedo. ¿Dónde estaba su Kate? ¿Cómo había podido dejarla escapar de su red protectora?

La casa de los Penrose, muy iluminada, brillaba como un faro que lo atraía hacia la Calle Bruton a esas horas de la noche. Llamó a la puerta, a la que no respondió el mayordomo, sino Louisa, que se arrojó a sus brazos. La abrazó con fuerza y la besó en la coronilla.

"Ven. Ella tiró de él hacia la casa. "Estamos todos en el salón."

"Ah", dijo Pen, al ver entrar a Quinn. "Nos preguntábamos cuándo aparecerías. ¿Té?"

"Brandy". Se dirigió al aparador. No pudo evitar que un ligero temblor perturbara su mano mientras servía. "¿Alguien me acompaña?"

Miró alrededor de la habitación mientras se secaba la cara con un pañuelo. Pauline estaba acurrucada bajo un gran chal en una esquina del sofá. Anna estaba sentada cerca. Louisa y Hawkes ocupaban con decoro sillones cerca del piano. Quinn se acurrucó entre Anna y Pauline.

"Imagino que has estado aquí sentada, revolcándote en la culpa", le dijo a Pauline.

"Fui yo quien le soltó la mano", susurró ella.

Él suspiró. "Esto no es culpa tuya".

"¿Qué misterio?", preguntó Pauline. "Todo el mundo ha estado misterioso toda la noche. Es muy descortés".

Rodeó a su sobrina con el brazo. "Pauline, debo confesarte algo".

Pauline se quedó mirando.

"Pauline, Kay no es tu prima. Es mi tutelada, Lady Katherine Scoville. Vivió contigo como nuestra prima a instancias mías, con el pleno conocimiento de tus padres. Creo que esta noche fue secuestrada por orden de su tío, Lord Herbert Scoville, Conde de Badham".

"Santo cielo, Quinn." Los ojos de Anna se humedecieron de nuevo.

Los hombres permanecieron sentados, impasibles. Al parecer, esta posibilidad ya se les había ocurrido a Pen y Hawkes, decidió Quinn, pues ninguno de los dos parecía sorprendido ante su afirmación.

Louisa, sin embargo, parecía desconcertada. "Pero sigo sin entenderlo del todo. De acuerdo, supe que había algo sospechoso en cuanto la prima Kay apareció en Kent, pero ¿por qué el secuestro? ¿Por qué la farsa?"

"Bueno, por el dinero, claro". Quinn dio un sorbo a su brandy. "Su parte de la familia gastó todo el suyo y querían el de Lady Kate. Pretendían conseguirlo casándola con su espantoso primo. Su tío la encarceló, esperando que yo aceptara el matrimonio. Cuando escapó, la escondí con nosotros".

Louisa asintió con comprensión, pero Pauline fulminó a su hermana con la mirada. "¿Lo sabías? ¿Y no me lo dijiste?"

"No había nada que contar. Sólo sospechaba un rumor, eso es todo", dijo Louisa. "Ya sabes cómo es el tío Quinn con sus bromas, y cuántas veces pasa por aquí con chicas guapas del brazo".

Pauline se quedó pensativa, con su rostro de elfo sombrío. "Nunca", dijo finalmente. Miró alrededor de la habitación, observando las caras de los adultos, ninguno de los cuales la miró a los ojos. "¿Quieres decir que soy la única que no lo sabía?". Alzó la voz con indignación, se apartó de Quinn y se puso en pie.

Quinn habló nervioso. "Pauline, créeme, no es que no confiara en ti, pero quería mantenerlo lo más discreto posible...".

Pauline continuó como si nunca hubiera hablado. "¡Bueno, eso está endemoniadamente bien!" Rompió a llorar y salió corriendo de la habitación.

Se frotó la frente. Prefería pegarse un tiro antes que herir a Pauline. "Qué maldito desastre".

Anna se levantó. "Quinn, no sirve de nada llorar sobre la leche derramada. Lo hecho, hecho está. Está claro que viajarás mañana, así que vete a casa a dormir".

"¿Mañana? Por supuesto que no. Cabalgaré esta noche. Hawkes, ¿vienes conmigo?" Quinn ladeó la cabeza hacia su amigo.

"Ciertamente. Pero, ¿adónde habrán ido?"

"Hay tres destinos posibles. O la llevarán a Gretna, para realizar un matrimonio apresurado. O pueden llevarla a Wiltshire para encontrar a un clérigo sin escrúpulos, posiblemente el que debe su posición a Badham en la Abadía. La tercera posibilidad es que intenten llevar a Kate a Francia".

Hawkes se puso de pie. "Cabalgaré hacia el sur. Es probable que intenten sacarla del país, lejos de la ley inglesa, lo antes posible."

"Cabalgaré hacia el norte. Tendré que matar a Badham, por supuesto", dijo Quinn, en el mismo tono de voz que podría utilizar para hablar del tiempo. "También mataré al joven, si puedo encontrarlo. Pen, Hawkes, ¿me secundáis?"

"Por supuesto." Dijo Hawkes con prontitud.

Quinn apuró el resto de su brandy. "Pen, ¿podrías enviar un sirviente a la casa de Brian San Wills? Estoy seguro de que deseará cabalgar hasta la Abadía de Badham para encontrar a Katherine, si Badham intenta llevarla allí."

"Debería ir," dijo Pen.

"En absoluto. Por favor, quédese en Londres e informe a los corredores de la Calle Bow de estos acontecimientos. Badham y su engendro duermen en casa de Limmer. Existe la posibilidad de que permanezcan aquí para obtener una licencia especial para que el hijo pueda casarse con mi Kate. Es improbable, pero no podemos pasar por alto ninguna posibilidad".

*

La noche, fresca y clara, con la luna llena en lo alto del cielo, era perfecta para montar a caballo. Un tiempo perfecto para conducir, también, maldita sea, pensó Quinn. No podía apartar su mente de la visión de su Katherine, herida o violada por ese primo del capitán Maricón lleno de granos. La rabia se enroscó como una serpiente venenosa en el vientre de Quinn. Un sentimiento desacostumbrado, pero que endureció su determinación. Instó a su caballo a avanzar, dándole cuerda, y luego volvió a montar en Barnet.

Con suerte los alcanzaría en algún momento del día siguiente. Supuso que Herbert, con los bolsillos vacíos, no podía permitirse el mejor carruaje ni los mejores caballos. Badham, por lo tanto, no podía viajar más rápido de cinco o seis millas por hora. Quinn, con abundancia de dinero en efectivo, compraba el caballo más rápido en cada pueblo por el que pasaba, cambiando a menudo de montura.

El día siguiente amaneció caliente y bochornoso. Cabalgaba sin abrigo y con la corbata desabrochada; la moda estaba condenada en su búsqueda de Kate.

Más allá de los alrededores de Londres, el campo se despejaba y se aplanaba en suaves campos ondulados, cubiertos de hierba y flores silvestres. Olfateó el aire de la mañana y miró al cielo. Se aproximaba una tormenta. Esperaba que su caballo, un gris pechugón que había alquilado en Huntingdon, no le tirara cuando estallara la tormenta.

El primer relámpago resquebrajó el cielo con una impresionante horquilla blanca. La lluvia empezó a caer a cántaros. La asustadiza montura se encabritó ante los relámpagos y los truenos. Apretando los muslos contra los costados agitados del caballo, Quinn controló su temperamento y luego le golpeó el flanco con la fusta. El caballo se calmó y empezó a galope firme y rápido.

* * *

Kate se dio cuenta de que el clima cerrado y húmedo le daba una gran ventaja: tanto Herbert como Osborn preferían viajar fuera del carruaje, dejándola sola. Después de darle un cabezazo a Osborn aquella mañana, cuando él había intentado besarla, la habían dejado en paz. La visión de la sangre que le corría por la cara desde la nariz compensaba con creces la falta de desayuno.

Hambrienta, pero contenta con el trabajo matinal, se esforzó por aflojar la cuerda anudada

que confinaba sus manos. Atada con prisas, los nudos seguramente se soltarían. No se había atrevido a intentarlo anoche, cuando Herbert y Osborn también ocupaban la diligencia, pero los había ahuyentado y tenía el día para liberarse.

A última hora de la tarde, una muñeca se soltó de sus ataduras. Liberando la otra, ató la cuerda en dos lazos sueltos, deslizándolos de nuevo sobre sus manos. Hasta que no estuvo segura de que había escapado, no se atrevió a dejar que sus captores supieran que estaba libre. Se agachó para desatarse los tobillos cuando oyó el estampido de un trueno de verano. El relámpago iluminó el interior del carruaje a través de sus cristales manchados.

La lluvia retumbaba, fuerte y torrencial, en el techo mientras ella tiraba de la cuerda que le sujetaba los pies. El carruaje se tambaleó de forma alarmante y su velocidad empezó a aumentar. ¡Santo Dios! ¿Había perdido el cochero el control de los caballos? Ella había viajado lo suficiente como para distinguir entre un carruaje bien entrenado y una yunta que había perdido el control y se dirigía a toda velocidad hacia cualquiera que fuera el destino que les aguardara.

Se aferró a una correa del interior del carruaje, rezando. Durante un momento de vértigo y náuseas, el carruaje tembló, como si se balanceara al borde de un abismo, luego se inclinó y cayó, inundándose de barro y agua de lluvia.

Gritó de miedo, recordando la muerte de sus padres. ¿Así acaba todo? Frenética, rasgó la cuerda que le ataba los tobillos, desesperada por escapar.

Los gritos del rudo que la había capturado se oían desde el exterior del vehículo, junto con los gritos y quejidos de Herbert y Osborn. Cada uno parecía enfrascado en culpar al otro del accidente.

Tenía que salir. Esta podría ser su única oportunidad. La cuerda que le rodeaba los pies se soltó. Saltó hacia la puerta del vagón y se detuvo. Una voz interior le aconsejó prudencia, así que se asomó a una ventana para asegurarse de que había una vía de escape.

Ajá. De hecho, estaban discutiendo entre ellos. Mejor aún, pudo ver al asalariado en el suelo, apretándose el tobillo como si se hubiera lesionado. El carruaje había caído en una zanja, lo que explicaba la masa de barro y agua de lluvia que empapaba el suelo del carruaje. Recogiéndose las faldas largas y sucias, salió del carruaje por la puerta, que ahora estaba inclinada hacia el cielo oscuro y salvaje. Se arrastró por la parte superior y dio la vuelta por el otro lado, alejándose del trío pendenciero.

¿Por dónde? Manteniendo el carruaje entre ella y sus secuestradores, volvió a la carretera. Esperaba que la dirección por la que habían venido fuera la que ella deseaba tomar, de vuelta a Londres y a la seguridad.

Un caballo gris, brillante por la lluvia y el esfuerzo, apareció en una curva con un jinete a lomos. Agitando los brazos y gritando, echó a correr. No sabía quién podría ser el jinete desconocido, pero estaba segura de que alguien, cualquiera, sería mejor que la compañía de Badham y su igualmente mal hijo.

Oyó gritos detrás de ella.

"¡Hola! ¿Dónde vas, mocosa de bruja?" Gritó Herbert. "¡Osborn! ¿Dónde está tu pistola?"

"¡Te golpearé hasta que sangres!" Maldijo Osborn.

Corrió más deprisa, tratando de interponer el carruaje volcado entre ella y la pistola de Osborn. El tipo del gris tiró de su caballo. Resoplando, la bestia arrojó montones de espuma por la boca. Estaba claro que había sido dominado, pensó críticamente. La pobre criatura estaba completamente destrozada.

Confiaba en que su jinete no esperara ir mucho más lejos aquella tarde.

Los contornos del cuerpo del jinete estaban al descubierto, y la lluvia y el viento habían

aplanado el lino sobre su musculoso torso. Mientras controlaba su montura, rebuscó en una alforja. Sacó una pistola y la blandió hacia el cielo.

¡Dios mío! Un salteador de caminos. Corrió hacia el arcén. Quizá pudiera esconderse entre los arbustos. Con suerte, él iría tras Herbert y la dejaría en paz.

Pero no hubo suerte. "Te recogeré más tarde", le dijo el salteador a Kate antes de cabalgar hacia el carruaje. "¡Badham, bastardo, nombra a tus segundos!"

Ella conocía esa voz. Por un momento, su cerebro se paralizó y luego ató cabos. Quinn. Era Quinn. Su pelo rojo, oscuro por la lluvia, se le pegaba al cráneo. Controlaba a su inquieto corcel con una mano mientras amenazaba a sus captores con la pistola, con más aspecto de campeón de antaño que del amable dandi que ella conocía. Desprovisto de sombrero y abrigo, no se parecía en nada al descuidado rufián que había atormentado sus sueños durante los últimos meses, pero no le cabía duda de que su guardián había venido a rescatarla.

La pistola de Osborn sonó, sobresaltándola, y ella chilló de miedo y sorpresa. El gris se encabritó, gritando, y tiró a Quinn al barro.

Quinn se retorció, levantó la pistola y disparó a Osborn, atravesándole el hombro. El cuerpo de su primo se sacudió por el impacto del disparo y luego cayó al camino embarrado. Su tío se lanzó hacia su hijo, intentando sostener a Osborn mientras le sangraba el hombro, una mancha roja brillante en una escena por lo demás sombría y tormentosa.

El caballo corrió desbocado por el camino mientras Quinn se levantaba y se acercaba a Kate. Le apartó con ternura un mechón de pelo mojado de la mejilla. "¿Estás bien, cariño?

Ella asintió, sin poder hablar ni moverse sin echarse a llorar de puro miedo, emoción, tensión y amor. Con el rostro desencajado, se apartó de ella y caminó hacia Herbert y Osborn, quitándose un guante mientras sus botas se hundían en el barro.

"Vaya por Dios, Herbert Scoville", dijo Quinn. "Me alegro de verte. ¿Te ha dado por secuestrar chicas indefensas?". Golpeó a Herbert en la boca. "Dentro de cuatro días al amanecer, Parliament Hill, Hampstead Heath. Nombra tus segundos a Hawkes y Penrose."

Herbert tosió y escupió los dientes.

Quinn volvió hacia Kate. "El pueblo más cercano es un lugar llamado Cambermorne. Creo que hay una posada. ¿Vamos?" Le tendió el brazo.

Volvió a mirarla. El agua goteaba de su bonete. El dobladillo de su vestido estaba embarrado por el camino. Probablemente sus ridículas zapatillas estaban destrozadas, pensó. Aún así, la admiró por su fortaleza, ya que no había expresado ni una sola queja. "Vamos a prepararte un baño caliente".

Entraron en la pequeña pero bien equipada posada. Él les preparó un salón privado con dos habitaciones separadas a los lados. Estaba oscureciendo. Se aseguró de la comodidad de Kate y envió mensajes a Londres antes de tomarse su propio descanso.

Capítulo Once

Kate no veía nada que pudiera poner en duda la afirmación de que la esposa del posadero había trabajado antes como ama de llaves de un vizconde en Londres. Aquella dama se encargó del vestido sucio y las zapatillas embarradas de Katherine, diciendo que los secaría frente al fuego, los cepillaría y se los devolvería a lady Scoville en un santiamén. Mientras tanto, Kate se relajó en la bañera de agua caliente que le llevaron a su habitación. Encontró todo lo que precisaba para su comodidad en el acogedor alojamiento.

Temblorosa de hambre, agradeció la cena de capones asados con un humilde pero sustancioso pastel de carne picada, verduras y patatas. El ejercicio desacostumbrado había engendrado apetitos sanos. Kate y Quinn acompañaron la comida con un par de botellas de buen borgoña.

A ella le tembló la mano al levantar la copa. "Por ti, mi querido tutor".

"Mi dulce Kate. Me privas de mi vino. Seguro que sabes que es el colmo de la incivilidad beber para uno mismo".

Ella se rió. Había temido que las circunstancias hubieran destrozado su fácil camaradería, pero no podía permanecer nerviosa a su lado. "Por la destrucción del malvado Lord Badham".

Levantó su copa. "Que perezcan todos los canallas. ¿Estás segura de que no has sufrido ningún daño en esta escapada, tutelada mía?"

"Bastante segura. En realidad, lo peor para mí fue el accidente del carruaje". Se quedó callada, mirando el vino en su cristalina copa, iluminada por el fuego hasta alcanzar un brillante rojo rubí.

"¿Por qué?"

Sus párpados se llenaron de lágrimas. Pestañeó para disiparlas. "¿No sabes nada de mis padres? Murieron en un accidente de carruaje como el de esta tarde".

"Mi querida Kate." Extendiendo el brazo por encima de la mesa, le apretó la mano. "No, desconocía las circunstancias del fallecimiento de tus padres. Mis más sinceras condolencias. Así que, ¿incluso subir a un carruaje es, para ti, un acto de valentía?"

Sacudió la cabeza. "Sé que tales percances son pocos y distantes entre sí, señor. Pero hoy... hoy, con tantos golpes en mi contra, estaba segura de que todo estaba perdido. Sabía por el estado del interior del carruaje que mi tío no había contratado los mejores corceles ni un vehículo resistente. Me temía lo peor. Y entonces llegaste tú". Levantó la mirada hacia la suya.

"Sólo cumplía con mi obligación". Su voz era despreocupada.

"Sabía que me rescatarías. Les dije que los matarías, pero no me creyeron".

"Deberían haberlo hecho". Su voz era sombría. "Pero Katherine, no fui un caballero medieval cabalgando a rescatarte. Lo hice muy mal".

"No estoy de acuerdo. Todo podría haberse perdido. Pero aquí estamos, felices e ilesos."

"Es propio de ti ser generosa, Kate, pero por favor acepta mis disculpas. Descarté tus preocupaciones. Resultó que tenías razón".

Se encogió de hombros. Agotada pero agradecida, no quiso insistir. "Bien está lo que bien acaba". Bebió el último sorbo de vino y dejó el vaso vacío sobre la mesa. "Buenas noches, Quinn.

Después de utilizar el pequeño baño de la posada, se retiró a su dormitorio. La cama, cubierta por una manta limpia y hecha a mano, era acogedora. En el pequeño hogar ardía un

fuego. Tras ponerse el camisón que le había proporcionado la casera, se metió en la cama.

A pesar del cansancio, no pudo conciliar el sueño. Después de dar vueltas en la cama infructuosamente durante lo que le pareció una eternidad, se incorporó. ¿No había una jarra de coñac en el aparador del salón? Tal vez un poco de coñac calmaría sus nervios.

Se inquietó y llegó a la conclusión de que, a pesar de ir vestida sólo con un fino camisón, las probabilidades de encontrarse con alguien eran escasas. Abrió la puerta que comunicaba su dormitorio con el salón.

El fuego de la sala de estar estaba muy bajo. Había dejado de llover y las ventanas abatibles abiertas dejaban entrar la luz plateada de la luna en la habitación. La mesa redonda de madera donde ella y Quinn habían cenado había quedado vacía de los restos de la comida y se había limpiado; ni una sola miga interrumpía su pulida superficie. Había una jarra de brandy sobre un salvamanteles, pero sólo una copa estaba colocada cerca.

Entró en silencio en la habitación. No quería molestar a Quinn si se había quedado dormido. Tomó la jarra. Mientras servía, la puerta de su habitación se abrió.

Él entró en el salón con una copa de brandy vacía en la mano. Se detuvo en seco al verla y dejó la copa sobre la mesa.

Sólo vestía sus calzones. Tenía el pelo ligeramente húmedo. Supuso que se había quitado el abrigo, la corbata y la camisa antes de asearse.

Era hermoso. La luz de la luna convertía sus torneados miembros en mármol viviente. Los planos cincelados y blancos de su torso la atraían como si fuese de hierro, y eran potentes piedras de alojamiento. Sus pezones planos eran protuberancias oscuras en el pecho, decorado con un enjuto lecho de vello, plateado a la luz de la luna.

Kate se acercó a Quinn como empujada por una fuerza misteriosa e inexorable. Deslizó los dedos entre aquellos rizos fascinantes, frotando su aspereza entre las curiosas yemas de los dedos.

Cuando por fin habló, su voz era ronca, como si tuviera la lengua espesa en la boca.

"Kate. ¿Qué haces aquí?"

Ella metió y sacó los dedos de los rizos y luego posó la mano sobre el pecho de él. El calor de su carne desmentía su parecido con una perfecta estatua griega. Con tierna absorción, vio cómo se le erizaban los pezones. Casi había olvidado respirar.

"Quería un poco de brandy". Siguió acariciándole el torso, viéndolo subir y bajar mientras su respiración se aceleraba. "¿Por qué estás aquí, Quinn?

Él tragó saliva. Ella vio cómo su nuez de Adán se movía convulsivamente mientras buscaba las palabras adecuadas.

"He venido a darte un beso de buenas noches". Inclinó la cabeza y rozó sus labios con los de ella.

Con un entendimiento tácito, ambos mantuvieron los ojos abiertos mientras sus bocas se fundían en un solo ser sensual, con un único propósito.

Chocolate caliente. Los ojos marrones de Quinn eran chocolate caliente, su boca tan dulce como la promesa de su profunda mirada. Sus cuerpos se fundieron y, por primera vez, sintió la virilidad de su amante presionando ardientemente contra su vientre a través de la fina tela del camisón. Su carne saltó en respuesta a su deseo.

Él se separó. "Kate, tengo que saberlo", susurró.

Ella lo miró, con el corazón en la garganta.

"¿Estás segura?" Él volvió a clavar en ella su mirada ardiente. "¿Estás segura de que quieres esto, de que me quieres, como parte de tu vida, para siempre?"

"Oh, sí." Ella tomó sus manos entre las suyas. "Quinn... soy tuya. Para siempre". ¿Comprendería alguna vez la profundidad de su necesidad de él?

Le sonrió de repente, como la luz del sol atravesando las nubes. "Entonces, vamos a la cama". Cogiéndola de la mano, la llevó a su dormitorio.

Ella no sabía qué hacer mientras él se acercaba a la chimenea y añadía un leño al fuego. Utilizó el atizador para empujar la leña y hacerla arder. Se sentó en la cama y observó cómo la luz rojiza se reflejaba en el juego de músculos de su espalda y luego en su pecho cuando él se volvió hacia ella.

La estrechó entre sus brazos y ella se sintió como una de las chispas que crepitaban entre las llamas ardientes, libre y volando alto. Sus besos eran ardientes y desenfrenados mientras le desabrochaba el camisón. Le encantaba cada rincón de su piel que descubría con los labios y la lengua, rozándola y mordisqueándola mientras la exploraba. El calor de su cuerpo mientras su ardiente pasión se encendía en llamas con los pequeños pellizcos y mordiscos que le daba sólo servían para aumentar .

Se ubicó entre sus piernas, sujetó sus pechos, uno con cada mano, y volvió a besarla en la boca. Exploró a su antojo, deslizando la lengua más profundamente sólo cuando ella se lo permitía, dejándola marcar el ritmo. Le pasó las manos por el pelo y tiró de él para acercarlo, exquisitamente consciente de cada uno de sus matices, desde los rápidos latidos de su corazón hasta su aroma único, que era una irresistible mezcla de cítricos, clavo y algo más que pertenecía a Quinn, y sólo a Quinn. Le acarició los pezones y ella se estremeció cuando la excitación de las sensibles crestas encendió todo su ser.

Se apartó de ella sólo para arrancarse los calzones. Su vara salió disparada. Ella no pudo contener su grito de sorpresa.

No se parecía a nada que hubiera visto antes. Las estatuas que había visto en los museos sólo mostraban una pequeña cosa flexible, ¡no esa vara grande y gruesa! ¿Qué iba a hacer con eso?

Parecía que todavía nada. Retiró el edredón, la empujó a la cama y se acercó a ella. Los cubrió a los dos con el edredón y la envolvió en sus brazos. Frotó su cuerpo contra el de ella, murmurándole al oído: "Te deseo, Kate, te deseo tanto...". Volvió a besarla, metiéndole la lengua en la boca, y poco a poco su miedo fue desapareciendo ante su embestida pícara y salvaje. La pasión se impuso a las dudas, incluso cuando su exigente dureza le punzó el muslo.

La curiosidad que sentía por esa parte de él era absoluta.

Mientras él acunaba su cabeza entre sus pechos, besando el espacio entre ellos, ella bajó una mano para explorarlo. Pesada y caliente, pensó que la quemaría. No podía dejar de tocar la sedosa y fascinante piel de su polla. Frotó la humedad pegajosa que aparecía en la pequeña hendidura de la punta. Eso era nuevo, y también interesante.

Él gimió. Ella apartó la mano. "¿Estás bien?"

"Oh, cariño, estoy mucho mejor que bien. Dios, Kate, te deseo tanto". Le devolvió la mano. "Por favor, no pares." Él gimió de nuevo mientras ella se aferraba a él, luego se separó de ella para apoyar la cabeza entre sus piernas abiertas.

Le abrió más las piernas y ella, avergonzada, se resistió. "No, amor, déjame verte. Toda tú. Ah, eres tan hermosa". Inclinó la cabeza para tocar algo húmedo y caliente en su carne íntima.

Ella chilló. "Quinn. ¿Qué estás haciendo?"

"Amándote, cariño, de la mejor manera que sé. Ábrete a mí, como una flor al sol". Deslizó los dedos entre sus rizos para frotar el talón de la mano contra su montículo, hasta que ella gimió por su creciente necesidad y abrió más las piernas por voluntad propia. Utilizó los pulgares para

exponerla mejor y la besó directamente en el punto más sensible.

Se dejó caer sobre las almohadas con un gemido y se entregó a su boca amorosa. Apretó su lengua contra ella con pequeños y firmes golpes, hasta que ella pensó que se volvería loca por liberarse, pero aún había más. Deslizó un dedo dentro de ella, luego otro, y los separó suavemente con una tijera.

Habría salido volando de la cama de no ser porque Quinn la penetró con su excitación. Recostó su cuerpo sobre el de ella mientras ella gritaba de éxtasis en su boca. "Sí, cariño, sí, así. Dobla las rodillas, rodea mi cintura con las piernas. Sí, cariño, eres tan buena". Sus caderas se inclinaron hacia arriba e imposiblemente, improbablemente, él se deslizó aún más dentro de ella.

Ella debió emitir un pequeño chillido nervioso, porque él se rió trémulamente. Giró en su interior y ella lo sintió, grande y redondo, en su apretada cavidad.

Lo miró, sintiendo que sus ojos se abrían de par en par. Los sentía tan enormes en su cara como la virilidad de él en su cuerpo.

"Sí, siéntelo", siseó. Su voz era casi triunfante, pensó ella, mientras entraba y salía de ella. "Bien o mal, siéntelo todo. Sólo hay una primera vez. Nunca volverá a ser igual".

Ella jadeó mientras él le agarraba las caderas y la penetraba profundamente. La sensación no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Grande, caliente y duro, parecía apoderarse de su cuerpo. No existía nada más que su grandeza penetrándola, tomándola, una y otra vez.

Chupó y mordisqueó sus pechos mientras ella se retorcía indefensa sobre las sábanas. El fuego en su interior se desbocó cuando la penetró. Ella se encontró arañándole los hombros mientras su cuerpo se agitaba, y luego él se dejó caer sobre ella, hundiendo la cabeza en su pelo largo y suelto.

Al cabo de unos instantes, él cambió de posición y quedaron tumbados uno al lado del otro, aún abrazados. Le besó suavemente la frente, el pelo, los párpados, los labios. Ella se sentía flotando en un mar de éxtasis. No quería que aquella dicha terminara nunca.

*

Cuando despertó, descubrió que estaba un poco dolorida. Quería tocarse, pero le daba vergüenza hacerlo delante de Quinn, que la miraba con una pequeña sonrisa en la cara.

"¿Y bien, cariño?" Se inclinó hacia ella y le besó la boca hinchada. Sus caderas se crisparon. "¿Te duele, mi amor? He intentado ser amable".

"Estoy bien, aunque un poco pegajosa". Habló vacilante.

Él se rió. "Todo esto es muy nuevo para ti, ¿no? Voy a por una lanilla". Salió de la cama en busca de una toallita húmeda.

Quitó el edredón de una patada y miró la pelusa de rizos que cubría su montículo. Extrañamente, su cuerpo parecía el mismo. Tendría que ser diferente, teniendo en cuenta que le habían quitado la virginidad a conciencia. Estiró los brazos por encima de la cabeza y arqueó la espalda, viendo cómo se le levantaban los pechos. Los picos enrojecidos le dolían de un modo peculiar. Se los frotó, reviviendo el flechazo de deseo, casi doloroso, que la había atravesado cuando él se los había chupado.

Ella vio cómo él se lavaba en el aguamanil y la palangana situados sobre la cómoda de la habitación. Cuando regresó, su miembro, ahora más pequeño y suave, estaba húmedo. Le separó las piernas para pasarle suavemente un paño frío por sus tiernas partes femeninas. Ella cerró los ojos. Aunque el contacto de él la tranquilizó, se sintió intensamente avergonzada por la intimidad a la que no estaba acostumbrada.

"Estás muy bien formada, cariño", comentó él. "Te tocas aquí, ¿no?".

Abrió los ojos antes de cubrirse la cara con las manos. Estaba completamente desconcertada

por su franqueza. "Santo cielo. Las cosas que dices..."

"Cariño, escúchame". Dejó caer el paño y le tomó las manos, apartándoselas de la cara enrojecida para poder mirarla a los ojos. "Nunca te avergüences, nunca, de nada entre nosotros. Eres una mujer hermosa y apasionada, y esto...", acarició con un dedo su hinchada femineidad, "Dios te lo dio exclusivamente para tu placer. Así que, ¿cómo podría estar mal tocarlo?" Inclinó la cabeza para volver a besarle la boca. A pesar de la vergüenza, ella se estremeció cuando un calor líquido empezó a recorrer de nuevo su cuerpo. Él seguía sujetándola por las muñecas con una mano, mientras con la otra le acariciaba los pechos y el capullo.

Kate cedió al control y dejó que Quinn encendiera su fuego.

*

Katherine chocó contra el suelo de madera. Gimió con una mezcla de miedo y dolor. Miró a su alrededor y reconoció el salón de baile de la abadía de Badham, inquietantemente iluminado por la luz de la luna que entraba por las altas ventanas. Las motas de polvo que había levantado con su brusca entrada se movían como fantasmas a la luz de la luna. La sangre de su corazón se congeló. No entendía cómo seguía bombeando, pero bombeaba, porque oía el rápido latido de su corazón, sentía el líquido en sus vasos mientras corría por su cuerpo.

*

Quinn agarró a Kate mientras ésta se incorporaba en la cama, con un grito ahogado en la garganta tensa. "Kate, Kate, no pasa nada, estoy aquí, soy yo". Abrazó a la muchacha, que se debatía y sudaba, mientras ella gemía. "Has tenido una pesadilla, cariño, ya ha pasado". Siguió susurrándole cumplidos hasta que se calmó y dejó de temblar.

"Háblame de tu sueño, cariño". Quería saber todo lo que pasaba dentro de su Kate.

"No es nada. Sólo... sólo... la noche que salí de la abadía".

¡*Maldita sea*! Luchó por mantener su voz calmada y reconfortante. "Se acabó, amor. No dejaré que vuelvan a acercarse a ti. Te prometo que siempre estarás a salvo".

"Lo sé." Ella frotó la cara contra su pecho. "¿Cuándo decidiste que me querías?"

" ¿Eh?" Él hizo una pausa, sorprendido por el brusco cambio en la conversación. "Eso es difícil de precisar. Creo que te deseé desde el momento en que entraste en mi habitación, vestida con esas extravagantes calzas". Le besó la coronilla.

"¿En serio?"

"Umm, sí. ¿Y tú?"

"Yo tampoco estoy muy segura. Sabía que estabas interesado por la forma en que me mirabas, y de alguna manera, eso me hizo pensar en ti de una manera particular". Ella inclinó la cabeza hacia atrás para mirarle a la cara.

Sus ojos se encontraron con los suyos, solemnes. "No era mi intención seducirte, Katherine".

"Lo sé. Algo sobre el honor".

"Sí, algo", dijo él secamente. "No desearía cotilleos sobre ninguno de los dos". Más experimentado que ella, él sabía que el chisme era el alimento favorito de la tonelada. Ni su nacimiento ni su fortuna la protegerían de las lenguas viciosas.

"Es una tontería. ¿Por qué dejar que las habladurías nos alejen de la felicidad? Te quiero, Quinn, y te necesito".

"Y yo te necesito, pero hay quien dirá que he profanado a mi pupila".

"No me siento mancillada."

"Sólo un poco pegajosa."

"Sí, bastante". Ella soltó una risita, y él no pudo evitar estrecharla entre sus brazos de

nuevo.

Capítulo Doce

Quinn, solo con los pantalones, tiró del timbre y llamó a gritos a su ayudante de cámara.

"¡No traigas aquí a Malcolm!". Kate se apretó la sábana alrededor de los hombros. "¿Dónde está Bettina?

"Nuestros dos criados han llegado, junto con ropa limpia. ¿Pido un baño, cariño? Deberíamos ponernos en camino a Londres lo antes posible".

"¿Londres?" Desorientada, Kate vio que Bettina entraba en la habitación llevando una bandeja con un tarro de chocolate y un panecillo. La mirada que Bettina dirigió a Quinn le recordó a Kate la actitud de su criada hacia los bizcos y las arrugas.

Esperó a que Bettina saliera de la habitación antes de responder. "Creo que estarás de acuerdo en que lo ocurrido anoche exige que volvamos a la ciudad para casarnos lo antes posible".

"¿Por qué tanta prisa? Quiero una boda en condiciones". Kate dio un sorbo a su chocolate.

"La prisa, mi amor, se debe al hecho de que ahora puedes estar esperando un hijo mío". Se inclinó sobre ella y le acarició el vientre posesivamente.

"¿Su hijo, milord? Ella dejó la taza con un chasquido.

"Nuestro hijo". Él se apresuró a enmendar su afirmación. "¿Siempre estás de mal humor por las mañanas?"

"No estoy de mal humor. ¿Dónde están mi abrigo, mi criada y mi baño?". Levantó las piernas de la cama y se sobresaltó al ver las manchas marrones secas que manchaban sus miembros y la ropa de cama.

"No es para tanto", dijo. "No hay necesidad de enfadarse. Sin embargo, creo que los dos queremos un baño esta mañana".

La envolvió con la sábana y volvió a tirar del timbre. Abrió la puerta y, en deferencia a su necesidad de intimidad, asomó la cabeza. "¡Malcolm! ¿Dónde está ese baño?"

*

La evidencia visible de su desfloración sobresaltó a Kate casi tanto como el acto. Quinn no perdió tiempo en repetir el acto, dándole poca oportunidad de asimilar el impacto de la noche anterior. La frecuencia no restaba emoción a sus relaciones sexuales, ya que inventaba variaciones que le hacían girar la cabeza y estremecer el cuerpo. Los acontecimientos y situaciones más cotidianos encerraban posibilidades eróticas, incluidos el baño de cadera y la calesa. El viaje de vuelta a Londres transcurrió muy deprisa, ya que estaba literalmente ocupada con su creativo y exigente amante.

Un escalofrío de placer recorrió el cuerpo de Kate al recordarlo. Reprimió sus deseos licenciosos y centró su atención en su nuevo entorno, ya que la habían trasladado a la casa de Quinn en Berkeley Square.

Su dormitorio estaba contiguo al de él, lo que auguraba numerosas noches interrumpidas. Su vestidor estaba al otro lado. El dormitorio tenía una buena vista de la plaza, pero estaba decorado de una manera que indicaba que había estado desocupado durante muchos años, ya que las pesadas colgaduras reflejaban una época pasada. Supuso que la última inquilina podría haber sido una de las antiguas amantes de Quinn o incluso su madre.

* * *

"En casa de mamá, por supuesto". dijo Quinn mientras acompañaba a Kate a cenar. Esa

noche cenaron solos en casa. Ella llevaba un vestido rosa, y a él le recordó el primer beso que habían compartido, en medio del laberinto de Hampton Court. Le sonrió. "Después de la muerte de mi padre, necesitaba estar cerca. Pero ahora tendrá que acostumbrarse al título de condesa viuda de Devere y al segundo mejor dormitorio".

"No deseo ofender a tu madre". Sonaba alarmada.

"Oh, de ninguna manera", dijo él, esperando tranquilizarla. "Ella me ha estado presionando para que me case desde que murió el viejo. Proteger el linaje y todo eso. Estará encantada".

"¿Dónde está la Condesa ahora?"

"En la casa de Devere. Te gustará la vieja casa de campo, Katie. Muchas ranas y árboles".

"Supongo que debería empezar a comportarme con más semblante, ahora que voy a ser Condesa."

"No tienes mucho tiempo. Nos casaremos mañana. No tardaremos más de una hora o dos en conseguir la licencia especial".

Ella picoteaba su salmón mientras Bartram rellenaba su champán. "¿Dónde nos casaremos, milord?".

Preocupado, Bartram la miró fijamente y apartó un epergne lleno de capullos de rosa blanca a un lado de la mesa para examinarla más de cerca. "Tengo entendido que asistes a Saint Martin-in-the-Field, Katherine."

"Sí. Apartó el plato.

"¿Será satisfactoria esa iglesia?" La miró por encima del borde de su copa de champán. No tenía el brillo que él esperaba en esta ocasión. Frunció el ceño. ¿Qué demonios podía querer? Había pasado la mayor parte del viaje a Londres con la cabeza metida entre sus muslos. Debería estar encantada.

"Sí, milord. Es muy considerado por su parte ocuparse de ese detalle". Su voz era lánguida.

"Veo que no estás muy contenta con todo esto". Hizo un gesto con la mano.

Ella permaneció en silencio, con los dientes clavados en el labio inferior. Bartram le trinchó una loncha de solomillo. El mayordomo añadió judías verdes a su plato y luego se ocupó de la cena de Devere.

Volvió a intentar adivinar la causa de los megalitos de su querida. "Siento que no podamos esperar hasta que se envíen las invitaciones o vuelva San Wills".

Una lagrima broto de sus ojos y recorrio su mejilla, y el hizo un gesto a los sirvientes para que salieran de la habitacion. Ella se secó la cara con la servilleta, tratando visiblemente de serenarse. "Es cierto que hubiera preferido que asistieran algunos de mis amigos o familiares". Le temblaba ligeramente la voz.

"No tienes familia de la que merezca la pena hablar", dijo, odiando las palabras en cuanto salieron de sus labios. No se consideraba duro. "Pero Hawkes y Pen estarán allí, por supuesto, para defendernos".

"¿Sir Willoughby y cous--Sir Pen serán nuestros testigos?" Su tono adquirió un rebote más alegre.

"Por supuesto." Sonrió a su Kate y cortó su carne.

"Pensé que Sir Pen ya se habría llevado a Pauline de vuelta a Kent."

"No lo ha hecho. Se queda en la ciudad hasta que me reúna con Badham".

" ¿Encontrarse con Badham?" Su voz se agudizó. " ¿Encontrarte con el tío Herbert dónde?"

Se dio cuenta de que había metido la pata, pero no podía ver una salida. Masticó y tragó mientras consideraba sus próximas palabras. "Creí que lo sabías, cariño. Desafié a Badham a un duelo con motivo de tu rescate. Pensé que era necesario". Hizo una pausa.

Ella se quedó completamente paralizada.

"Hawkes y Pen son mis segundos".

Su rostro estaba más pálido que las rosas perfectas de la epergne. "¿Cuándo?"

"En, em, tres días."

Otra pausa. "¿Y nos casamos al día siguiente?"

"Sí, dulce Kate. ¿Estás de acuerdo?"

"¿Importa mi acuerdo? Después de todo, eres mi tutor".

Apuñalado hasta la médula, se levantó. "¿Qué estás diciendo? Tenía la impresión, Katherine, de que me amabas y deseabas casarte conmigo."

"Sí, por supuesto que sí. ¿Pero no ves lo imperativo que es que nos casemos antes de que te batas en duelo con el tío Herbert?"

Tiró su servilleta. "Ese es el plan. Pero por Dios, ¿qué estás diciendo?"

"Si no nos casamos antes de que te reúnas con Herbert Scoville, y te mata, estaré bajo su total control". Sus ojos estaban desorbitados, su expresión distraída.

"¿Y si muero, Kate hará de viuda alegre?"

"Apenas alegre, milord, ¡pero libre!" Ella tambien se levanto, mirandolo con el ceño fruncido desde el otro lado de la mesa.

"Bueno, estos son pensamientos felices. ¿No se te ha ocurrido, dulce Kate, que yo podría imponerme?" El se puso las manos en las caderas y la fulmino con la mirada.

"Espero que lo haga, milord, ¡pero eso no viene al caso!" Ella le devolvió la mirada.

"Bueno, ¿cuál es tu punto?" Le gritó desde el otro lado del lino blanco, por encima del epergne lleno de rosas blancas.

"Lo que quiero decir es que esto es un maldito desastre, milord, y si os preocuparais por algo más que por vuestro miserable honor, no estaríamos tan apurados", le espetó ella.

"¿Qué apuro?"

"¿Con estoques o pistolas, mi señor?"

"No lo sé. ¿Acaso importa?"

"¡Claro que importa!", gritó ella. "Los estoques requieren habilidad. Con pistolas, ¡cualquier tonto puede hacer un tiro afortunado!"

"¿Me estás llamando tonto?"

"¡Deja de tergiversar mis palabras!" Las lágrimas empaparon su rostro. "¡Quinn, te prohíbo terminantemente que te batas en duelo con mi tío!"

"¿Qué?"

"¡Escuchaste lo que dije!"

"Katherine, no estás en posición de prohibirme nada", le informó él secamente. "Buenas noches, señora". Y salió de la habitación.

Dio un portazo tras de sí. ¡Qué idiota! Realmente se había permitido creer que ella lo quería, lo amaba, por él mismo. Era terriblemente irónico: las mujeres lo habían deseado por su fortuna o su título, pero nunca lo habían visto como un campeón romántico. Ahora sí, pero el papel no le gustaba en absoluto.

Katherine, cuya riqueza y estatus social eran iguales a los suyos, quería un caballero de brillante armadura que la protegiera de su espantoso tío.

No quería un amante ni un marido.

No quería compartir su vida con él, ni tener hijos suyos, ni ser su amiga y su compañera.

La mente y el corazón de Kate eran una maraña, y por encima de todo había una necesidad que él no acababa de comprender. Con una sensación de aturdimiento, Quinn se dio cuenta de

que ella deseaba casarse sólo para salvarse de su desdichado tío, tal como había dicho después de aquella excursión a Hampton Court.

Podia contratar a un maldito guardia, se dijo salvajemente. ¿Pero no debería estar contenta? ¡Por fin se libraría de la bestia y de su engendro!

¿Cómo pudo ser engañado? Apostaría una pila de Yellow Boys a que su clímax, no, sus varios clímax, eran reales. Conocía la sensación de una mujer en orgasmo; las innumerables respuestas de su dulce surco se habían vuelto maravillosamente familiares para su vara y sus dedos.

Pero para su Kate no se trataba sólo de eso, y apostaría hasta su último dardo a ello. Ella lo deseaba con tanta pasión como él a ella. Estaba seguro de que no se había equivocado al aceptar ardientemente su forma de hacer el amor. ¡Maldita sea! Por muy enfadado que estuviera, seguía deseando a la infame muchacha.

Quinn subió de un pisotón a su habitación. Lo último que quería ahora era encontrarse con sirvientes. Cerró la puerta de su habitación de un portazo, y luego la abrió de un tirón cuando se dio cuenta de que no había nada de beber en su dormitorio. Tiró del timbre y pidió brandy a gritos.

*

Kate permaneció en el comedor, entumecida. ¿Cómo habían podido tomar los acontecimientos un cariz tan horrible? ¿Por qué demonios estaba Quinn tan enfadado? ¿Acaso no comprendía que él era toda su vida y que ella no podía soportar perderlo, no después de todas las demás pérdidas que había sufrido?

Comprendió que su código de honor exigía un duelo. Badham la había secuestrado, y Osborn había intentado disparar a Quinn, alcanzando al caballo en su lugar. Aquellos hechos la avergonzaban profundamente de ser una Scoville. ¿Cómo podía estar emparentada con semejantes villanos?

Si permitían que Herbert sobreviviera, nunca tendrían paz. El pensamiento la hizo sentir un poco mejor, aunque no mucho. Tenía sentido, más sentido que las consideraciones de honor.

Se llevó la servilleta a los ojos hasta que dejaron de lagrimear. No estaba bien que los sirvientes la vieran llorar.

Abandonó el comedor y se retiró a su dormitorio. Miró fijamente la puerta que daba a la habitación de Quinn. Del otro lado de la puerta no se escuchaba nada.

El dormitorio permanecía sombrío y frío. No había fuego en la chimenea, pues Bettina no sabía que Kate se había retirado temprano. Sólo había una lámpara encendida.

Habían limpiado el polvo de la habitación y las sábanas estaban limpias. El agua del bebedero de la cómoda estaba fría, pero era suficiente.

Se desnudó, se lavó y lloró hasta quedarse dormida.

*

El día siguiente amaneció más fresco que sofocante. Kate se alegró del cambio de temperatura. Sus nervios estaban al límite y no sabía si podría tolerar otro día cerrado y caluroso.

Indecisa sobre el atuendo apropiado para una mujer caída que estaba a punto de casarse con su conquistador, optó por la sencillez y eligió una sencilla sarcenet azul hielo con un sombrero de paja a juego. Frunció el ceño al mirarse en el espejo. ¿No debería ocultar su rostro? Por desgracia, los velos no estaban de moda. Le dijo a Bettina que le trajera una cofia con un pico excepcionalmente profundo.

Así ataviada, Kate se reunió con Quinn abajo, en uno de los salones. Éste estaba forrado de libros y sus muebles tapizados en brocado verde hoja.

Miró a su prometido. Tenía los ojos tan hinchados como los suyos y parecía tener dificultades para mantener los párpados levantados. ¿Está enfermo? Se lo merece. De algún modo, saber que él había pasado tan mala noche como ella la hizo sentirse mejor. Avergonzada, pero mejor.

Llevaron la calesa cerrada a la casa del doctor para procurarse la licencia, y les acompañó Richard Carrothers "que -dijo Quinn- es un ducho en los detalles." Mientras Carrothers estaba en el edificio ocupándose de "los detalles", Quinn llevó a Kate a una cafetería y le sirvió taza tras taza de fuerte brebaje.

El día pasó volando. Tras un rápido almuerzo en la Plaza Berkeley, Kate permitió que Bettina la vistiera de nuevo con su seda blanca fruncida para la sencilla ceremonia en la iglesia.

Dada la premura de la boda, ambas se sorprendieron al ver numerosas carrozas estacionadas frente a San Martín. Varios de los vehículos llevaban escudos nobiliarios pintados en las puertas. Pero era un martes a las tres de la tarde, una hora en la que los miembros de la nobleza solían visitarse e intercambiar cotilleos.

Entraron en la iglesia por la puerta principal. Al recorrer la nave, se sorprendieron al ver que la iglesia, poco iluminada, estaba medio llena. Se acercaron al altar, decorado con flores y vegetación, en busca del oficiante y los testigos.

El clérigo salió apresuradamente del presbiterio, donde había estado instruyendo al coro antes del oficio dominical.

"Vaya, vaya". Sonrió a los dos. "Ya estáis aquí, y muy esperados, lo juro. ¿La licencia especial?"

"Señor, ¿qué hace toda esta gente aquí?" preguntó Kate mientras Quinn sacaba la licencia de su bolsillo. "¿Y dónde están sir Willoughby y sir Pen?".

El reverendo enarcó sus blancas cejas. "Qué impacientes estos jóvenes", murmuró. "Creo que sus testigos han llegado".

Sir Willoughby y Sir Pen se apresuraron a subir por el pasillo principal de la nave. Anna, que caminaba detrás de ellos, llevaba un ramo de rosas rojas. Se lo entregó a Kate y luego se secó los ojos con un pañuelo. "Las bodas siempre me hacen llorar". Sonrió tímidamente a Kate. "Bienvenida a nuestra familia, querida Kate".

"Gracias. Kate apenas pudo pronunciar las palabras. Gracias a Dios por Lady Anna, que podía hacer que Kate se sintiera querida con una simple mirada. "Pero, ¿quién es toda esta gente? ¿Y por qué están aquí?"

Devere echó un vistazo a la sala. "Unas cuantas caras conocidas, ¿no?".

"No", dijo Kate. "Nunca había visto a ninguno de ellos".

"Ah, pero nosotros sí", dijo sir Willoughby. "La rosa de la nobleza ha decidido honrar tu boda con su presencia".

"No las quiero aquí", refunfuñó Kate.

"No podemos echarlos, Kate, es una iglesia". señaló Quinn.

"Ni siquiera los conozco. ¿Cómo pueden desearme que sea feliz?".

"No lo desean. Sólo tienen curiosidad". Suspirando, Quinn miró a Anna. "No podemos impedir que los sirvientes hablen, ¿verdad?".

"¿Así que eso es?", preguntó Kate.

"Casi con total seguridad", dijo Quinn. "Conozco bien a mis vecinos. Prácticamente todo el mundo vive cerca de la Plaza Berkeley o conoce a alguien que vive cerca".

Hawkes miró a la multitud. "Dios santo", murmuró. "Ahí está Staveley".

Kate frunció el ceño. El nombre hizo sonar una campanita en su despeinado cerebro.

"Te estás burlando". Quinn levantó el monóculo.

"¿No llevabas un rato merodeándola, Quinn?". preguntó Pen en tono suave.

"Sí, pero eso fue antes de conocer a Kate".

"¿Para qué? Las viudas, por muy ricas que sean, no son tu tipo", dijo Anna.

"Staveley está bien. Ya tiene mocosos. Criadora probada, y todo eso".

" ¿Una criadora probada? Déjame ver eso". Kate cogió el monóculo de Quinn.

Él la esquivó. "¡Mira, Kate, no debes mirar! Estás montando una escena".

"¿Estoy montando una escena? Dígame, milord, ¿es por esto por lo que se casa conmigo? ¿Para procrear? ¿No te estás arriesgando un poco? Después de todo, no soy una criadora probada". De nuevo intentó arrebatar el monóculo.

El grupo del altar estaba a punto de enzarzarse en una indecorosa refriega cuando Kate escuchó el suave golpeteo de unos pies corriendo calzados con zapatillas. Se volvió para mirar hacia la nave. Una pequeña figura vestida a la moda con un sarcenet rosa se precipitó hacia el altar, llevando un ramo de rosas rosas. La seguía, más decorosa, una criada.

"Ah, así que ya está aquí", dijo Quinn con satisfacción en la voz. Ladeó la cabeza hacia Katherine. "Hice arreglos para que una de tus amigas asistiera, Kate".

Lady Sybilla Farland llego al altar, resoplando de una manera que sin duda atraeria la censura de los observadores. "Oh, ¿así que ya tienes flores?"

Kate aplastó el ramo contra el pecho de su amiga mientras abrazaba despiadadamente a Sybilla sin importarle el estado de la sarcenet. Sybilla chilló, luego le devolvió el abrazo a Kate y le susurró al oído.

"Acabo de recibir el mensaje de lord Devere. Pícara astuta, lo había adivinado después de aquel día en Hampton Court, pero no lo sabía".

"Yo tampoco lo sabía. ¡Todo sucedió tan rápido! Podemos hablar de ello más tarde".

"¿Dónde está el Sr. St. Wills?" preguntó Sybilla. "Es tu amigo más antiguo. ¿No ha venido?"

"¡Ejem!" El clérigo tosió para llamar su atención. "¿Puedo empezar?"

Katherine examinó a Quinn mientras la sonora voz del reverendo la arrullaba durante el servicio nupcial. Su amante, vestido con sus mejores galas para la ocasión, se había ido animando a medida que avanzaba el día. Se dio cuenta de su olor, su pelo recién recortado, su barbilla afeitada. Observando sus labios móviles mientras daba las respuestas adecuadas durante el servicio, recordó cómo se sentían esos labios al succionar sus pechos. Distraída, tropezó con sus palabras.

Se vino abajo cuando Sir Pen sacó dos anillos de su bolsillo y les entregó uno a cada uno.

"El anillo de Robert", susurró. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Sostuvo el pesado anillo en la palma de la mano, recordando la última vez que lo había visto. El anillo había adornado la mano de su abuelo mientras agonizaba. Bennett, el padre de Kate, había llevado ese anillo y se lo habían devuelto al abuelo de Kate cuando mataron a Bennett.

"¿Quién es Robert?", preguntó Quinn, soterradamente.

"Robert Scoville fue el primer Conde", murmuró Kate. Olfateó y le entregó el ramo a Sybilla. Ella buscó un pañuelo en su retícula. "Enrique VIII le dio ese anillo a Robert junto con el condado".

"¿Y éste?", preguntó Quinn, alzando otro anillo para que lo examinara. Tenía un gran cabujón de zafiro engastado en oro.

"Ése es casi igual de antiguo", dijo Kate. "Es la alianza de la Condesa. Lo llevaba mi madre". Se secó las lágrimas de los ojos y la nariz. "¿De dónde los has sacado?"

"¡Ejem!" El clérigo interrumpió su tranquila conversación. "¿Puedo concluir?"

"Ah, sí. Por supuesto. Lo siento". Quinn sonrió brevemente al oficiante.

"Con este anillo, yo te desposo", ordenó el ministro.

"Con este anillo, yo te desposo", cantó Quinn, deslizando el anillo en el dedo de Kate.

"Con este anillo, yo te desposo", murmuró ella.

"Ya puedes besar a la novia".

Quinn estrechó a Katherine entre sus brazos y la besó profunda y posesivamente. Le susurró al oído: "Todo se arreglará solo, dulce Kate, ¡ya lo verás!". Ella le devolvió el abrazo y rompió a llorar.

Capítulo Trece

Su conducta en la iglesia fue un poco embarazosa. Quinn sabía por las lágrimas que habían brotado de su tierno corazón, pero también había escuchado los murmullos que habían corrido a su paso mientras bajaban por la nave y subían a su carruaje para el corto trayecto hasta casa de Clarendon. *No parece contenta... ¿Sabías que es su tutelada? Devere se casó con una menor de edad con la riqueza de Creso... Comprensible, yo mismo lo haría... Probablemente es una criatura bonita cuando no está imitando a una regadera. Nadie la conoce... Claro que no, aún no ha salido. Él prefiere vírgenes...* Esperaba que Kate no hubiera escuchado eso último. Su afecto, no, su adoración, por su esposa superaba con creces todo lo que había sentido por las otras mujeres que había utilizado para su placer en el pasado.

Miró a Katherine, que estaba sentada a pocos centímetros de él en el carruaje. Demasiado lejos. Se deslizó junto a ella y le pasó el brazo por los hombros. Ella volvió la cara hacia él, aceptando su beso. No la soltó hasta que el carruaje se detuvo en casa de Clarendon para el banquete de bodas.

La conversación durante la comida fue igualmente animada pero general. Nadie mencionó el próximo duelo. Sybilla volvió a preguntar por el paradero de Bryan San Wills.

"No lo sabemos. Quinn jugueteó con su servilleta. "Busqué a Kate por la Gran Carretera del Norte, y Hawkes fue al sur, a Dover. Le pedimos a San Wills que fuera a la abadía de Badham, en Wiltshire. Envié un mensaje allí, pero no estoy muy seguro de lo que le ha ocurrido a nuestro amigo."

Su esposa. Qué maravillosas palabras.

Anoche la había echado de menos, pero sentía que tenía que demostrarse algo a sí mismo, si no a ella. Ninguno de los dos había hablado de su disputa en todo el día, pero estaba ahí, como un moratón a medio curar. Sólo era cuestión de tiempo que uno de los dos presionara para ver si todavía le dolía. Supuso que sería Kate, sobre todo porque tenía previsto ir a casa del signor Angelo al día siguiente para practicar. Sabía también que ella era demasiado franca para hacer el amor con él si estaba enfadada, y que se fuera al diablo si la obligaba.

*

Quinn abrió la puerta que daba a sus habitaciones, vestido con un camisón. Kate estaba sentada frente a un tocador mientras su criada le cepillaba el pelo. La miró en el espejo.

" Eso será todo, Bettina", le dijo, manteniendo la voz baja y tranquilizadora. Notó que la criada no se marchaba hasta que Kate asintió.

"Bueno, Condesa Devere, ¿mi habitación o la suya?"

"Este no parece realmente mi dormitorio".

"Si la decoración no es de su gusto, por supuesto puede cambiarla como le plazca", dijo él. "Tal vez mañana vayamos a una pañería a comprar nuevas telas para las colgaduras y la ropa de cama".

Su rostro se iluminó. "Me encantaría, milord".

"Ahora soy tu marido. No más 'mi lord' excepto en público". La conversación era rebuscada, pero él no tenía ni idea de cómo tranquilizarla. Al diablo, deberían ser más fáciles el uno con el otro ahora que estaban casados, ¿no?

Posiblemente no se sentiría realmente casada hasta que compartieran la cama. Sí, eso era. Una buena sesión de sexo seguramente mejoraría su estado de ánimo. Siempre le hacía sentirse

mejor. ¿Por qué iba a ser distinto? "Ven", le dijo, tomándola del brazo para llevarla a la cama.

Ella se apartó suavemente. "Lo siento, Quinn, pero tenemos que hablar". Su voz sólo tenía un ligero temblor.

Él sonrió mientras la tomaba del brazo y le daba un beso en la frente. "¿Sigues enfadada por lo del duelo?".

"Mucho, mi l--Quinn". Ella se sentó en su cama.

"Hay acciones que no se pueden ignorar, dulce Kate".

"Lo sé." Su voz era miserable mientras sus manos se retorcían en su camisón.

"Pensé que te aliviaría librarte de tu detestable tío y su crio". Se sentó a su lado para cubrir sus manos con las suyas.

" Así será. ¿Tú también vas a batirte en duelo con Osborn?"

"No estoy seguro. Me resultaría poco atractivo matar a un menor de edad, sobre todo porque ya le he herido".

Ella se frotó la cara contra su brazo. "Mi señor, por favor cancele el duelo."

"No."

"Oh, Dios, Quinn." Ella volvió la cara hacia su pecho y lloró sin avergonzarse ni contenerse.

Él la estrechó entre sus brazos y esperó a que pasara el diluvio. Fue más corto que cuarenta días y cuarenta noches, pero no menos húmedo. Cuando ella se recostó contra él, quieta, flácida y débil, él apartó las mantas y los metió a los dos en su cama. Le alcanzó un pañuelo.

"Lo siento. Es nuestra noche de bodas y lo estoy estropeando todo". Ella se sonó la nariz con un pequeño pero atractivo pitido.

Le besó las húmedas mejillas y la frente. "No estás estropeando nada, cariño. Pasaremos muchas noches juntos. Pero debo decir que tu actitud no denota mucha confianza en mí".

"Odio arriesgarme. Es absolutamente malvado. ¿Y si se las arregla para apuñalarte por la espalda, o lo que sea?"

"No creo que eso sea una posibilidad, pero me las arreglaré para, eh, vigilar mi espalda." La abrazó. "Digo, ¿te gustaría venir al establecimiento de esgrima del Signor Angelo conmigo mañana? Así verás que no estoy tan indefenso".

"Me encantaría. ¿Me dejarán entrar?"

"Lo arreglaré todo. No te preocupes".

Se acercó y le acarició el pene. "Eres tan considerado."

"Hum."

"Y muy dulce."

"Hum." ¿Qué demonios está planeando?

"Quinn, querido, ¿puedo ir al duelo?"

"¿Qué?" Se sentó.

"Parece que estoy bastante involucrado. ¿Qué daño podría causar?" Ella siguió tocándole a través del camisón.

"Sería totalmente inapropiado, Kate". Su vara se crispó y se levantó.

"Oh, tonterías. Ahora estamos casados. ¿Qué nos importa lo que piensen los demás?"

"Hum." Estaba muy duro. Con cierto shock, se dio cuenta de que ella le estaba seduciendo. Ese no era el plan.

"Di que sí, querido Quinn." Su mano envolvió su polla, que estaba tan dura como el tronco de un árbol.

Él gimió. "Kate, descarada."

"No puedes detenerme, lo sabes." Caricia, caricia.

"¡No pondrás un pie fuera de esta casa el jueves por la mañana sin que yo lo autorice!" Se apartó de ella de un tirón.

Ella soltó una risita. "¿Qué pasa, Quinn?"

"¡Sabes muy bien lo que pasa! ¿De dónde has aprendido esta conducta escandalosa?"

"Pensé que te gustaba eso. Te gustaba de regreso a la ciudad".

"No me gusta cuando pides algo escandaloso. ¡No seré sobornado!" Saltó de la cama.

"Si no te gusta, ¿por qué estás tan... tan... tan...?"

" ¿Listo?" Se abalanzó sobre ella.

Ella le sonrió socarronamente. Se inclinó hacia él y le dio un toque en la punta, que hizo que se le abriera la camisa de dormir. Ya estaba harto de sus bromas, así que saltó sobre ella y empezó a hacerle cosquillas. Ella chilló y trató de zafarse, pero se enredó en la ropa de cama y en su largo camisón, riendo sin poder evitarlo.

" ¡Detente, Quinn, detente!" Intentó limpiarse las lágrimas de los ojos mientras se retorcía.

Riéndose, él continuó recorriéndole los costados con las yemas de los dedos mientras ella se retorcía. Él se deslizó por la cama mientras ella forcejeaba en dirección contraria. Jadeó cuando la agarró por el tobillo e intentó zafarse sin éxito. Él se rió más mientras le arañaba sin piedad la parte inferior del pie arqueado.

Le mordisqueó el dedo gordo.

"¿Qué demonios estás haciendo? Es una obscenidad".

"Será mejor que los dedos de tus pies no estén sucios. Te has metido desde el baño en esta cama. Si la alfombra está sucia, una de las sirvientes será despedida". Mordió suavemente, disfrutando de sus chillidos impotentes y sus patadas inútiles, soltándola sólo porque quería mantener los dientes en su cabeza un rato más. Se deslizó por la cama hasta quedar a su altura. Deslizó una mano entre sus piernas mientras le sonreía a los ojos.

La sentía deliciosa y preparada, así que se subió el camisón y bajó dentro de ella con más abandono que en la posada, donde había tenido que preocuparse por su bienestar. Esta vez podía tomar lo que era suyo sin restricciones.

La penetró con una sensación de primitiva satisfacción masculina, prolongando el acto todo lo que pudo, bebiendo cada uno de sus gemidos y quejidos con mucha más avidez que la que había comido en su cena de bodas.

Sentía lujuria por su cuerpo y deseaba desesperadamente llenarla con sus hijos. Imaginar su vientre hinchado y redondo con su bebé sólo sirvió para aumentar aún más sus ansias. La inundó con su semilla con la esperanza de que se quedara embarazada pronto.

Tumbado a su lado después de hacer el amor, se preguntaba por sus compañeros. Los casados se quejaban de su estado mientras que los solteros calumniaban una condición de la que claramente no sabían nada.

El matrimonio está muy subestimado... Si hubiera sabido lo bueno que es hacer el amor con la esposa, ¡me habría casado antes! Pero en su corazón, sabía que sólo había una mujer para él: la que había esperado. La que se acurrucaba a su lado en su lecho nupcial. Katherine, Condesa Devere.

* * *

Kate se despertó con una sensación de deliciosa lasitud cuando los primeros rayos del sol pasaron entre las pesadas y oscuras colgaduras del dormitorio de la Condesa Viuda. Su humor se evaporó bruscamente al darse cuenta de que estaba sola.

¡Maldición! Quinn se había escabullido, el muy miserable, sin haberla despertado para el duelo. Saltó de la cama y tiró del timbre, llamando a gritos a Bettina.

Buscó a tientas entre sus pertenencias su bata más antigua y las botas Blucher. Al igual que el día anterior, su relación con Quinn la había llevado a una situación social para la que no tenía ni idea de atuendo apropiado, pero supuso que un campo de duelos no era lugar para muselinas o sedas endebles. Se puso la bata.

"¿Lleva mucho tiempo fuera?" le preguntó a Bettina cuando su criada entró con la bandeja en la mano.

"¿Cómo dice, milady?". Bettina miró a Kate como si fuera una drogadicta.

"Devere. ¿Cuándo se fue?"

"¿Irse? ¿El Conde? ¿A esta hora? ¿Se siente bien, milady?" Bettina dejó la bandeja sobre una cómoda y avanzó hacia Katherine, con la mano extendida.

"Dime de una vez, Bettina, dónde está el Conde en este momento".

Bettina tocó la frente de Kate con mirada reflexiva. "No tiene fiebre", murmuró.

Kate apartó la mano de su criada. "¡Claro que estoy bien! ¿Dónde está mi esposo?"

"Yo no entro en el dormitorio del Conde, milady", dijo Bettina con rigidez, "pero creo que mi señor está allí. No quiero ser impertinente, pero espero que no me pida que lo compruebe".

Kate se quedó mirando. "Sí, desde luego. El duelo es mañana, ¿no?".

Bettina se llevó la mano a los cierres de la bata. "Sí, milady. Será en la Colina del Parlamento al amanecer. Mañana". La criada sacó la bata de los hombros de Katherine. "Estoy segura de que no será necesario que lleve este vestido". Lo puso de nuevo en la prensa, arrugando la nariz con desaprobación.

"Tienes toda la razón, Bettina". Kate habló dócilmente. "Por favor, tráeme mi bata". Se ató los cordones de la bata y miró a su criada, que seguía ocupada en la prensa de la ropa.

"Bettina."

"¿Sí, milady?"

"Nunca te he pedido que hagas nada que pueda poner en peligro tu posición". Kate se sentó en su cama y sirvió chocolate de una jarra de plata en una taza de porcelana.

"Gracias, milady".

"Mañana podría ser una excepción". La taza estaba decorada con rosas rojas pintadas alrededor del borde dorado. De muy buen gusto.

Bettina se volvió. " ¿De verdad, milady?"

"Tenga la seguridad de que ahora es mi ayudante, no del Conde. No permitiré que te despidan".

"Gracias, mi señora."

"Deseo asistir al duelo de mañana."

"Por supuesto, milady". Bettina se acercó al tocador. Comenzó a desempolvar los frascos y cepillos que estaban dispuestos.

"El Conde no está de acuerdo."

"Lo entiendo perfectamente, milady".

"¿Hay algún mozo de cuadra o ayudante de cocina cuya ropa se pueda tomar prestada?".

Las manos ocupadas de Bettina se aquietaron. "Eso no debería ser necesario, milady".

" "¿Por qué?"

"Simplemente siga en carruaje, milady. No tiene por qué sentirse incómoda".

Kate reflexionó. Inclinó la cabeza hacia un lado. "Creo que tienes razón. Había pensado disfrazarme de cochero y viajar a lomos del equipaje de mi señor. Pero eso es tristemente melodramático e innecesario, ¿no?".

Cuando terminó su chocolate, entró de puntillas en la habitación de Quinn. Se preguntó por

qué la había abandonado en mitad de la noche, pero no pudo evitar sentirse agradecida mientras permanecía junto a su cama, oyéndole roncar. Se metió bajo el edredón para echar una cabezadita, pero su respiración sonora se lo impidió.

Le dio un codazo en el costado. Resoplando, se dio la vuelta y su respiración se calmó. Ella se acurrucó en su brazo.

*

Más tarde despertó y encontró a su marido sonriéndole. "¿Por fin despiertas, Quinn?"

La besó en la frente. "Me has hecho muy difícil dormir, cariño".

"No pretendía molestarte. Pensé que sería agradable despertarnos juntos". Su mano se deslizó por el torso de él.

"Es agradable". La acurrucó más cerca, acariciándole el pecho.

"¿Por qué abandonaste mi cama anoche?"

"No podía dormir.

"¿Le pasa algo al colchón?".

Se retorció. "No.

Miró a su marido, decidida a descubrir el problema que intuía. "¿Y entonces?"

"Es sólo que... bueno, cariño, tú... tú duermes bastante... hum... ruidosamente", dijo él, sonando cojo.

"¿Cómo dices?"

Su incomodidad aumentó visiblemente. "Tu respiración. Es ruidosa. Cuando duermes".

"¿Quiere decir, mi señor, que ronco?"

"Pues... sí".

Ella se quedó muda.

Él se apresuró a añadir: "Yo no lo habría dicho, no es caballeroso. Pero sí, querida, ya que planteas la pregunta, roncas. Un poco. Un poquito". Le dio una palmadita en la cabeza. "Sería mejor decir que tú... duermes fuerte. Sí, eso es. Duermes fuerte. Me pareció que te molestaría menos si yo durmiera en mi propia cama".

Ella no se dejó engañar. Le golpeó la cabeza con la almohada. "¿Está diciendo que ronco? Usted, señor, suena como una compañía de elefantes bañándose en un río caudaloso, ¡y tiene la desfachatez de decir que yo ronco!". Volvió a golpearle.

" ¡No ronco!" Le quitó la almohada de las manos y le golpeó la espalda.

"Le pido disculpas por discrepar con usted, mi amo y señor, pero está claro que ronca". Ella utilizó otra almohada para golpearle en el pecho.

"¡Nadie me ha dicho nunca que ronco!".

Jadeó. Fue un golpe muy duro. "Nadie más ha sido sincero con usted, milord. Supongo que sus otras compañeras de cama eran contratadas o buscaban seriamente su afecto por razones que sólo ellas conocen". ¡Whack!

Enarcó las cejas. "¿No deseas mi afecto?" ¡Whack!

"Estoy casada contigo. No tengo que intrigar". Le hizo un gesto amenazador con la almohada.

Él la agarró mientras salía de la cama, retirándose a un refugio seguro detrás de una mesa cerca de una ventana. "¡Paz, paz!" Agitó las almohadas. "Yo tengo las armas, dulce Kate, así que será mejor que hagas las paces antes de que te arrolle".

Ella le sonrió. ¿"Arrollar"? Eso suena divertido. Ven y arrólleme, mi señor".

* * *

Quinn, fiel a su palabra, llevó a Kate a observarlo en una práctica de esgrima en el

establecimiento del signor Henry Ángelo. Tras quitarse el abrigo, Quinn, vestido con tirantes cruzados y calzones ajustados, practicó esgrima con el signor Ángelo mientras ella observaba. Tuvo que admitir que su marido manejaba muy bien el estoque y que seguramente sería mejor que el tío Herbert si Badham fuera tan insensato como para elegir estoques en lugar de pistolas. Le seguían preocupando las armas de fuego.

Sus pensamientos se vieron perturbados por una visión de lo más extraña: otra mujer en el exclusivo entorno del signor Ángelo. Kate sabía que Devere había recurrido tanto a la persuasión como al soborno para hacerla entrar, pero otra dama, audaz como el bronce, se pavoneaba en la sala como si perteneciera al lugar.

Quinn terminó de practicar y se acercó a Kate, secándose la cara con una toalla.

"Quinn", murmuró ella sotto voce. "¿Quién es esa señora?"

"Es la señora Cain".

La mujer tomó un florete y lo probó, agitándolo en el aire.

"¿Va a vallar con el Signor Ángelo?"

"Lo más probable."

"Entonces yo también quiero practicar la esgrima. ¿Quieres practicar esgrima conmigo?"

Los hombros de su marido dieron un brusco tirón hacia arriba. "No soy maestro de esgrima", dijo en lo que ella reconoció como su tono de voz más represivo.

"No necesito un maestro, sólo un compañero. Ya sé esgrima. Por favor, Quinn. No sabía que en Londres se permitiera esgrima a las damas. Ahora que lo sé, ¿puedo practicar un poco? Lamentablemente no estoy en forma, pero prometo ser entretenida".

"¿Sabes esgrima?" Retrocedió horrorizado.

"Por supuesto. Y montar a caballo, cazar y disparar, y muchas otras habilidades útiles. ¿Qué crees que aprendí en la escuela?".

Su boca hizo una línea apretada. "¿Qué otras 'habilidades útiles' aprendiste en esa escuela de Bath?".

"Oh, muchas. Demasiadas para contarlas. Idiomas, por supuesto, y todo lo que hay que saber sobre el buen mantenimiento de una casa y sus cuentas, baile, música y arte, bueno... ¡todo! Y la señorita Telmont dijo muchas veces que yo era una de las alumnas más destacadas", dijo orgullosa. "Entonces, ¿puedo vallar?"

"Por supuesto que no".

Ella se echó hacia atrás, asombrada por la inusual muestra de mal genio de su marido. "¡Bueno... bueno, lo es!"

"¡La señora Cain es muy mala onda!"

La mujer miró a Kate y sonrió, pero no se acercó.

Kate dijo: "Bueno, yo también".

"Estás casada conmigo. Por lo tanto, eres muy buena onda".

Su arrogancia la silenció y la enfureció a la vez. ¿Qué demonios le pasaba? Luchó por encontrar una réplica adecuada mientras su marido imponía dictatorialmente la ley tal y como él la veía.

"Aunque me recordaría muy agradablemente a nuestras locuras infantiles, dulce Kate, me temo que debo declinar la oferta. Un caballero no pelea con su dama". Se encogió de hombros y volvió a ponerse su abrigo azul marino superfino. "¿Nos vamos a la pañería?"

Ella estuvo a punto de discutir cuando recordó que nunca había ganado una discusión con él mediante tácticas convencionales. Suavizó deliberadamente su tono. "Sí, milord". Esperaba parecer sumisa mientras le seguía fuera de la casa del signor Ángelo.

*

Mientras la subía a su carruaje, Quinn se estremeció al pensar en Kate practicando esgrima. Kate con una almohada era desconcertante; Kate con un estoque en la mano sería una fuerza de temer. Subió tras ella y dijo: "Parece que siente un gran respeto por la señorita Elizabeth Telmont".

"Sí, ella ha sido estupenda conmigo. Fue muy amable después... después de que mis padres se fueran". El carruaje se puso en marcha.

Él le apretó la mano. "Me alegro de que tuvieras a alguien allí para apoyarte en la escuela. Debió ser una época muy difícil".

"La verdad es que no. He oído a otros quejarse de sus escuelas. Yo tuve suerte".

"¿En qué sentido?" Tenía curiosidad por saber cómo funcionaba su mente. La mayoría de la gente estaría triste o amargada por la pérdida de toda su familia.

"En realidad he tenido bastante suerte. Puede que haya perdido a mis padres y que sólo me quede ese horrible tío mío, pero tengo buenos amigos. Como Anna, Pen y Bryan". Una nube pasó por su bonita cara.

Quinn supuso que estaba preocupada por San Wills. "No te preocupes, dulce Kate. Me ocuparé de este pequeño asunto del malvado Herbert Badham por la mañana, antes incluso de que Bettina te haya traído el chocolate. Entonces podremos ocuparnos de Bryan San Wills".

Sus ojos eran suaves y brillantes. "¡Tengo amigos maravillosos, pero tengo el mejor marido!"

Él le lanzó una mirada suspicaz. "Sí, siempre y cuando esté bailando a su ritmo, ¿Cómo?"

"No sé qué querrás decir, querida". Ella abrió mucho los ojos.

" Hum... Como si no supieras cómo lograr lo que quieres".

"No pareces muy descontento por cómo se han desarrollado los acontecimientos".

"No lo estoy. Pero puedes dejar de dirigirme ahora mismo".

" Hum. " Ella se lo devolvió, el bagaje descarado, y se rió de la cara de tonto que él sabía que adornaba su rostro. "Soy tu mujer. ¿No significa eso que soy tuya para mandar?"

Frunció el ceño. Estaba decidido a no dejarse vencer por aquella mujer tan decidida. "Veamos que podemos encontrar para tu habitación," dijo cuando la calesa se detuvo en la pañeria.

* * *

Se retiraron pronto, justo después de cenar, y Kate supuso que Quinn quería dormir bien después de haberlos agotado a los dos en la cama.

Creía que le había hecho el amor con más fervor del habitual. La idea no le resultó fácil. ¿Se imaginaba que al día siguiente se encontraría con su Creador?

A pesar del vigoroso revolcón, ella no podía dormir. Mientras él roncaba -durmiendo ruidosamente, como él decía, ese desgraciado insolente-, ella se levantó de la cama y se dirigió a su propia habitación, colgada ahora con encaje blanco de Battenberg. Se preguntó qué le depararía la vida al día siguiente. Su mente daba vueltas y vueltas como un ratón en el arrimadero. Si Herbert perdía... bueno, ¿a quién le importaría? A ella, desde luego, no. Otra rata muerta, y una más por matar.

Si Herbert ganaba... Su mente rehuía las consecuencias. Habiéndose casado con Quinn, no le importaba su propio destino. Sabía que, como viuda rica, sería capaz de reunir los jirones de su vida y tejerlos en algo significativo.

Pero Quinn era desde hace meses su piedra angular, su roca y su estabilidad. Había llegado a depender de él para todo. Sí, como Condesa de Devere, tendría seguridad económica y control

sobre su propio destino. Pero todo lo que realmente valoraba: el amor, el marido y la familia, desaparecerían... otra vez.

Perderle era impensable. Se llevó una mano al estómago. Él tenía razón. Podría estar esperando un hijo suyo. Dar a luz a su heredero y criarlo hasta la edad adulta sin un padre podría superar sus capacidades.

Cerró los ojos y suplicó en silencio a cualquier Dios que estuviera en los cielos que protegiera la vida de su marido.

Capítulo Catorce

Quinn se levantó temprano. El día se presentaba inusualmente gris y frío. Sin Kate en la cama, sintió escalofríos cuando extendió las piernas hacia el suelo. Dormir separados era a la vez una bendición y una maldición, pero hoy no le disgustaba encontrarse solo. Se le había metido un gusanillo en la cabeza con lo del duelo, así que estaba igual de contento de que durmiera en su habitación. Evitando la quinta tabla de la pared -la que crujía- se acercó de puntillas a la puerta que comunicaba sus habitaciones y escuchó, sólo para asegurarse.

Silencio.

Bien. Se acercó a la puerta del pasillo y la abrió. Hizo un gesto al sirviente que estaba fuera y se llevó el dedo a los labios antes de que empezara a hablar.

"Trae a Malcolm", susurró. "En silencio. No molestes a Lady Devere, o todos pagaremos las consecuencias".

Asintiendo, el hombre se escabulló. Pocos minutos después, Malcolm apareció, junto con otros dos sirvientes. Uno llevaba agua caliente para el lavado de Quinn. El otro llevaba la bandeja del té.

Malcolm afeitó a Quinn antes de elegir la ropa para el compromiso. No sabía si Badham elegiría pistolas o estoques, pero no se arriesgaría. Si se disparaban a veinte pasos, quería confundirse con el brumoso amanecer. Si no, bueno, estaría encantado de atravesar a Badham con cualquier ropa.

Un abrigo gris con botones de plata cepillada. Pantalones del color de la niebla. Un sombrero gris de ala rizada para cubrir los mechones rojizos de Quinn.

Adecuadamente ataviado, salió de su habitación, Hobys en mano. No se atrevió a caminar por el pasillo para no despertar a su esposa.

*

Como Quinn había predicho, el amanecer fue gris y brumoso. La luz llegaba a regañadientes a la colina del Parlamento a pesar de su elevación. Los caballos pataleaban y se agitaban en sus rastros mientras esperaban.

Allí estaban casi todos los que debían estar: Quinn y sus segundos, Pen y Hawkes. Hawkes había traído los juegos de armas necesarios. Pen incluso había comprometido un serrucho por si las cosas se torcían, y Badham sólo estaba herido, no muerto.

"¿Dónde diablos está?" Quinn intentó no quejarse. No le bastaba con que el canalla hubiera secuestrado a su mujer y le hubiera sacado de su agradable y cálida cama antes del amanecer, ¡sino que encima el muy canalla tenía que llegar tarde! Se sintió injustamente ofendido.

"No te preocupes, Devere, debe ser él". Hawkes puso una mano tranquilizadora en la manga de Quinn. "Ahora lo tendrás".

Pen entrecerró los ojos a través de la niebla. "Quinn, ese carruaje me resulta muy familiar".

Quinn se acercó a la cima de la colina. Frunció el ceño. "¡Maldita sea!"

La calesa le resultaba familiar. Maldita sea, ese era su escudo en la puerta, y la mujer que salía de ella era su esposa. "¡Katherine!" Bajó la colina a su lado.

Kate soltó la mano del cochero que la ayudaba al bajar del coche. Le saludó con su sonrisa más brillante.

"Buenos días, milord". Lo examinó de pies a cabeza, asintiendo con aprobación. "Parece que no ha sufrido ningún daño. Entonces, ¿Herbert ha muerto?", preguntó, con una nota de

esperanza en la voz.

El negó con la cabeza. "El maldito no ha aparecido".

Su rostro se descompuso. "Pero aún hay tiempo, ¿no?

"No lo sé. Se suponía que llegaría al amanecer". Se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo. Volvió a colocarse el sombrero, consternado. No debo ir por ahí con el pelo desordenado. ¿En qué estoy pensando? Malcolm se horrorizaría.

Su mujer continuó mirándolo, complacida. "Estás guapísimo con ese sombrero. Las canas te sientan bien, ¿sabes?".

Él no se distrajo en lo más mínimo. "Vaya, gracias, Katherine. ¿Podrías explicarme qué haces aquí?"

Ella le sonrió, ataviada con un vestido azul de paseo con un Spencer azul más pálido. La prenda corta y ajustada llamaba la atención sobre su generoso busto. ¡Y bien que lo sabe! se quejó Quinn en silencio. Se preguntaba qué clase de monstruo había creado mientras su mujer agitaba sus largas y oscuras pestañas sobre sus brillantes ojos azules.

Estaba encantado, como siempre, y no podía negarle nada. Aunque lo intentaría. No iba a dejarse manejar por ella durante el resto de sus vidas.

"Ven." Tomándola del brazo, la acompañó colina arriba. "Saluda a Pen y Hawkes, y tómate un café".

Kate enarcó las cejas. "¿Un café?"

Un criado salió del carruaje de Hawkes con una cesta. La abrió para revelar un servicio de café en plata.

"Si hubiéramos sabido de tu asistencia, querida, habríamos preparado chocolate", dijo Quinn sardónicamente. "Tal como están las cosas, tendrás que conformarte. ¿Una servilleta? Le alcanzó un cuadrado de lino bordado.

El criado sirvió y esperaron. Hablaron desganadamente del tiempo y de la hora.

Pasó media hora.

Y otra más.

Por fin Kate habló. "Digo, Quinn, ¿no era el compromiso al amanecer?".

Quinn asintió.

"¿En la Colina del Parlamento?"

Volvió a asentir.

"¿En Hampstead Heath?"

"Umm."

Miró a su alrededor, agitada. "¿Nos hemos equivocado de día? Posiblemente sea mañana".

Pen habló. "Es hoy, para estar seguros. El gorila se ha largado".

Kate jadeó. "¿Quieres decir que no va a venir?"

"Parece que no". Quinn hablaba con calma, pero le hervía la sangre. "Hawkes, ¿quiénes eran los segundos?".

"Su hijo, por supuesto, y un espabilado que se hacía llamar capitán Grayned".

" Hum... Capitán. No es muy probable. Te apuesto una guinea, Hawkes, el canalla se ha dado a la fuga."

Hawkes se rió. "Acepto cualquier apuesta por una guinea, Devere."

"Sí, bueno, ahora soy un hombre casado. Ya no puedo andar con los muchachos amarillos como antes. ¿No vamos a casa de Limmer? Estoy realmente ansioso por concluir mis negocios con Badham y su engendro".

"Yo también", dijo Kate.

Quinn miró a su alrededor. "Lárgate, Kate", se quejó. "Hay demasiados carruajes aquí ahora".

"Bueno, te dije que iba a venir", dijo ella. "Elegiste no creerme. ¿Pensó que me saldrían alas y volaría hasta la Colina del Parlamento, milord? Por supuesto que tomé un carruaje".

"Te pedí que te quedaras en casa", dijo él.

"No, tú me dijiste que me quedara en casa. Hay una diferencia bastante grande".

Tosiendo, Hawkes dio un codazo a Sir Pen. "Digo, que estamos bastante de moda aquí, viejo amigo. Nos veremos en casa de Limmer", dijo a Quinn y Kate antes de subir a uno de los cuatro carruajes aparcados al pie de la colina.

El médico se aclaró la garganta. "¿Puedo suponer, milord, que no necesitará mis servicios?".

"Esta mañana no", contestó Quinn sombríamente.

"Le enviaré la factura". Con esa nota, los enfermeros se marcharon.

Quedaban dos carruajes. Sir Pen dijo: " Me llevaré su carruaje y me reuniré con usted en casa de Limmer".

"Hola", le dijo Quinn a Kate. "Parece que sólo quedamos tú y yo, chica. Vamos a ver si podemos sacar a Badham y a su hijo de su madriguera".

Bettina se sentó en el carruaje y miró con desprecio a Quinn cuando subió. Le preguntó: "Bettina, ¿qué haces aquí?".

Kate enarcó las cejas. "Seguramente, milord, no esperaba que saliera sola".

"No esperaba que salieras. Esto es obra tuya, ¿no?", le preguntó a Bettina.

"La condesa planeaba disfrazarse de postillón o mozo de cuadra, milord, y unirse a su cochero". La escarcha ribeteó cada una de las sílabas de Bettina. "La convencí de que vestirse como corresponde a su posición y tomar un carruaje era más apropiado".

Se sintió apaciguado. "Muy bien, Bettina. Recuérdame que te aumente el sueldo".

Kate interrumpió. "Bettina es mi sirvienta, no la suya, milord. No le corresponde a usted reprenderla o recompensarla". Se volvió hacia Bettina. "Recuérdame, por favor, que te suba el sueldo".

"¿Cómo dice?" Miró por encima del hombro a su joven esposa. Miró a Bettina. "Katherine, continuaremos esta discusión sobre tus ilusiones en otro lugar."

"¿Ilusiones, milord?" Kate parecía enfadada.

Se llevó el dedo a los labios y volvió a dirigirse a Bettina. "He notado que la Condesa tiende a estar abominablemente triste por las mañanas, Bettina."

"Con todo respeto, debo discrepar, milord. Mi señora ha estado generalmente alegre en todo momento... hasta hace cuatro días". La voz de la criada estaba cargada de reproches.

Suspiró, cerrando los ojos. Se recostó contra los taburetes, con la cansada resignación pesando en cada hueso. "Los dos estáis azules por las mañanas".

* * *

Los ronquidos llenaron el carruaje. "Bettina, eres testigo de que Lord Devere ronca." Kate se quitó la cofia, se la entregó a su criada y se recostó en la curva del brazo de Devere para echar una cabezadita.

* * *

A medida que el carruaje se adentraba en los barrios más concurridos de Londres, los ruidos mañaneros de los vendedores ambulantes, los cocheros y otras personas que se encontraban en el exterior despertaron a Devere de su letargo. Apartando el sueño de sus ojos, miró hacia abajo para ver a su esposa acurrucada a su lado. Sonrió. Adoraba a aquella mujer, incluso cuando roncaba.

"Bettina", susurró. "No se lo digas a ella, pero ten en cuenta que la Condesa ronca".

"De acuerdo, señor."

El carruaje se detuvo frente al hotel Limmer de un tirón. Quinn extendió un brazo para evitar que Kate se cayera del asiento. Aferrada a él, parpadeó somnolienta. "¿Hemos llegado ya?"

"Sí. Es el hotel Limmer", respondió él.

Ella miró por la ventanilla. "Qué lugar más mugriento y lúgubre".

"Lo es. De muy mala calidad, abastece principalmente a terratenientes, vendedores ambulantes de hipódromos y gente a la que no le importa mucho lo que come. Quédate aquí", ordenó y, por una vez, pareció que su Kate no tenía especiales ganas de discutir con él. Abriendo la puerta desde dentro, saltó al suelo sin ayuda de los escalones retráctiles ni del cochero.

Al entrar en el tenue vestíbulo, se encontró con Hawkes y Pen. Pen parecía enfadado, pero Hawkes parecía muy contento. "Mala suerte, Devere, el pájaro ha huido".

"¿Qué?" Quinn se quedó mirando a su amigo.

Hawkes señaló al empleado que estaba detrás del escritorio de madera pulida. "Este botónes me dice que nuestro amigo Badham y su hijo pagaron su tiro hace dos días y no se les ha visto desde entonces".

Pen miró a Quinn. "Creía que tenías a los corredores de Bow Street pisándoles los talones".

"Los tenía. Pero después de avisarle, no pareció hacer falta". Quinn se volvió hacia el empleado, que barajaba sus papeles. "¿Hay algún rumor o pista sobre el destino de Badham?".

"Lo hay, señor".

"Milord", corrigió Hawkes.

"No te preocupes por eso", dijo Quinn. " ¡Sácalo, hombre!"

"Cuando Badham firmó la factura final, utilizó el nombre de Scoville e indicó que tenía como dirección de reenvío Boston, en América. ¿Ves?" El empleado agitó un trozo de papel.

Quinn tomó el pedazo de papel y lo examinó con los ojos entrecerrados. Podía sentir que Pen y Hawkes se cernían sobre su hombro. "Ese parece ser el caso. Boston, en América, no Boston en Lincolnshire". La frustración se acumuló en su pecho. Se sentía como un gato esperando en la madriguera de un ratón, sin saber que la presa había salido corriendo por otra grieta del suelo. "¡Maldita sea!" Golpeó con el puño una pared cercana, rompiendo el revestimiento barato.

"¡Aquí, aquí! Nada de eso". El empleado salió corriendo de detrás de su escritorio. " ¡Lord o no lord, pagará por los daños, milord!"

"Por supuesto". Quinn se masajeó la mano después de sacarla de la pared.

Pen sacó una cartera de su abrigo. "Si no hubieras sido tú, habría sido yo, hermano", comentó a Quinn mientras le pasaba unos billetes al empleado.

* * *

"¿Y ahora qué?" preguntó Kate, mientras el criado depositaba otro trozo de carne trinchada en su plato.

La luz entraba a raudales en el comedor de la casa de Quinn en la Plaza Berkeley, donde el grupo se había reunido para comer un poco y discutir su siguiente paso.

Su marido reflexionó. "No estoy seguro. Quizá haga que los Corredores y mi agente hagan algunas averiguaciones".

" Pienso que deberíamos ir a la Abadía", dijo Kate. "No acabo de convencerme de ese cuento de Banbury de que Herbert y Osborn se van a las Américas. Allá no son nada, mientras que aquí, él es un Conde, aunque todos lo aparten".

"Por otro lado, si hubieran vendido la Abadía, podrían tener un poco de dinero para empezar de nuevo," dijo Pen. "Deben haber sabido que nunca descansaríamos hasta que estuvieran muertos. La única forma de mantener entero su cutre pellejo era irse muy lejos". Miró a Quinn. "Contigo casada, debían de saber que no les perseguiríamos hasta América".

Quinn soltó una carcajada. "En eso tienes toda la razón. Yo, por mi parte, no tengo ningún deseo de visitar ese lugar de mala muerte, ni siquiera por el placer de matar a Herbert Scoville."

"Se haya ido o no, quiero ir a la Abadía". Kate hizo un gesto a un criado para que sirviera otra botella de borgoña.

"¿Por qué, Katie?", preguntó su marido. "No puedes tener buenos recuerdos del lugar".

"No los tengo, pero si se han ido, es ahora de mi propiedad", dijo ella. "Y si la han vendido, quiero hablar con los nuevos propietarios y preguntarles si puedo recuperar algunas reliquias familiares".

"Dudo que te permitan llevarte algo valioso", dijo Quinn.

"No quiero nada muy valioso. Quiero informarme sobre el destino de algunos retratos de la familia. Al fin y al cabo, son cuadros de mi familia y de nadie más. Seguro que al nuevo propietario no le pueden importar tanto como a mí".

"El niño está en lo cierto, Quinn". Pen habló. "También puedes aprovechar para ver si Badham y su engendro merodean por los alrededores. Dos pájaros de un tiro".

"El nuevo dueño también podría concederme acceso a las tumbas de mis padres". Kate cortó la carne.

Quinn levantó las manos en señal de derrota. "Muy bien, estoy convencido de que un viaje a Wiltshire es el curso de acción correcto. Kate, eres muy persuasiva. Y, tenemos la oportunidad de encontrar al señor San Wills".

"Sí, Bryan es una preocupación", dijo Kate. "Me siento responsable porque él cabalgó hacia el este para encontrarme. ¿No has sabido nada de nadie?".

Quinn negó con la cabeza.

"La gente no desaparece así como así en la carretera del Gran Oeste". Hawkes frunció el ceño. "Es un poco salvaje a lo largo de Bagshot Heath, ¿no? ¿Registraron los corredores el lugar?"

"Lo hicieron", dijo Quinn. "Ni siquiera encontraron su caballo".

"Parece un callejón sin salida", dijo Pen.

Qué frase tan espantosa. Un escalofrío recorrió a Kate. Hizo un gesto al criado para que cerrara la ventana. La luz del sol que entraba por los cristales no le hizo sentir escalofríos. "Bueno, si nos vamos pronto de la ciudad, tengo que preparar el equipaje".

"¿No puede ocuparse de eso su criada?" La perezosa mirada de Quinn fue de su pelo a su pecho y de nuevo a sus ojos. Quinn sonrió.

Ella se calentó bajo su mirada ardiente. Sus intenciones eran tan claras como un cálido día de verano. "Eh, no", dijo ella. "Como me he casado, debo encargar un atuendo más adecuado. No puedo seguir vistiendo de blanco y rosa. Muy inapropiado".

"Así es". Levantándose, le ofreció un brazo. "Me hubiera encantado acompañarte, Katherine, pero me temo que debo reunirme con Carrothers si vamos a dejar la ciudad de nuevo".

"Entiendo, mi señor. Llevaré a Bettina o quizás me reúna con Sybilla Farland en la Casa Grafton".

*

Desgraciadamente, Sybilla no se reuniría con Kate, alegando indisposición. Kate sospechaba que la perspectiva de ir de compras aburría a la intelectual señorita Farland. Sybilla

nunca había parecido interesada en los ornamentos y las florituras como las demás muchachas. Kate suspiró, deseando que Louisa, a quien le encantaba ir de compras, siguiera viviendo en la ciudad, pero lady Anna se había llevado a las jóvenes de vuelta a Kent para que descansaran después de la agitación del secuestro de Kate.

Kate, seguida de su criada, visitó primero la Casa Grafton para comprar telas, y luego indicó al criado que llevara sus compras en el carruaje de Quinn al establecimiento de Madame Mirielle, junto a la calle San James. Decidió ir andando, ya que la actividad era absolutamente inusual a esa hora, con otros compradores abarrotando el elegante Mayfair.

La calle James, con sus abundantes clubes de caballeros, se había convertido en un dominio masculino. Cualquier mujer que fuera vista allí entre las dos y las seis de la tarde corría el riesgo de ganarse una mala reputación con la misma rapidez.

Las caricaturas del escaparate de la imprenta de la señora Humphrey llamaron la atención de Kate. "Oh, paremos aquí", le dijo a Bettina.

Kate soltó una risita al ver una caricatura del monarca con un traje que se parecía más a un globo a rayas. Jorge IV se consideraba un dandi. ¡Ja! Rey o no, no podía hacerle sombra a su marido, pensó con orgullo.

Otros transeúntes se detuvieron a mirar los dibujos mientras su mirada se dirigía a una caricatura del interior de una iglesia, en la que aparecía un hombre de nariz larga y exagerada agarrado del brazo de una tonta de ojos grandes, cuerpo pechugón y sonrisa de becerro. Su otra mano le levantaba las faldas, dejando al descubierto una liga, atada alrededor de su regordeta rodilla.

El pelo del hombre estaba teñido de rojo, y la moza de ojos azules lo miraba con expresión de tonta enamorada. Conmocionada, se reconoció a sí misma y a su marido con ocasión de su boda, pocos días antes. Arrancó la caricatura de la ventana para examinarla detenidamente.

El título del dibujo era "La Moral y Costumbre de los Nobles".

Se tapó la boca con el puño. No podía respirar.

El diálogo en la burbuja sobre la cabeza de Quinn decía: "Habiéndome acostado con ella, me casaré con ella y le quitaré todo lo que tiene de valor. ¿Qué otra cosa puede hacer un honorable tutor?".

Las palabras que salían de la boca de la muchacha no eran menos humillantes. "¡Mi querido señor, qué suerte tengo de tener un zagal tan atento!".

Dos personas en el fondo dijeron a otra: "¡Y aún no ha salido!". Su compañero respondió: "Milord tiene preferencia por las vírgenes...".

Se dobló por la cintura, jadeando, con la caricatura aplastada en una mano. Oyó la voz de Bettina como si viniera de muy lejos.

" ¡Milady! Milady".

Se enderezó con un esfuerzo, esperando no haber llamado la atención de ningún transeúnte. Escuchó risas. Parpadeando, se dio la vuelta y vio a dos jóvenes riéndose de otra caricatura. Se sintió mal. ¿Y si habían visto la caricatura que tenía en sus manos y la habían identificado como ella?

Peor aún, el dibujo no era original, sino un grabado. Dios mío. Podría haber miles de copias de aquella basura mezquina y odiosa distribuidas por todo Londres. Se apoyó en Bettina, cerrando los ojos.

"Milady, ¿se encuentra usted bien?".

Kate se llevó una mano a los labios, de los que ahora amenazaba con salir la comida. Tragó saliva. "Me encuentro muy mal, Bettina. Vayamos a la calesa a toda prisa. Debo volver a casa de

inmediato".

Cogió el velo que adornaba su bonete y se lo bajó para ocultar su rostro. Apoyándose en el brazo de Bettina, Kate se tambaleó por la calle de San Jaime. No tardó en llegar al refugio del carruaje de Quinn.

Bettina se volvió hacia la puerta del establecimiento de la modista, pero Kate la llamó. La criada parecía asombrada.

"Nos ocuparemos de la ropa otro día, Bettina". Kate ordenó al cochero que regresara a la Plaza Berkeley, y luego se desplomó contra los sillones. Cerró los ojos, deseando que sus lágrimas desaparecieran hasta llegar a la seguridad de su habitación.

Dando un portazo en la cara de asombro de su criada, Kate se arrojó sobre la cama. Los sollozos se apoderaron de ella. Se acurrucó alrededor de una almohada y lloró.

¿Cómo iba a enfrentarse a su marido y a sus sofisticados amigos después de aquella humillación? ¿Sería esto lo que la gente pensaría de su matrimonio, que era una farsa para que Quinn pudiera quedarse con su virtud y su fortuna?

El dolor se clavó en lo más profundo de su alma. Quinn nunca le había dicho que la amaba. Dios santo. Le había dado su corazón a un hombre sin corazón. Él había dicho que la necesitaba, pero era bien sabido que un hombre necesitaba una esposa bien nacida, que le diera herederos y la utilizara para su placer. Y él era muy, muy experto en usarla para su placer. Había deseado a otra mujer porque era una reproductora probada, y parecía más preocupado por dejar su semilla en su cuerpo en cada oportunidad.

Peor aún, parecía que el mundo entero sabía que el encantador dandi se convertía en una bestia insaciable a puerta cerrada. Milord tiene preferencia por las vírgenes... ¿Es eso todo lo que era para su marido? ¿Un recipiente adecuado para su uso?

Se incorporó. Él no ganaría. Ella no se lo permitiría.

Capítulo Quince

¿Dónde demonios se encontraba su Kate? Tras regresar de una tarde en casa de White, Quinn merodeó por la casa, que parecía extrañamente grande y vacía, a pesar de las hordas de sirvientes que abarrotaban la mansión. Caía la noche, ¿y ella seguía comprando? De lo más peculiar y absurdo, pero tanto su esposa como su criada no estaban, al igual que su carruaje.

La preocupación le atormentaba. ¿Y si Badham y sus nocivos vástagos se la habían llevado de nuevo? Parecía improbable, con Osburt herido y ambos fuera del país, pero desde que ella había entrado en su vida habían ocurrido sucesos más extraños.

Al acercarse a su dormitorio, Quinn dudó. No le gustaba inmiscuirse, pero aquella habitación era el único lugar donde no la había buscado. Al abrir la puerta, se quedó boquiabierto. La habitación parecía barrida por el viento. Todos los cajones estaban abiertos y las puertas del tendedero estaban abiertas de par en par. Quedaban pocos vestidos y ningún calzado. Había cintas y lazos esparcidos por el tocador. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Dónde diablos estaba Kate?

Agarró el tirador del timbre y llamó a Harper a gritos, avergonzado al oír el agudo tono de pánico en su voz. Seguro que no había huido. ¿Por qué habría de hacerlo? Todo era maravilloso. Herbert se había ido y se querían. ¿Verdad que sí?

No pudo evitar la sospecha que rugió en su mente. Con Badham fuera, el peligro en su vida había terminado y ella... ella ya no necesitaba un protector. Maldita sea. Ella había insinuado que necesitaba un campeón, y él había estado ahí para ella. Había utilizado su hermoso cuerpo para conseguir lo que quería, un matrimonio de conveniencia para protegerla de su malvado tío. Y ahora que el malvado tío Herbert se había ido, bueno, Kate también. O eso parecía.

La ira le calentó la sangre. ¿Cómo se atrevía? Ella le pertenecía, y él la tendría de vuelta. Podría estar embarazada de él en este mismo instante. ¿Creía que iba a robarle a su heredero?

Harper entró, la imagen de la calma con su pulcro vestido gris y su gorra con volantes. "¿Sí, milord?"

"La condesa. ¿Regresó de su expedición de compras?"

"Sí, milord, pero volvió a salir después".

"¿Adónde fue?"

"No lo sé, milord, pero tenía la impresión de que usted estaba al tanto del viaje. La condesa se marchó abiertamente, llevándose varios baúles". Harper sacó un pedernal de su bolsillo para encender las lámparas y velas colocadas en la habitación, mirando el desaliño con el ceño fruncido.

" ¡Maldición! ¿Iba sola?"

"No, milord. Acompañada de su criada, se marchó en el carruaje". ¿Hay algún problema? Pensé que usted y la condesa habían planeado salir de Londres hacia Wiltshire y entendí por Bettina que tenían la intención de viajar por separado."

"Sí, hay un problema. No teníamos tales planes", dijo entre dientes. Tendría que azotarla cuando la encontrara. No le gustaba pensar en azotar a Kate, pero no podía tolerar a una esposa voluntariosa y desobediente.

* * *

Rebosante de fragante vegetación estival, Wiltshire deleitó todos los sentidos de Kate. Los

terrenos de la abadía de Badham no eran una excepción. Paseó la mirada por las amplias praderas, ahora ocupadas por los jardineros que reparaban las pruebas de la negligencia de Herbert. Sentada en una mesa cerca de la balaustrada por la que había trepado meses atrás durante su huida de su tío, escuchaba al actual propietario de la abadía.

Randolph Gillender, un tipo corpulento de unos cincuenta años, hablaba mientras un criado servía el té de la tarde. "Recuerdo muy bien a su madre, mi hermana. Era una buena chica".

"Yo también la recuerdo. No pasa un día sin que eche de menos a mamá". Deseó saber cómo llenar el vacío de su corazón.

"Por supuesto." Inclinándose sobre la mesa, su tío le apretó la mano. "No te pareces mucho a ella. Pareces tener el aspecto de los Scoville".

Ella revolvió su té, agachando la cabeza avergonzada. "Cómo debes odiarnos".

"¡No, nunca! Nunca podría odiar a la hija de Margaret".

"Pero mi abuelo prohibió todo contacto entre nuestras familias". Levantó la cabeza para mirar de nuevo a su alegre y amable tío. "¿Te lo imaginas? Nunca supe que existías hasta hoy".

"Eso formaba parte del contrato matrimonial". El tío Randolph acomodó más su bulto en la silla. "Bennett y Margaret estaban locos el uno por el otro, pero tu abuelo, el viejo conde, no permitiría el matrimonio a menos que los Gillender no tuviéramos ningún contacto con los Scoville. Nos llamaba Cits".

"No era demasiado orgulloso para aceptar tu dinero". No pudo evitar la amargura en su voz y en su alma. Había admirado y querido a su abuelo, creyendo que el viejo Conde se había preocupado por ella. Pero la había privado de lo más importante para Kate: la familia.

"Ah, el viejo Conde era rico como Midas, pero siempre quiso más. Si no, habría repudiado a Bennett. Margaret no podía soportar que Bennett perdiera su título. Sabía que significaba todo para él. Y, ella quería ser su Condesa, y asegurarse de que pudieras casarte bien". Randolph suspiró. "Fue duro, muy duro, renunciar a ella. Era la más joven, la chica de oro de nuestra familia. Mamá y papá la adoraban".

"Era preciosa, ¿verdad? Kate esperaba no llorar, avergonzándose delante del tío Randolph. A pesar de su amabilidad, seguía siendo prácticamente un extraño.

La pena la invadió. Se había desilusionado de su abuelo, de su tío Herbert, de su marido... ¿No había nadie en quien pudiera confiar?

"Sí, tu madre era adorable. Y tú tienes su dulzura de carácter y su buen humor. Nunca pienses que no eres una hija digna, Katherine. Toma otra tarta de bayas, y no seas malhumorada." Su tío le sonrió, colocando un pastel en su plato. "Bien está lo que bien acaba, ¿qué?"

Intentó sacudirse el mal humor. Su tío no merecía compartir sus gustos. "Es grandioso que ahora seas dueño de la Abadía y del título. Los Gillender se lo merecen".

"Sí, lo sabemos, ¿verdad?". dijo Randolph con complacencia. "Ahora todo lo que necesitamos es que usted y su marido arreglen sus diferencias".

"No sé si eso es posible". Jugueteó con la servilleta en su regazo.

"Mejor considéralo, Katie. No conozco a muchos Condes, pero no puedo imaginar que un par se tomaría muy bien que su esposa lo abandonara. Humillante". Randolph removió su té.

"Yo soy la humillada".

Su tío se encogió de hombros. "Los cotilleos son el vino y el pan de la nobleza, sobrina. Dentro de quince días habrá otro escándalo para entretener a los concursantes, y nadie se acordará del apresurado matrimonio de Kate Tyndale. No te refriegues en ello".

"Él no me ama, tío. ¿Qué haré?" La desesperación se apoderó de su estómago.

"¿Qué tiene que ver el amor? Os llevabais bastante bien, ¿verdad?, antes de ver ese miserable dibujo animado".

"Bueno, sí. Pasó un dedo por el borde de su taza de té.

Su tío se rascó la barbilla. "Preocúpate de tu propia felicidad, no de las burlas y desprecios de los demás. ¿Crees que me importa un bledo la buena opinión de la sociedad? ¿Habría comprado el título y la Abadía si así fuera? Sé lo que dirán. Los chismosos tontos desenvainarán sus garras y me tacharán de pretenciosa advenediza, de seta pertinaz... todo eso. No importa. Mis hijos serán presentados en la corte, y contraerán buenos matrimonios. Eso es lo que importa".

Levantó su tenedor de pastelería. "Quiero un matrimonio como el que tuvieron mis padres."

"Ah, Bennett y Margaret, eran toda una pareja. Una vez que se veían, nada podía separarlos. Deseas un tipo raro de amor, Katherine. Mejor hazlo con lo que tienes."

"Lo que tengo no es nada." Pinchó su tarta.

"¿Y de quién es la culpa? Abandonaste a tu marido. Tendrás suerte si no te da un bastonazo en la espalda".

Se mordió el labio. Sabía que pocos maridos ahorraban la vara, pero no podía imaginarse al dulce Quinn blandiéndola. Pero él había disparado a Osborn, ¿no? Parecía ansioso por matar al tío Herbert. Quinn tenía un lado violento en su naturaleza.

"¡Papá! ¡Papá! Lydia Gillender, una chispeante muchacha de dieciséis años, irrumpió en la balaustrada a través de las puertas francesas abiertas. "¡Hay una reunión!"

"¿Una reunión?" preguntó Randolph a su hija mayor.

"Sí, en Salisbury dentro de dos noches. Podemos ir, ¿no?".

Randolph miró a Kate. "Sí, si la condesa hace de carabina mientras tu madre está en Londres".

"¡Oh, por favor, prima Kate! No sería nada excepcional".

Kate sonrió. Se había perdido muchas fiestas en su corta juventud y no se negaría ese placer. Tal vez el baile la ayudaría a olvidar sus problemas. Y sabía que Lydia, en los dos años anteriores a su presentación en Londres, se beneficiaría asistiendo a algunas pequeñas reuniones en el campo. El aplomo ganado aseguraría a la diminuta Lydia, bendecida con la inusual combinación de pelo rubio y ojos oscuros, la entrada en los círculos más exaltados de la nobleza, pues era un diamante de primera clase. "Estaré encantada de asistir".

*

Vestida de blanco y azul, Kate se sentó tras un baile campestre y se abanicó el rostro acalorado. "¡La, Bryan!" Se rió mirando a la cara a su amigo. "Me temo que este baile me ha dado mucha sed".

Bryan San Wills recogió su taco inmediatamente. "¿Te traigo una limonada o quizás champán, Kate?"

"Gracias." Cerrando su abanico con un chasquido, recorrió el salón de baile. Todo el Salisbury de moda había acudido a la cita. Las matronas del campo llevaban a sus invitados, vestidos con sus mejores galas, al salón para ser acompañados por los sonrojados hijos de la nobleza local. Los personajes de mayor edad se entregaron a uno o dos bailes mientras acompañaban a los jóvenes.

Bryan regresó con champán para Kate, que bebió un sorbo mientras charlaba con él y vigilaba a Lydia Gillender. No tenía por qué preocuparse, pues Lydia era todo un éxito. Vestida con sarcenet amarillo limón y encaje, no se había sentado en dos horas mientras sus atentos zagales se aseguraban de que las suelas de sus zapatillas de baile estuvieran gastadas a medianoche.

Kate se reclinó en su silla, inclinando la cabeza para dirigirse a Bryan. "Una velada encantadora, ¿verdad?".

Pero él no respondió a su comentario. En cambio, parecía atento a alguien, o algo, que tenía lugar al otro lado de la concurrida sala. Se giró para ver qué fenómeno había hecho que el normalmente educado Bryan la ignorara.

Había entrado un exquisito de estatura inusual y aspecto llamativo. Se le cortó la respiración.

Más alto que los demás caballeros por al menos una cabeza, los hombros del dandi, enfundados en un impecable superfino negro, rellenaban su chaqueta de corte soberbio como si la prenda hubiera sido moldeada a su cuerpo masculino. El severo blanco y negro del traje de noche del corintio sólo se veía aliviado por un gran rubí en su corbata. Avanzó, separando a la multitud con más garbo que Moisés dividiendo el Mar Rojo.

Se acercó. Unas manos largas y elegantes, inmaculadamente enguantadas, estaban semicubiertas por una exuberante caída de encaje desde la muñeca, un toque inusual y anticuado. Estaba claro que este galán no temía desafiar o crear la moda a su antojo.

No podía respirar. La cabeza le daba vueltas.

"San Wills". Quinn asintió a Bryan.

Bryan inclinó la cabeza. "Devere".

"Un placer verle, señor. Le habíamos perdido la pista desde que partió a buscar a Kate". La voz de Quinn era sedosa. Se agachó y le levantó una mano de los brazos de la silla a la que se aferraba. Le acarició la palma mientras le sonreía con picardía en la mirada.

Cerró los ojos. No sabía qué esperar la próxima vez que viera a su marido, pero no había pensado en coquetear en medio de una asamblea abarrotada. Un calor tembloroso se apoderó de la parte inferior de su cuerpo.

"No encontré a Kate en la abadía de Badham y continué hasta Somerset para visitar a mis padres", dijo Bryan. "Deseaba informarles de mis nupcias pendientes".

"Entonces las felicitaciones están en orden. ¿Lady Sybilla Farland?

"Sí."

" Una encantadora muchacha. Es de esperar que los cuatro nos veamos con frecuencia en el futuro. Tenemos mucho en común."

"Gracias." Bryan se aclaró la garganta. "Entiendo por Katie que todos ustedes experimentaron preocupación por mi paradero. Por favor, acepten mis más sinceras disculpas. Envié un mensaje, pero el correo en algunas zonas de Somerset no es lo que debería ser. Hablaré con el Ministerio del Interior sobre el asunto".

"De acuerdo." Quinn hizo una pausa. "Mi esposa".

Ella abrió los ojos y levantó la mirada hacia la suya. A él parecía divertirle su desconcierto.

"¿Me permites este baile?"

Ella tragó saliva. "Sí, milord".

La pequeña orquesta tocó un vals. Él le rodeó la cintura con un brazo y le cogió la mano. Sujetándola con un estrecho y posesivo abrazo, la hizo girar entre la multitud.

La habitación giraba. Le clavó la mirada. El ardiente calor de sus ojos marrones parecía consumir todos sus pensamientos. Ella sabía que este baile sólo podía tener un final. ¿Lo acogería con satisfacción, lo temería, o ambas cosas? ¿Se pondría dócilmente a sus pies o huiría?

¿Por qué no marcharse? Él no la amaba. Ella sólo era su posesión, y él sólo había venido a reclamarla, a llevarla de vuelta a Londres y a una vida que ella no podría afrontar sin el baluarte reconfortante de su devoción.

Ella no le necesitaba. Aunque su propiedad pasó a ser de él al casarse, había encontrado un refugio. El tío Randolph la acogería mientras fuera necesario, aunque no aprobaba la ruptura entre Kate y su marido. Por una vez, ignoró el vacío que había sentido en su corazón sin Quinn.

La sacó de la habitación y la condujo a un vestíbulo en penumbra, y luego a una pequeña y silenciosa sala llena de capas y pelucas de la asamblea. La tomó de la mano mientras lanzaba una moneda a la criada del guardarropa. "Asegúrate de que no entre nadie".

La mujer asintió y se marchó.

Kate soltó un grito de sorpresa. "¿Qué demonios estás haciendo?

La apretó contra una pared de paneles. Con una mano, que aún le sujetaba la muñeca, se la levantó por encima de la cabeza. Con la otra mano la exploró, le acarició la garganta con dedos largos y luego bajó. Su cuerpo la acariciaba. Movió la mano libre contra su pecho, necesitaba espacio. Sus caderas empujaron las de ella.

Unas molduras talladas rozaban sus nalgas. La sensación no era incómoda, sino estimulante de una manera que ella no quería experimentar en ese preciso momento.

"Esa es justamente mi pregunta para ti, esposa. ¿Qué pensabas que estabas haciendo cuando dejaste nuestro hogar tan repentinamente?"

"YO... YO... YO..." No podía respirar, no podía pensar, no podía explicarse. ¿Cómo era posible que Quinn, tan lleno de confianza y seguridad masculinas, lo entendiera? "No es mi casa".

"Todo lo que tengo es tuyo, y tú eres mía, Kate. Mía".

"¡No!"

"Sí." Inclinó su cabeza hacia la de ella, apoderándose de su boca en un beso salvaje. Duro y exigente, era el beso de un conquistador, de un invasor, y la cautivó hasta el alma. La mano de él se introdujo en el escotado corpiño y le cogió el pecho. Un pulgar enguantado pasó de un lado a otro por su pezón, encendiéndola.

Ella gimió y abrió la boca. Él le acarició la lengua con la suya y luego le soltó la mano, que se estremeció cuando la sangre volvió a fluir por ella.

"Mía". Su voz era un gruñido gutural contra los labios de ella. Le bajó el corpiño, dejando al descubierto los dos pechos, y se los tocó. Sus pezones se tensaron hasta convertirse en conos sensibles bajo el roce de sus manos enguantadas.

Ella apartó la boca de la de él. "¡Basta!"

"¿Por qué? Le levantó la falda y le deslizó una mano hasta la rodilla. Le desató una liga.

Horriblemente recordada de la espantosa caricatura, luchó por liberarse, pero fracasó cuando él cambió su peso para aplastarla contra la pared. Su fuerza superó a la de ella y ella gimió. Ella no entendía su estado de ánimo. ¿Qué le iba a hacer? Nunca la había forzado antes... Nunca tuvo que hacerlo.

Tampoco tenía que hacerlo esta vez. Con desesperación, sintió que su cuerpo traidor respondía a su cercanía, a su fuerza masculina. Sus músculos se aflojaron, volviéndose flexibles bajo su contacto.

"Así está mejor, dulce Kate". Se aflojó los pantalones y se balanceó de un lado a otro hasta situarse entre los muslos abiertos de ella. Con una mano en el pecho, apartó la falda y enganchó la otra mano bajo la rodilla de ella, levantándola.

La había hecho completamente accesible y disponible para él. Se sintió enrojecer, sintió el torrente de sangre que recorría su cuerpo con cada latido de su corazón. No podía detenerlo. Tampoco quería.

Él la llenó, empujando con un ritmo constante. Jadeante, se aferró a sus hombros. La

zapatilla se le cayó del pie cuando le rodeó la cintura con la pierna para mantener el equilibrio. Su pierna empezó a temblar mientras se convertía en esclava de su pasión y de la suya propia.

Con ambas manos, él la bajó de la pared y se tumbó de espaldas en el suelo. Ella respiró sorprendida cuando su gruesa y dura erección se deslizó hasta alcanzar toda su longitud dentro de ella.

"Quinn. ¿Qué haces?

Riéndose, él giró las caderas dentro de ella y ella gimió. Tenía las rodillas dobladas a ambos lados del cuerpo de él. Apoyó las manos en cada uno de sus hombros para mantener el equilibrio mientras aprendía a moverse con él en esta variación del antiguo ritual del amor. Arqueándose mientras lo cabalgaba, echó la cabeza hacia atrás.

La exaltación y el placer la invadieron cuando la risa de él se convirtió en gemidos de pasión. Se inclinó para besarle, metiéndole la lengua en la boca mientras se mecía sobre él de la forma que más placer le producía. Se estiró y le ofreció los pechos a la boca, gimiendo mientras él los chupaba. Los papeles se difuminaban mientras llevaba a su marido por el camino mágico del deseo hacia la plenitud. ¿Quién era la poseedora o la poseída?

"Kate, ah, Kate, no me dejes otra vez. Te amo, Kate".

"Oh, Quinn." Su cuerpo pareció estallar en una cascada de centelleantes chispas. Se desplomó sobre su pecho, besándolo salvajemente. "Te amo tanto. Me moriré sin ti".

Se tumbaron juntos en el suelo en una maraña de miembros y ropa hasta que él se despertó. "¿Por qué te fuiste, amor?"

Ella tragó saliva. "Fue... yo... yo..."

"¿Fue esto?" Él metió la mano en un bolsillo de su abrigo y sacó un trozo de papel.

Ella reconoció aquella odiosa caricatura. "Sí", susurró, con el estómago revuelto.

"Pobre Kate. Tan joven para experimentar por primera vez la crueldad de la nobleza. ¿Dónde conseguiste ese trozo de veneno?"

"Yo... yo... lo vi en el escaparate de la imprenta de la calle San James".

"¿Por qué no acudiste a mí?". El reproche en su voz le llegó al corazón.

"No podía enfrentarte. No podía decirte que... no puedo compartir tu vida, Quinn". Se zafó de él y se levantó, ajustándose la ropa. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Le había dicho la verdad. No tenía la menor idea de cómo viviría sin él, pero sabía que nunca sería feliz formando parte de la nobleza.

Levantándose, sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo entregó.

"Gracias". Ella se secó los ojos y luego se limpió.

"Eres bienvenida a lo que tenga. Querida, no lo entiendo. Tú eres la que siempre está diciendo que no le importan las opiniones insensatas de los demás. ¿Por qué dar la espalda a la primera señal de problemas?" Se abrochó los pantalones.

"No me gusta". Una ira repentina la inundó. "No quiero ser el blanco de los cotilleos. No me gusta que la gente me observe constantemente. Y, francamente, no me gusta Londres en particular. Estar aquí me ha hecho comprender que en el fondo soy una chica de campo. Quiero volver a mi casa en Somerset y olvidar que han pasado los últimos ocho meses".

Él se rió, y ella se quedó mirando atónita.

"Mi querida niña. No tenemos por qué vivir en Londres si la sociedad no te agrada. De hecho, paso la mayor parte del tiempo en Surrey".

La esperanza saltó, igualada por la curiosidad. "¿Surrey? ¿Qué demonios hay en Surrey?"

"Devere está en Surrey. Mis caballos están en Surrey, y tú y yo y nuestros hijos viviremos en Surrey. Uno no cría niños en Londres, cariño".

"Oh." Desconcertada por ese sorprendente giro de los acontecimientos, ella le repitió como atontada. "¿Surrey?"

"Sí, Surrey. Iremos allí cuando hayas terminado de visitar a tu tío y a su familia".

Epílogo

Mansión Devere, Surrey
Ocho años después

Kate permanecía sentada en el césped, con una cesta de picnic abierta cerca. Un suntuoso festín, a medio comer, estaba extendido sobre la manta junto a su lecho.

Las delicias del jamón y las tartas de fresa habían dado paso al pasatiempo más interesante del bádminton, mientras su hijo y su hija se esforzaban por superar a su padre. Quinn, con la corbata desatada y la cara enrojecida por el esfuerzo, corrió tras el volante golpeado por Margaret, su hija de siete años. La golpeó firmemente con la raqueta. Kate vio cómo se estrellaba contra las ramas de un gran roble.

"Ya lo busco yo", gritó. Se levantó y se quitó las migas de la falda.

"No lo lograrás". Quinn se acercó.

"Por favor, no me digas que mantenga mi dignidad aquí en el campo".

"Dónde estemos no tiene nada que ver. Estás embarazada de ocho meses".

Ella le tapó la boca. "Cariño, los niños", murmuró. "Y en realidad, son más bien siete meses".

"No te vas a subir a ese árbol".

"¡Mamá! ¡Papá!" Gritó Bennett.

Al girarse, ambos padres jadearon cuando su hijo de cuatro años se balanceó de rodillas boca abajo desde una de las ramas del viejo roble.

"¡Bennett! Bájate de ese árbol ahora mismo". gritó Quinn, saltando hacia el tronco.

Bennett sonrió y lanzó el volante hacia su padre. "¡Atrápame, papá!" Se dejó caer, golpeando a Quinn en el pecho y tirando a su padre al suelo.

Desenredó sus miembros de los de su hijo. "Diablillo pestilente". Miró a su mujer. "Pero debo decir que su habilidad para la escalada es auténtica".

Ella sonrió. "Sin duda, pueden ser útiles en el futuro. ¿Quién sabe cuándo tendrá que salir de la prisión de una torre?".

Frunció el ceño cuando Bennett se zafó de su agarre. Los niños corrieron a proseguir su juego.

"Mi dulce Kate. Esperaba que después de todos estos años hubieras olvidado aquel terrible episodio de tu vida. Hace mucho tiempo que no tienes pesadillas".

"No, no más pesadillas, pero no lo he olvidado. ¿Cómo podría?". Kate se inclinó para apoyar la cabeza en el hueco de su hombro. "¿Y por qué? Después de todo, me trajo hasta ti".

Acerca de la Autora

Suz deMello

Suz deMello dice: "Soy un cliché... Una profesora de yoga vegana de California a la que le encantan los paseos por la playa, abrazar a sus perros y escribir novelas románticas". Pero es una escritora premiada y superventas que ha aparecido en varias listas de best-sellers, ha sido preseleccionada para el RITA y ha recibido reseñas de publicaciones tan prestigiosas como Kirkus, Library Journal y Publisher's Weekly.

Sus libros son trepidantes, con situaciones seductoras, personajes complicados y mucho morbo. Ha escrito una veintena de libros (francamente, ha perdido la cuenta) y es coautora de muchos más. Sus géneros abarcan la no ficción, el romance, la erótica, la comedia, la novela histórica, la paranormal, el misterio y el suspense. También ha escrito numerosos relatos cortos y artículos sobre escritura.

Utiliza un seudónimo para proteger su intimidad. Pero si usted es aficionado a la novela romántica, probablemente haya leído sus libros o haya oído hablar de ella, ya que es conocida por sus novelas llenas de humor y emoción.

Su lema personal es: "Nunca dejes de aprender, nunca dejes de crecer". Es cinturón negro de segundo grado en karate kenpo y ha tenido al menos seis profesiones que recuerde: bibliotecaria, abogada litigante, camarera en Starbucks, redactora de subvenciones y profesora de yoga. Quizá lo más interesante de su carrera fue enseñar inglés a niños de preescolar en China. Pero ahora le encanta escribir novelas románticas y enseñar yoga.

Ha salido de Estados Unidos más de una docena de veces, incluidas largas temporadas trabajando en el extranjero. Ahora escribe una novela romántica mientras planea su próximo viaje.

Encuentre sus libros en www.suzdemello.com
Para servicios de edición, contáctele a través de su correo suzdemello@gmail.com
Hágase su amigo por Facebook: www.facebook.com/SuzDeMello
Lea sus tweets @suzdemello
Goodreads: bit.ly/SuzATGoodreads
Su blog actual es www.TheVelvetLair.com

Aspectos Legales

Derechos de Autor 2008-2018 por Suz deMello
Cubierta por April Martínez
Todos los Derechos Reservados

Este ebook está autorizado únicamente para su disfrute personal. Este ebook no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, adquiera un ejemplar adicional para cada destinatario.

Si usted está leyendo este libro y no lo compró, o no fue comprado para su uso exclusivo, entonces por favor compre su propia copia.

Gracias por respetar mi trabajo.